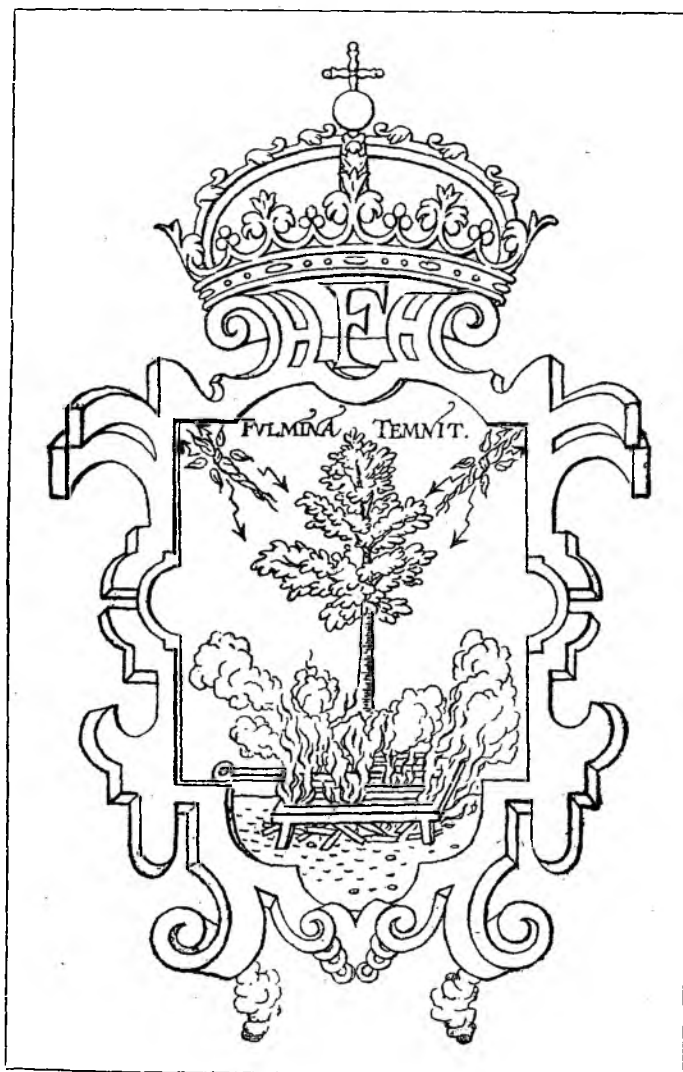


ESCORIAL



SUMARIO

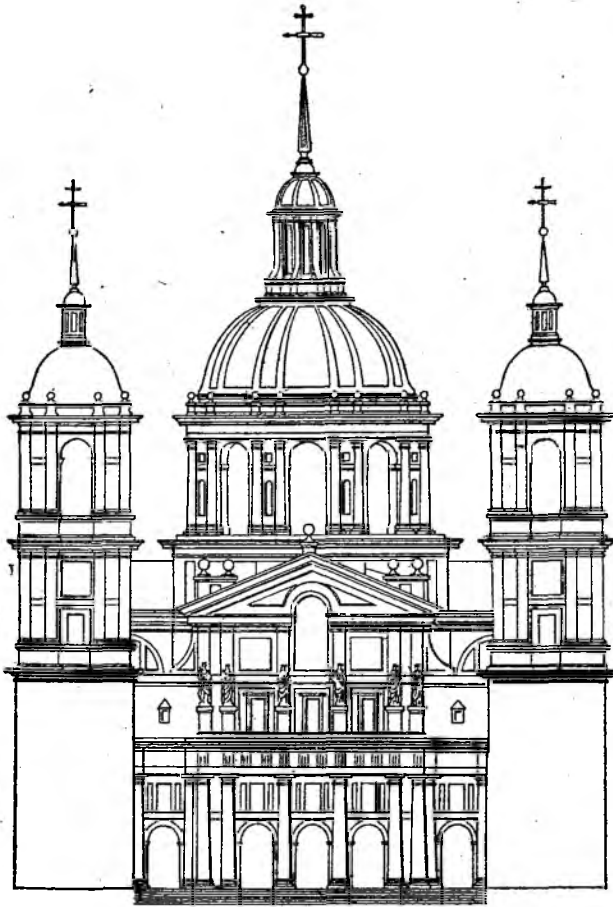
	<u>Páginas</u>
ESTUDIOS	
DANIEL MORNET: El arte de agradar en la literatura clásica francesa.....	319
DUQUE DE MAURA Y AGUSTÍN G. DE AMEZÚA (De la Real Academia Española): El novio posible (Don Juan de Austria).....	357
POESIA	
EUGENIO DE NORA: Tres poemas.....	397
JOSÉ MARÍA VALVERDE: Poesía.....	405
CARLOS BOUSOÑO: Subida al amor (Salmos).....	413
I. A. RICHARDS: Poesía y convicción.....	419
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: La emparedada de Burgos (Novela superhistórica).....	427
NOTAS	
La educación filosófica en la Roma de Marco Aurelio, por HILARIO RODRÍGUEZ SANZ.....	451
La ciudad al fondo en el retrato de Samuel Ros, por PEDRO MOURLANE MICHELENA.....	456
Comparando tres libros sobre nuestra época (Huxley, Bromfield y Kaufman-Ferber), por RICARDO JUAN BLASCO.....	460
Memoria de Don Miguel Asín, por ANTONIO MARICHALAR.....	474
Los caballeros guardias marinas, por A. M.....	476
LIBROS	
El descubrimiento del Homo Ludens, por JOSÉ PERDOMO GARCÍA.....	479
Y otros libros.	

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

**DIRECCION:
JOSE MARIA ALFARO**

**SECRETARIA:
ALFONSO XII, 26
TELÉFONOS 14460 y 14464**

**ADMINISTRACION:
CARRETAS, 10
TELÉFONOS 24730 y 24739**



Estudios

Daniel Mornet: *El arte de agradar en la literatura clásica francesa.* – Duque de Maura y Agustín G. de Amezúa (De la Real Academia Española): *El novio posible (Don Juan de Austria).*

EL ARTE DE AGRADAR EN LA LITERATURA CLASICA FRANCESA

POR

DANIEL MORNET

“L'HONNÊTE HOMME Y LA URBANIDAD.

EL arte de agradar, con todo lo que tiene de inasequible y de irreductible a la razón y a las reglas metódicas, ha ocupado, en la segunda mitad del siglo XVII, un lugar inmenso, hasta más importante que la misma razón. Lo ocupó a un tiempo en la literatura y en la vida; y es algunas veces harto difícil marcar un límite entre lo que se refiere sólo a la vida, lo que únicamente atañe a la literatura y aquello que a ambas concierne. Mlle. de Scudéry (1671) ensalza “esa disposición natural y de *honnête homme* sin la cual no serían bellas las cosas mejores” y Rapin este modo de decir las cosas de manera natural y, a la vez, noble y elevada. *El Mercurio* alaba a Fontenelle (1667) porque “no gusta de las buenas relaciones, sino para usar de ellas como *honnête homme*; tiene espíritu sutil, galante, delicado”. Perrault (1688) elogia la galantería que “abarca todos los modales finos y delicados con los cuales puede hablarse de todo con una jo-

vialidad libre y agradable”; modales “que la urbanidad de los últimos tiempos ha elevado hasta su perfección”. No hay duda que Mlle. de Scudéry, Bussy, *El Mercurio*, Perrault, aluden tanto al hombre de mundo, a sus modales y su conversación, como al literato. Sin embargo, fueros escritores quienes esencialmente establecieron la autoridad de la razón. Fueron, por el contrario, los mundanos —la vida—, quienes dieron el prestigio a la *honnêteté* y a la urbanidad. Y trataremos de estudiar la vida antes de buscar lo que la literatura pudo prestarle o sugerirle.

Ante todo, los *honnêtes* empezaron por condenar de consumo todo aquello que pudiera oler a pedantería. Seguramente la burla de la pedantería es casi tan antigua como la literatura francesa. De Rabelais a Scarrón, pudiera hacerse una larga lista con los nombres de todos aquellos que quisieron hacer reír a sus expensas: Régnier, Heinsius, Guyet, Balzac, Sorel, Scarron, Costar, Cotin, Théophile, Ménage, Racan, Pascal, de Pure, Mlle. de Scudéry, Saint-Amant. Pero, pasado el 1660, la sátira se hace más viva y más insistente. Al mismo tiempo, da más alcance a la palabra. Todo el mundo sabía a qué atenerse respecto al ridículo del pedante Hortensius de Sorel o los pedantes de Molière, ya se llamaran Metafrasto, Pancracio, Tomás Diafoirus o Vadio. Y hubo en la vida real gran cantidad de doctores que hermanaron asimismo la ciencia hueca con la tontería. Locke, en su viaje a Francia en 1676, se quedó atónito al escuchar, en Montpellier, en la Facultad de Medicina, sostener una tesis sobre la circulación de la sangre donde vió la violencia de las frases latinas, los gestos y las muecas y el arte de razonar sin sentido que tenían mucho de farsa y nada de ciencia. Pero ¿dónde colocar el límite entre estas tonterías y los amasijos de erudición, las cóleras y las injurias que contienen las querellas de los “regulares” tan estimados y hasta admirados, por otra parte, Chapelain, d’Aubignac, Ménage, Huet, sin hablar de Perrault o de Boileau? ¿Cómo separar *l’honnête* del pedante, en los sabios tratados donde es preciso razonar

con exactitud para establecer las reglas exactas que prescribe la razón razonadora? *La manera de pensar bien*, los *Diálogos de Aristo y Eugenio* de Bouhours, se esfuerzan por no parecer pedantes; y, además, lo consiguen. Pero *El tratado del poema épico* del P. Le Bossu, lleno de método y vacío de adorno, ¿es o no pedante? Cada uno hace, sin duda, las diferencias a su manera y nadie cuida de definir con exactitud aquello que ataca. Pero cierto es que cada vez más el pedante no es solamente el director de colegio o el doctor de Facultad embadurnado de griego y de latín, erizado de silogismos, de distingos. Pasa a serlo también quien prefiere demostrar formalmente antes que persuadir, o probar, antes que agradar.

Es el caso, ante todo, de los mundanos: “no se me escapan los talentos brillantes —dice la Condesa de Brienne, en 1659—, ni los galantes y educados que saben el bien vivir, y advierto también aquellos que son oscuros y pesados”. Mme. de Grignan y Mme. de Sévigné pretenden hacer el mismo distingo; “me haces gracia —escribe la madre a la hija— cuando dices tener miedo de los grandes talentos. ¡Ay, querida mía, si supieras qué pequeños son de cerca y cómo les estorba algunas veces su personalidad, bien pronto los colocarías en su lugar”. Pero los grandes talentos mismos están de acuerdo con todos estos mundanos, y nada les preocupa tanto como burlarse de los pedantes. Molière, ya se sabe, ha ensayado la caricatura de diez formas, tanto en sus farsas como en sus *comedias-ballets*, o en sus piezas serias. Clitandro sólo marca desprecio en *Las mujeres sabias* para todos aquellos que se creen superiores a los demás.

*Pour avoir employé neuf ou dix mille veilles
A se bien barbouiller de grec et de latin*

Boileau, en tanto que es satírico y presume sobre todo de

ser un hombre de ingenio, cuida que no se le confunda con aquellos que creen

*qu'un livre fait tout et que sans Aristote
La raison ne voit goutte et le bon sens radote*

Es verdad que, más tarde, cuando llegue a legislador del Parnaso y siga en cierto modo la ruta de Aristóteles y de Horacio, cambia de definición; un pedante viene a ser “un hombre de mediocre saber que desprecia a Aristóteles, Epicuro, Hipócrates, Plinio, Jason, Bartolio, Macrobio, Virgilio, Terencio”; uniendo a éstos aquéllos a quienes llama los *cuistres* de la Universidad. La Fontaine escribió a Racine:

*Nos aïeux, bonnes gens, lui laissaient tout passer (1)
Et d'érudition ne se pouvaient lasser.
C'est un vice aujourd'hui: l'on oserait à peine
En user seulement une fois par semaine.*

A Saint-Evremond no le gusta, desde luego, la ciencia pura: “La ciencia sin algo de imaginación recuerda las campiñas secas y áridas que son desagradables a la vista.”

A estos grandes nombres se une una larga lista de aquéllos que son oscuros o menos brillantes. En ella desfilan Furetière, tan sarcástico con los pedantes como con los burgueses; Méré, naturalmente, trata con falta de respeto el episodio de Niso y de Eurialo en la Eneida, y lo califica de pedante; el P. Lemoyne pretende “purificar la doctrina y quitarle el tinte de colegio”, despojarla de todo cuanto “pese y disguste”; Varillas y Charpentier aconsejan deshacerse, cueste lo que cueste, de la pedantería y del estilo de la Escuela; el P. Bouhours, enemigo de los “sabios hura-

(1) (a Ronsard).

ños”; Corbinelli, que no quisiera que la ciencia “enmohezca al genio”. Mme. de Deshoulières se burla de los “grandes sabios, nación incivil”; y diez veces el moralista mundano Morvan de Bellegarde: “¿No valdría más saber algo menos griego y latín, y no enterrarse con los muertos, para aprender a conversar con los vivos?” Hamilton hace el retrato de un marido “cuya erudición y brutalidad parecían ser los talentos favoritos”; lo que da al Conde de Grammont el derecho de anatematizarle por completo.

También podría hablarse de Callières, el caballero de Mailly, Bordelon, el caballero de Bouillon, Chapelle y Bachaumont, Louis Petit, Pavillon que se venga de Boileau hablando de él en justicia como de un pedante: “un gran mulo cargado con el bagaje de toda la antigüedad”. Pidamos al “imbécil de Senlis”, al “trhuán” de Linières que nos den una conclusión en un estilo que no sea pedante:

*Nos écrivains les plus insignes
 Ne sont pas capables ni dignes
 De vous déchausser les souliers.
 Ces favoris de Calliope
 Ont presque tous un air salope

 Et vous ne sentez point l'auteur.*

Hay algo más; los mismos pedantes enjuician la pedantería; al menos aquéllos que tendrían la tentación y hasta el derecho de ser pedantes por los temas de que tratan y la calidad de su ciencia. Nicole, ya lo veremos, persigue una moral que no trascienda a Escuela: no le gusta la ciencia pedante porque considera inútil el estudio de cualquier ciencia. Constantemente, Malbranche ataca con sarcasmos a la pedantería: “pedante es opuesto a razonable; y las personas de talento atacan eso, el que

los pedantes no sean razonables... Los pedantes son, por tanto, vanos y orgullosos, de gran memoria, poco juicio, certeros y fuertes en acotaciones, desacertados y débiles cuando de razón se trata, con una imaginación vigorosa de mucho alcance, pero volátil y desarreglada, sin precisión alguna”.

Y he aquí, ahora, el coro de los doctos y los eruditos, que deben, ante todo, su reputación a su doctrina y erudición. La *Macarisa*, del Abate d'Aubignac, está escrita para transportarnos a las sublimes regiones de una filosofía, a cuya altura no podrían elevarse los pesados pedantes: “Estos cerebros débiles, cargados de ciencias vivas y de lenguas muertas, sólo aguantan aquello que apesta a lámpara oscura y sucia, las cominerías de la gramática y de la filosofía, la etimología de alguna antigua palabra en desuso... En suma, todas las impurezas de nuestras escuelas, los desperdicios de las ciencias y esas inmundicias del Parnaso que es preciso conocer para evitarlas siempre.”

A estos sabios detestables se oponen otros sabios despojados de la “grasa y la impureza de una triste soledad. La corte y la ciudad están llenas de bellas y buenas mentes iluminadas con los más curiosos conocimientos, que tratan con las Musas como si fueran mozas del partido”: Estos “no hacen parecer la ciencia incómoda cuando la mezclan en sus conversaciones”, y “no se vuelven ridículos cuando, para divertirse, se hacen un poco los galantes”. Charpentier se compadece del “gramático que pasa los días sin apartar sus ojos rojos y pitañosos de Donat, Quintiliano y Policiano... y que casi nunca baja a la tumba con la conciencia clara respecto a lo que es subjetivo y adjetivo”. Fué Samuel Sorbière uno de los más entusiastas del caballero de Méré, el hombre galante versado en los secretos del espíritu de sutileza: “Os aseguro que no es un doctor que regenta una clase y dicta metódicamente lecciones a sus discípulos... Me parece que al leer este libro (*Las conversaciones*) paseo por un jardín donde a cada paso hay hermosas avenidas y, al fin de ellas, surtidores, estatuas y be-

llas perspectivas.” Los primeros periodistas, que eran eruditos escribiendo para eruditos, pero que están de acuerdo con el gran mundo y con los delicados, no dejan de ser severos hacia aquellos que fundan su razón sólo en las formas. Basnage de Beauval está constantemente con los modernos y los mundanos, contra los anti-guos y los pedantes. Y Le Clerc cree tener mucho ingenio al rimar el *Carácter burlesco del seriamente sabio*.

Hay que añadir que tan severos son con los malos burlo-nes, es decir, los burlones anticuados, como con los sabios pasa-dos de moda. Son los “chocarreros” que escribían “equivocos”, “chistes”, podríamos decir. Boileau pretende que “en la Corte perduraron los chocarreros”; y Molière cree, en *La Crítica de la Escuela de mujeres*, que sobreviven en ella como en muchos salones. Pero Longuerue atestigua que ésa es precisamente la “vieja Corte”, la de 1630-1650; o como repite Méré; “los que sobreviven de la vieja Corte”. La nueva Corte desprecia equívocos, pullas, dicharacheras. “Las puntadas y las antítesis, dice Mlle. de Scudéry en sus *Conversaciones Morales* (1686), “han sido también desterradas desde hace largo tiempo”. “No confundamos, dice Le Pays, el galimatías de la Corte vieja y la galantería de la moderna.” “Los proverbios, confirma Duplaisir, están desterrados de esta Corte; y el hombre que emplee uno solo, sin demostrar que lo dijo en broma, se le considerará como anticuado.” Ménage se felicita de que Cyrano, con sus puntadas y sus equívocos, haya pasado de moda. Los moralistas que describen a las personas de buen tono, o que escriben para instruir-las, están todos de acuerdo. “Es necesario distinguir lo fino y agradable, dice Morvan de Bellegarde, de la bufonería y chaba-canería.” Es una gran empresa la de divertir a los *honnêtes*. “Los anticuados, confirma Saint-Real, resultan ridículos aquí (en la Corte) más que en cualquier otro sitio del mundo. Se les mira con desprecio; ya no atraen sus puntadas, sus cuentos ni sus pro-

verbios.” Y la Chétardie, al escribir *Instrucciones para un joven señor*, le recuerda “que es preciso evitar la puntada y el equívoco, ya que resulta completamente provinciano”.

Por lo tanto, todo el mundo está de acuerdo en cómo no hay que ser, cómo no se puede ser ya. Y esto es harto significativo. No ser chabacano es estar de acuerdo con el espíritu clásico, que rechaza lo burlesco. El bufo prefiere, con Boileau, “lo agradable y lo fino”. Pero el condenar la pedantería trae otras consecuencias. La razón clásica, para establecer y justificar sus reglas, tendía a multiplicar las disertaciones y los tratados; como exigía la imitación de los antiguos y pretendía en parte apoderarse de sus normas, hacía una llamada a la erudición, y la disimulaba mal. ¿Pero es que desde entonces los *Discursos* de Corneille, y las *Reflexiones* de P. Rapin, y el *Tratado del poema épico* del P. Le Bossu, y las *Reflexiones sobre Longin* de Boileau, no eran pedanterías? No se dijo en este siglo XVII; a menos de ser algún moderno dispuesto a tratar de pedantes a todos los antiguos. Pero lo dejaron entender, o lo dijeron sin querer, proponiendo a la vida, y luego a la literatura, un ideal positivo que tendía a ser lo contrario de la razón y de las reglas.

Se ha escrito mucho, ya lo hemos mostrado, sobre la razón y sus reglas. Pero se ha escrito por lo menos tanto sobre lo que no depende o depende muy poco de la razón y lo que escapa a sus reglas. Se pueden contar por docenas los tratados, disertaciones, conversaciones, series de máximas, etc., que tratan, ya del *honnête homme* y de *l'honnêteté*, como de la Urbanidad, la Galantería, el Recreo, la Delicadeza y todo cuanto hace triunfar a *l'honnêteté*, la Urbanidad, etc., o bien de la conversación, de la vida, de los juegos de “alta sociedad”, etc. Hay ya, entre todo eso y la razón con sus reglas, una primordial diferencia; es que sabemos muy bien a qué atenernos respecto a los principios de esta razón y

sus reglas más importantes. Sobre la regla de las tres unidades, la distinción de los géneros, lo verosímil, las conveniencias; sobre la nobleza necesaria la oda o el poema épico, etc., sólo hay una opinión. Cuando se cicatea o se polemiza, los temas de discusión y las soluciones contradictorias no tienen menos claridad; tragedia sin amor o con él, pagano “maravilloso”, cristiano “maravilloso”, etc. Pero el ideal que no se ocupa ya de razón y regularidad, ése, se trata siempre de otra manera. ¿Cómo debería llamarse? ¿Honradez, urbanidad, galantería? Si se escoge una palabra, ¿qué debe ponerse tras de ella? Si es verdad que sea esencial para vivir bien y para sobresalir, ser *honnête*, galante, bien educado; ¿qué se necesita para llegar a serlo? Es preciso tratar de precisar; y se trata de hacerlo. Pero no se llega a vencer en la prueba. No hay nada más confuso, más fugaz, que las cien explicaciones que se dan. Tan pronto se cree discernir claras distinciones como se las ve horrarse; se precisan matices que se funden después los unos con los otros. El espíritu de análisis, que es el gusto del siglo, pone en ellos toda su sutileza. La Rochefoucauld ha querido distinguir entre espíritu brillante, espíritu bueno, espíritu jocosos, espíritu fino y espíritu de sutileza, espíritu ardoroso y espíritu brillante, etc. En 1688, el *Diario de los Sabios* señala un estudio sobre las diferencias entre las conveniencias, *l'honnêteté*, la modestia y la educación corriente. En realidad, las diferencias son tan “delicadas” que no tienen definición precisa; se concluye de ellas que urbanidad, elocuencia, aires de *honnête homme*, modales cortesanos, es “todo lo mismo”. Y eso sólo es un testimonio; el testimonio de que ya no es posible seguir los caminos rectos de la razón para venir a parar a reglas claras y que se está en terreno distinto, tan diferente del primero como una tesis de la Sorbona de una conversación en casa de Ninón. Probemos, sin embargo, a seguir estas pesquisas dentro de sus circunloquios, no para poner en ellas una severidad que las desnaturalice, sino para comprender mejor su carácter.

Tratemos de tomarlas, ya que no puede hacerse una cosa mejor, como si palabras distintas significaran cosas distintas. *Honnête homme*, *l'honnêteté*, tiene hacia fin de siglo un sentido que puede ya aproximarse a su sentido actual. Para Brillon, por ejemplo (1696), o el abate Bardou (1696) el *honnête homme* no es sino un perfecto cristiano.

Pero en el sentido corriente y duradero, quiere decir otra cosa muy diferente. Algunos tratan de dar una definición que sea una definición, es decir, concisa y rotunda. Para La Rochefoucauld, imbuído por *Las reflexiones sobre los defectos del prójimo*, de De Villiers (1690), “el verdadero *honnête homme* es aquel que no alardea de nada”. Para Bussy es “un hombre bien educado, y que sabe vivir”. Para Ménage, la *honnêteté* es “la precisión del espíritu y la equidad del corazón”. Pero se nota lo demasiado vago y rápido de estas definiciones que no ciñen su objeto. Se intentan, pues, análisis mucho más minuciosos. Méré, que presume ser el tipo perfecto del *honnête homme*, se esfuerza mucho en ello. Cuando el Mariscal de Clerambeault llega a la Corte, las gentes creen que, “para ser *honnête*, no es preciso sino saber danzar, pasar el anillo o cualquier cosa de éstas. Pero desde 1660 cambiaron mucho las cosas. *L'honnêteté* se calificó nada menos que como “la quinta esencia de todas las virtudes..., y falta poco para que hallemos en esta palabra las cualidades más bellas del corazón y del espíritu”. Los extranjeros, los burgheses, la desconocen. Excluye todo cuanto signifique pedantería. Impone con todas las virtudes ciertos modos de practicarlas, que vienen a ser otras virtudes: la naturalidad perfecta, un tono de vida, de animación, la simpatía, etc. De Marnet (1663), exige al *honnête homme* no menos cualidades de corazón, igualdad de humor, sinceridad, dominio de las pasiones, afición a dispensar favores, y también virtudes intelectuales: la lectura, los viajes, la conversación de las gentes de talento, etc. El largo retrato que hace del *honnête homme* el abate Goussault (1692) ate-

núa el aspecto mundano que Méré pone en primer plano. Sin embargo, su *honnête homme* “se encuentra más en las personas encumbradas que entre los mercaderes o el pueblo”. Entre estas personas encumbradas adquiere al principio los buenos modales, después las cualidades de la inteligencia; aprende a juzgar bien las obras de talento, a gustar de la música. Debe añadir virtudes morales, sobre todo las que entrañan cierta templanza: la afición a la moderación, el gusto de la tranquilidad, etc. En algunas otras personas las virtudes morales se eclipsan un poco menos tras las cualidades del hombre de buena sociedad. Jean Pic da un lugar preferente al placer que se encuentra en la sociedad, “al ingenio tan bien repartido y acompañado de holgura”; pero insiste en que las pasiones deben estar sometidas a la razón, y en la rectitud de corazón, etc. Para La Chétardie las “cualidades esenciales de un *honnête homme* son el valor o la probidad, la amistad fiel, la cortesía, la compasión, la bondad, etc.”. Ahora bien, no olvida los buenos modales, la ciencia que da la sociedad y la principal cualidad que ésta da a un cortesano: agilidad de ingenio.

Hace tiempo que se hizo notar justamente en todo esto que *l'honnêteté*, tal como nosotros la entendemos, ocupa un lugar efímero, borroso, y hasta tiende por completo a desaparecer. Por eso Nicole ataca “esta *honnêteté* que ha sido el ídolo de los sabios paganos, y en el fondo sólo es un amor propio más sabio y más inteligente que el del vulgo”; opone a esto la “civilización cristiana”, que en él es completamente cristiana. Comprende muy bien que *l'honnêteté*, para muchos, no era en el fondo sino un medio de llegar y de hacerse valer. Ya en 1656, De Marnet, al tratar de lo que forma *l'honnête homme*, discute largo y tendido para saber si la virtud esencial de un cortesano es o no la hipocresía. Otros no dicen estas cosas tan crudamente, pero las dicen. Méré confiesa que su idea es formar en principio a un hombre que como él tenga más habilidad que escrípu-

*

los y más éxito que conciencia. A pesar de sus lecciones de moralidad, que son sinceras, La Chétardie escribe, sobre todo, para que el caballero que él forma logre abrirse camino en la Corte sin darle demasiada importancia a la salvación de su alma. También es éste el propósito del abate Gérard (1682) al escribir su obra *Tipo "d'honnête homme"*. Yo introduzco, dice, en la Corte, un caballero "que ignora los buenos modales y que está resuelto a hacer de ella su residencia, y allí alcanzar fortuna. Quiero enseñarle a manejarse bien; y para eso le doy reglas sólidas con que atraerse el favor de los grandes; la amistad de sus iguales y el respeto de sus inferiores. Esto es lo que principalmente importa, y así entiendo yo el *honnête homme*". Y, para terminar, el abate Gérard añade: "como somos cristianos, habría yo dejado de completar esta moral si no hubiera también añadido a ella el carácter de verdadero cristiano". Goussault, como Nicole, sacó, hacia fin de siglo, unas conclusiones que, aunque severas, no son injustas: "sólo con ser educado y agradable en sociedad, teniendo afición a los placeres y sabiendo vivir con la urbanidad que la rutina del mundo enseña, si se tiene alguna costumbre de convivir con los grandes, esto basta para pasar a los ojos del mundo como un *honnête homme*. Entre las mujeres, con tal que un hombre sea respetuoso, sepa y cuente noticias, esté siempre pronto a la comedia o al paseo, y su tren resulte bien, ya es un hombre muy galante y muy *honnête*... Hablando sinceramente, representa muy poco esfuerzo ser (según el mundo) un *honnête homme*."

Urbanidad (Politesse): A esta frase se le da un sentido más restringido que a *l'honnêteté*, y actualmente se emplea poco. Jacques Esprit, al estudiar la urbanidad, nos dice que sólo en la Corte "pueden verse gentes educadas que no adulan y no dicen nunca nada que se pueda desaprobar ni que moleste a nadie". De Vernage observa que la *urbanidad* "no da la fama; hace a quien la emplea agradable; sin ella resulta uno áspero e insoportable".

Le Noble demuestra que Acanto está perfectamente educado, pero su probidad es dudosa, y en cambio, Formi6n es recto, pero conserva una ingenuidad un poco rústica; hay que lograr el término medio. Pero, en general, no se ha hecho la distinción entre la *urbanidad* de la apariencia y la del fondo del corazón, y el sentido de la palabra tiende a confundirse con el de *l'honnêteté*. Mlle. de Scudéry (1685) piensa que es preciso hacer una distinción entre esta palabra y el buen sentido, el brillo, el aire de mundo y el aire galante, porque la *urbanidad* es algo más sólido, más esencial y más necesario; la *urbanidad* enseña “los deberes de un sociedad razonable”. Morvan de Bellegarde (*Reflexiones sobre la urbanidad* (1698) llega a decir que es “un conjunto de todas las virtudes morales; un conglomerado de discreción, de educación, de amabilidad, de circunspección para rendir a todos y cada uno los deberes que tienen derecho a exigir”.

La galantería (l'air galant): es, en principio, algo más y algo menos que “*l'honnêteté* y la urbanidad”. “Es algo tan especial —dice Mlle. de Scudéry, en su obra *El gran Ciro*, volviendo a emplear su tesis en las *Nuevas conversaciones* (1685)—, y tan difícil de adquirir, que no se sabe ni dónde buscarlo ni de dónde tomarlo. Es un no sé qué, nacido de cien cosas distintas.” Bussy tiende también a hacer de la galantería un don más bello que la sencilla *honnêteté*. “Por lo demás, Señora (Mme. de Sévigné) me comunicáis que mientras estábais de acuerdo con Chapelain, yo representaba al *honnête homme*... ¡Qué sería de mí si él os hubiese dicho: es un hombre galante, M. de Bussy!” Méré concibe dos clases de galantería: una más bien exterior, que alude al atuendo, a los modales, a la agilidad del cuerpo; y otra, que viene del talento y de *l'honnêteté*; ésta es la de “mayor mérito”. “Un hombre galante, dice Bordel6n, no es otra cosa, propiamente hablando, sino un hombre honrado, un poco más brillante o más lucido que de ordinario, y que sabe conducirse de manera que todo le realce.” En todos aquellos que tratan de descri-

bir la galantería hay un lugar reservado a ciertos refinamientos de coquetería y al deseo de gustar a las mujeres. En este último sentido, Ancillon reprocha a Conrart, no que se haga el galante, cosa que puede permitírsele “al hombre más serio del mundo, de cualquier edad y en cualquier estado”, sino que se finja “enamorado y apasionado”. Pero, en total, hay una diferencia microscópica entre el hombre galante y el *honnête homme* o cortés. Las tres palabras se emplean indistintamente por Fabre (*La fina galantería*, 1661), o por La Chétardie en sus *Instrucciones para un joven Señor o la idea de un hombre galante* (1682).

Junto a estas tres palabras, que siguen de moda, se emplean algunas otras de un sentido mucho más restringido. Tal como la de “las conveniencias”, que son una parte esencial de la urbanidad. “La conveniencia —dice La Rochefoucauld— es la menor de todas las leyes, pero la más seguida.” Para Morvan de Bellegarde es, por decirlo así, “el alma de la sociedad”. Para Bordelón, la ciencia de las conveniencias sociales es una de las tareas principales “de la buena educación”. Para Jean Pic (*Discursos sobre las conveniencias*, 1688) la idea de las conveniencias es de una “extensión mucho mayor de cuanto pueda creerse”; es una virtud “que da gusto a los demás”. No es lo mismo que *l'honnêteté*, pero se une a ella para su perfección; alza una barrera necesaria contra las pasiones violentas, los grandes dolores, las grandes alegrías, la cólera, el amor, la envidia, la avaricia. En Dijon, el Presidente Brulart se pone de acuerdo con Jean Pic: “Es tal la unión de las conveniencias sociales con las virtudes, que nunca aparecen separadas; y como es, por decirlo así, su espíritu, ella les da vida, las conduce y las lleva a producir hoy la comodidad, las cosas gratas y todo cuanto en la vida *honnête* puede agradar.” Para completar su enumeración, sería preciso estudiar además el “gran y bello espíritu” que empieza hacia fin de siglo, refiriéndose menos al oficio de autor en

general, que a cierto modo de serlo. Huet distingue resueltamente “espíritu ingenioso y espíritu bueno”. Y como gusta la novedad, se requieren palabras nuevas. “Se ve nacer en nuestro tiempo —dice Mlle. de Scudéry— el gran aire, el buen aire, la habilidad, el famoso prestar atención.”

No olvidemos tampoco el papel que ocupan las mujeres en la formación de *l'honnête homme*, del hombre galante, del hombre educado, y las obligaciones que *l'honnêteté*, galantería, urbanidad, crean a los hombres con respecto a las mujeres. Sorel deseaba una especie de academia en la que hubiera “un profesor para el arte de amar y otro para el arte de la galantería, que dieran lecciones alternas”. Estemos seguros de que el segundo habría tenido hasta más discípulos que el primero. Este es el que hubiera preferido d'Aubignac, que en su *Macarisa* soñaba con una Corte en la cual tuvieran puesto “las bellas galanterías”; Bonnacorse, que en su *Amante razonable* aconseja con prodigalidad una Corte galante dice: “el amor quiere siempre halagar, y las bellezas quieren siempre ser halagadas”; Méré, que critica a Virgilio por haber hecho morir a la orgullosa y severa Camila afirma: “si ella hubiera tenido alguna aventura galante, habría que darle las gracias al poeta; Brice, en su *Granicus*, admira a Francia, donde “se hace el amor con una delicadeza que los extranjeros, aunque enemigos nuestros, no pueden dejar de admirar”. Hasta Furetière, en su *Novela burguesa*, envilece la codicia de los amores burgueses y pinta con respeto las galanterías espirituales y sabias de las mujeres del gran mundo. Cuando el siglo avanza no deja de dársele importancia al arte de aceptar o saber hacer el amor delicada y respetuosamente. “Para gustar a las mujeres —dice De Chalesme (1671)— se necesitan las cualidades de un *honnête homme*: ingenio, dulzura, agrado, educación, valor, liberalidad y un algo ameno, galante y noble en la acción y en la conversación.” Únicamente este arte de la galantería puede formar a un guerrero que “sin esto asustaría y no tendría una conversación

agradable”, o a un doctor recién salido de la Universidad, donde “no habría más remedio que hacerle volver”. En verdad, dice *El diario de los sabios* mismo, en 1676: “vivimos en un siglo en que en todos los sectores sólo se desea amor y galantería”. Y Saint-Real, al describir a los cortesanos de fin de siglo, se queja de que éstos hayan perdido la afición a la “fina galantería”.

Sería fácil prolongar la enumeración y las citas. En el pensamiento de unos o de otros encontramos la misma convicción, que no es, desde luego, sino una evidencia de buen sentido. Hay una ciencia de las reglas y un método para establecerlas: la razón. No la hay de la ciencia, ni de la honradez, ni de la urbanidad, ni de la galantería, ni de las conveniencias sociales. Es, todo lo más, un arte sobre el cual se puede discutir, pero del que no puede hacerse una doctrina; se pueden dar consejos, no preceptos. “La práctica y la experiencia, dice Morvan de Bellegarde, valen más que los preceptos en el arte de agradar.” Es exactamente un “no sé qué”, y no se puede ni definir ni explicar. Mlle. de Scudéry se atiene a este “no sé qué”. El abate Goussault insiste en ello: “No es muchas veces ni la buena cara, ni las acciones bellas, ni el ingenio, ni la vivacidad lo que agrada en un hombre, es cierto aire, “un no sé qué”, mezcla de *honnête homme* y de atrayente, que le hace resultar bien en todos lados.”

Se explique o no se explique, éste “no sé qué” es, sin embargo, una de las cosas que más importa en la vida, tal vez la que más. El número de las obras, o parte de ellas, que tratan de hacerlo comprender, lo demuestran. También lo demuestran los términos en que se habla de ello. De todo esto no se trasluce una cualidad secundaria como la “facilidad de réplica” o el aire seductor; es, como dice Méré, “la quinta esencia de todas las virtudes”. A los textos que hemos citado podían añadirse muchos otros. Bussy-Rabutin desea que su hijo “sea *honnête* con preferencia a todo lo demás”. Cuando el Dorante del *Burgués Gentilhombre* se burla de Jourdain, reconociendo que

su padre era un perfecto gentilhomme, le concede, no una caballerosidad de segunda zona (que sería hoy más bien el sentido de la expresión), sino la nobleza más elevada. “Pensándolo bien, dice De Callières, lo que se llama un *honnête gentilhomme*, es una de las obras más logradas de la Naturaleza y del Arte”: “es —añade— muy importante purgar a un joven caballero de la *basura del colegio* y darle antes que todo, esa “ciencia del mundo”, de la cual él alardea de ser un completo preceptor. Todos se esfuerzan para adquirirla, y todos presumen de poseerla. “Todos —dice Gérard— presumen de ser *honnête homme*; la mayor parte tratan de distinguirse bajo ese aspecto; y todos con razón”. “Es preciso ver —escribe Dubos a Bayle— cómo aspira nuestra juventud, que presume de intelectual, a los modales del gran mundo.” “No hay nada —lamenta Jean Pic— que tanto se finja en el mundo como la cualidad *d’honnête homme*. Todo el mundo desea adquirir esa reputación.” Tanto, que se tiende a prodigar el mérito: “Uno de los mayores males —anota De Villiers— que existen en el mundo, es la facilidad con la cual se concede la cualidad de *honnête homme*.” En esencia, más que un título de nobleza que se puede comprar, más que un buen traje o una bonita carroza que puede uno adquirir con sus escudos, la *honnêteté* y la urbanidad son las que diferencian al señor del burgués. Furetière lo reconoce muy mucho en su *Novela Burguesa*. La joven Javotte, cuyo destino resultará ridículo y digno de lástima, es bella, “y si hubiera sido educada en el gran mundo habría podido hacer muy feliz a un *honnête homme*”. Lucrecia es bella y tiene ingenio; pero es una lástima que no se haya “criado en la Corte, o entre gentes de cierta altura social”. Existe, en efecto, una gran diferencia entre los cortesanos y la burguesía; porque en la nobleza “al hacer una profesión abierta de galantería y al acostumbrarse a ver a las damas desde su más tierna juventud, se forma cierta costumbre de amabilidad y de urbanidad que dura toda la vida”. Por eso los bur-

gueses se esfuerzan por adquirir esta urbanidad y esta amabilidad, y desde finales del siglo XVIII se empieza a enseñar, como la lectura, la escritura y el Catecismo. *Las instrucciones metódicas de la Escuela Parroquial* (1685) abarcan todo lo que significa piedad, enseñanza, lectura, escritura, ortografía, aritmética, principios de latín y un *Tratado de las prácticas familiares de buena educación que enseña a los niños a vivir y obrar con sus semejantes "honnêtement" y educadamente.*

Aun sin tener esos textos, bastaría reflexionar para comprender la importancia que el arte de agradar tuvo en la vida de esta generación. Hoy no es inútil agradar. Hasta en "los negocios" puede haber un arte de agradar que permita más fácilmente convencer o engañar; o, en la vida, a un "gran talento" le llevará con más facilidad a la Academia. Pero es preciso dar a la palabra agradar un sentido muy amplio, no el que se le daba en el siglo XVII. Hoy "se llega" con dinero; el que lo tiene o el que lo conquista. Se "llega" por el mérito; sobre todo ese mérito determinado en exámenes o concursos; un joven no necesita para ser agregado, médico, alumno de la Escuela de Guerra cultivar demasiado el arte de agradar. Tampoco lo necesitaba para triunfar en el siglo XVI o en la primera mitad del XVII. Entre tantos complots, intrigas, revoluciones se necesitaba, sobre todo, fuerza, audacia y suerte. Pero, a partir de 1660, la cosa varía, sobre todo si se es gentilhomme. La fuerza y la audacia, ya no representan ningún papel. Tras de Richelieu y Mazarino, Luis XIV pacificó a Francia y domesticó a la nobleza. El dinero no representa todavía el papel que en el siglo XVIII. La nobleza gasta mucho y tiene muchas necesidades, pero para cubrirlas no le queda otro recurso que los cargos, pensiones, beneficios dados por favor a aquellos que sepan agradar. En ninguna parte, o casi en ninguna, hay esos exámenes o concursos que se esfuerzan por elegir los mejores y no aquellos que tienen dinero, relaciones o han sabido buscárselas. Claro que para ciertos puestos

se necesitan ciertos títulos; hay que ser licenciado en Derecho o en Teología, o doctores en Medicina. Mas, en general, estos títulos se consiguen con muy poco estudio y hasta se compran sin disimulo alguno. ¿Qué queda, pues, para abrirse camino, si no se tiene dinero y se necesita otra cosa que no sea dinero? La habilidad y la intriga. La intriga continúa siendo lo que ha sido y será siempre; un ardid, en que los intereses tratan de confundirse y engañarse. Pero esta intriga no basta. No puede uno atraerse a Luis XIV, a los ministros, a las grandes damas o hasta las burguesas de calidad, únicamente por el interés. Se les atrae por simpatía, por el placer que se les proporcione, por resultar agradable. El arte de agradar es más que la flor de la vida; es una fuerza esencial de la vida.

Sigamos ahora este arte de agradar en algunas de sus manifestaciones y de sus consecuencias. Difiere tanto de la inteligencia y del arte de ser autor, es una cualidad tan de mundo, que sólo el hecho de escribir parece una pedantería, un trabajo que degrada, por lo menos cuando se escribe para ganar dinero y no para entretenerse. “*Honnête homme* y no autor”, parecen decir todos los escritores a quienes importa su reputación. Mucho se comentaron los versos del *Arte Poética*, en que Boileau pide al escritor que no saque de su obra ningún provecho pecuniario. El mejor comentario es demostrar que se está de acuerdo con una opinión sin duda unánime. Seguramente la de todos aquellos que son grandes señores o señores de menor fuste, y que tratan de darse importancia: “Yo no establezco mi reputación —clama Georges de Scudéry— sobre mis versos. Me propongo algo más elevado. La poesía me sirve para divertirme agradablemente, pero no para ocuparme en serio.” Con mayor razón, Saint-Evremond repite hasta diez veces la excusa que él tiene para escribir y la diferencia que hay entre un hombre ga-

lante que se desentiende y un pedante que da gran importancia a lo que publica. “Es —dirá su biógrafo— un gran talento que se divierte y divierte a cierto número *d'honnêtes gens*, con quienes está en relación.” Cuando De Callières fué recibido en la Academia, en 1689, *El Mercurio* lo elogió así: tiene muchos amigos y conoce las letras, “lo mismo que puede conocerlas un hombre de mundo que no hace de ellas una profesión, o por lo menos muy poco; y nada si no fuera por su celo por el Rey, le hubiera podido obligar a ser autor”. Cuando se imprime súbitamente, una recopilación de canciones de M. de Coulanges, éste M. de Coulanges se desespera, y Mme. de Coulanges le agobia con sus irónicas alabanzas. “Si yo estuviera con él (Conrart) —escribe Bussy a Mlle. Dupré— le enseñaría cosas más serias, cualquiera que sea su delicadeza para la reputación de escritor, y que la mayoría otorga lo mismo a un hombre de valor que escribe para trabajar como a un autor que escribe para que sus escritos se impriman.” Mme. de Lafayette ruega a Ménage que no diga que ella escribió *La Princesa de Montpensier*; no se supo con certeza si *Zayde* fué escrito por ella o por Segrais. Hamilton no deja imprimir sus obras, y la publicación de las *Memorias del Conde de Grammont* sólo es un “accidente”. Cuando Bordelon redacta los principios de *La buena educación*, para uso de los mundanos, comprende en ellos la desconfianza hacia el oficio de autor: “si deseáis que el público conozca alguna de vuestras obras, tomad muchas precauciones antes de dar ese paso. No debe uno precipitarse”.

Aquellos mismos que trabajan para hacerlo, y le deben su reputación, sienten gran avidez por parecer *honnêtes gens*, por parecer gentes de mundo, o bien secretarios, preceptores, criados de grandes señores, pero no autores. Pellisson se defiende con vehemencia y no quiere ser un poeta de profesión. Se ha comentado muchísimo la decisión de Racine de renunciar al teatro; en ella se ha visto generalmente una especie de renuncia-

ción piadosa, el sacrificio del gozo y de la gloria de escribir, hecho a la austeridad cristiana. Es muy probable que la religión haya representado en esto su papel. Pero se sabe con certeza que no necesitó para eso Racine ningún heroísmo. Trabajando como autor se arruina; está casi en la miseria; tiene diversos enemigos cuyos ataques han herido violentamente su carácter susceptible. Al casarse y dejar de escribir gana una gran fortuna; llega a tener hasta 40.000 libras de renta. En cuanto a su gloria como autor se le hace también bastante sospechosa. La Rochefoucauld se burla de Racine y de Boileau porque no saben hablar más que de poesía; y Boileau mismo, escritor notable, da gracias al Rey por hacerle historiador (trabajo que comparte con Racine) y que le ha “librado del oficio de la poesía”. Pradon escribe muy sinceramente en el prólogo de Fedra: “debería haber menos avidez para adquirir fama de buen autor que *d'honnête homme*, cualidad que siempre preferiré a todas las sublimidades de Longino”. *L'honnêteté* sería suficiente si no existieran los escrúpulos de jansenistas y cristianos para retirarse del teatro. Y por eso Chapelain, enumerando con brevedad los títulos de aquellos que juzga dignos de las pensiones del Rey, no olvida a los que saben conocer el mundo. El, Chapelain, tiene “el hábito del mundo”; Segrais lo tiene “asaz”; y sería de desear que Patru tuviera más; anotemos, en fin, que un gran número de obras, las que tienen más éxito, aparecen sin nombre de autor. Mlle. de Scudéry no firma ninguna de sus novelas. Boileau no encabeza sus obras con su nombre completo (en lugar del *Sieur D...*) hasta 1701. Y un laborioso proveedor de libreros, Préchac, nos da una conclusión sin estilo de gran salón. El héroe de su *Viaje a Fontainebleau* (1678) se encuentra con un inglés: “Juzgando... que me había descubierto como autor, respondí a aquel cortesano que me hacía más daño del que pensaba, ya que yo trataba personas que me miraban como a un caballero muy importante, y no como a un excremento del Parnaso.”

Más que el talento de escribir importa, en el *honnête homme*, el talento de conversar. Ya se demostró hace tiempo el lugar que ocupó en la sociedad clásica este arte de la conversación, que ella inventó y perfeccionó. Pero este lugar es aún mayor de lo que se cree. ¡Cuántos tratados, discursos o capítulos consagrados enteros a aclarar sus secretos!: los que son ya conocidos, de Mlle. de Scudéry, La Rochefoucauld, el Caballero de Méré, el P. Bouhours, Saint-Evremond; y los menos conocidos, Morvan de Bellegarde, De Villiers, De Callières, Le Noble, Chalesme, y la traducción de la *Galatea*, de De la Case. Se unen a éstas todas las páginas que, en otras obras, tratan brevemente ese asunto: las de Pellisson, Ménage, Bordelon, Vaumorière, Brémond, el *Mercurio*. Todo demuestra la importancia que se da a la conversación en la vida del gran mundo y los méritos exigidos al *honnête homme*. “Las conversaciones y las visitas —dice Morvan de Bellegarde— ocupan casi toda la atención de las personas de nuestra clase (es decir, *d'Euthyme* y de *Théagène*).” Se decide el mérito de un hombre por su modo de conversar: “Todo el mundo debe estar de acuerdo —confirma De Chalesme— en que la conversación es lo que más contribuye a hacer sociables a los hombres, y ella es lo que más interesa para encajar bien en la vida.” Hasta forma parte de las virtudes. Los manuscritos de Conrart (edición posterior a 1688) nos dan una *Carta de una dama que alude a la virtud de “l'honnête femme”*: “El resto del día, dice esta señora, se empleará en los quehaceres domésticos o en la conversación que será su tarea principal en la Corte y en el gran mundo.” “En este ejercicio, principalmente, podrá *l'honnête femme* servir.”

El talento de la conversación tiene tanto precio que no dudan en dar, no solamente el análisis y los principios generales, sino también modelos prácticos. Se publican una especie de métodos que, como para las letras y los usos corrientes de buena educación, sirven para aquéllos que quieran brillar y sostener

sus dones naturales. Bary comenzó en 1673 a publicar un *Pe-riódico de conversaciones*. “En éste se encontrará —dice él, sin modestia— lo más sólido, más serio, más suave de la galantería, lo más curioso y lo más atrayente para la viveza del ingenio. En él se tratan diálogos convenientes que hablan del perdón, de la Corte, de la inconstancia, de las comisiones, de las amistades, del lujo, del vino, de las mujeres. De paso, los volúmenes XXI y XXII nos enseñan “una bella manera de vivir” y, por ejemplo, que se debe saludar el lecho de los Príncipes y con mayor razón “su comida”, o bien que si un hombre importante estornuda no debe decirse: “*Dios os asista*”, sino descubrirse. Morvan de Bellegarde da, en 1697, un *Modelo de conversaciones para las personas educadas*, con ejemplos sobre temas políticos, moral, trato a las mujeres, lectura de novelas, materias eclesiásticas, etc. De Vaumorière expone, en 1700, *El arte de agradar en la conversación*, donde se aprende cuanto se necesita para ser educado sin caer en ceremonias incómodas, o hasta dónde puede llegar la lisonja hacia las damas. Hay ejemplos más directos, menos metódicos. En 1673, el *Mercurio* nos da ejemplos de conversaciones recogidos en los “salones galantes”; se habla en ellos de la historia de Leónidas, de un tratado con los corsarios de Túnez, de la muerte del P. Senault, de una fiesta dada por Monsieur en Saint-Cloud, de las proezas del Marqués de Florensac, de “los vapores”, etc., y siempre con “la variedad que agrada”. En los *Juegos*, de Mille. de Scudéry, uno de ellos es sacar a suertes un tema de conversación, y aquel que la suerte designa resulta un “sabio incómodo”. Antonio de Courtin muestra que él no distingue claramente entre la conversación galante, *honnête*, y el preciosismo ridículo. Conversación puesta como modelo en su *Nuevo tratado de Educación* (sexta edición, 1682): “¿Qué, señor (la señorita es quien empieza) esperáis a que se nos haga entrar? —Señorita, se debe —dice el caballero— este respeto al templo de las Musas. Me da miedo profanarlo. —Le hacéis, señor —repli-

ca la damisela—, un gran honor a este gabinete. —¿Qué, señorita —continúa el caballero—, no queréis que reinen las Musas en la estancia donde residen las Bellas Artes? —Pero yo he oído decir —responde la dama— que las Musas eran nueve; y yo estoy aquí sola. —Ellas eran nueve, lo confieso —responde el caballero—, pero vos sola, señorita, valéis por todas ellas. De las Musas, una ignoraba lo que otra sabía, y vos sabéis más que todas juntas.”

No es necesario detallar los análisis, los consejos, los modelos. Basta con recordar que el carácter esencial de la conversación se opone, inmediata y necesariamente, a todo lo que sea razón metódica y reglas ordenadas. La conversación tiene por ley la libertad y la diversidad. El verdadero arte de conversar es no hablar de sí mismo, sino dejar hablar a los demás; por tanto, puede uno marcarse una regla o varias, pero nada le autoriza a imponerla a sus semejantes. Sin duda, hay en la conversación del siglo XVII un fondo razonador que la distingue de la empleada en los salones románticos; porque uno mismo se achica, trata de no molestar a los demás, discute discretamente, sin ardor nunca apasionado, y sin la intransigencia de los románticos. Pero esta razón difiere de aquella que de las reglas del poema dramático o del épico hace un tratado. El arte de la conversación —dice Méré— parece tener “un poco de brujería”. No puede decirse con más claridad todo lo que la aleja del *Discurso del método* o del *Tratado del poema épico*.

También se han averiguado los refinamientos del ambiente que reina en los salones, del arte de agradar. Tenemos que mostrar con qué vigor, con qué continuidad sigue viviendo el “preciosismo” después de 1660 y, hasta fin de siglo, en toda la literatura. Se prolonga también en los salones, y allí mismo se perfecciona. Sabemos que los habituados al salón de Mlle. de Scudéry (1666) forman una especie de sociedad que se divierte en rodearse de un poco de misterio. Cada uno de los iniciados tie-

ne un mote galante, y sus cartas están fechadas desde el país de lo "Tierno". Se encuentran en las novelas posteriores a 1660 ficciones que continúan, pero embelleciéndolas, todas esas ceremonias galantes. En los *Juegos*, prólogo de la *Mathilde d'Agui-lar*, de Mlle. de Scudéry (1667), un grupo de la buena sociedad se reúne en el campo; se toman nombres del gran Ciro y se divierten con conciertos de viola, danzando, conversando y haciendo juegos de prendas. *Historia de la Orden de la libertad de los corazones*, en *El Mercurio* (1678), con las Reglas de la orden. *Monsieur de Kervaut, novela cómico-galante* (1678), nos describe la fiesta de Apolo, dada por los caballeros de Apolo. Cada uno tiene una divisa: un torrente ("lo que se opone a mí sólo sirve para irritarme"); Pegaso ("yo vuelo en todas partes"), etc. En el *Paseo de Livry* (1678), la sociedad galante se compone de damas y filósofos que han desterrado el amor, al menos de sus reuniones, que son "totalmente intelectuales y razonables". La *Academia Galante* (1682) nos cuenta la fundación de una Academia de amor. Su primer objeto es establecer los estatutos. Entre los estatutos de Mlle. de Mirac: "se tendrá que rendir a la Academia una cuenta exacta del uso que se haga del tiempo. Si se supiera que alguien pasa mucho tiempo sin amar, se le arrojara mientras permanezca ocioso su corazón". Entre los estatutos de caballero de Pontignan: "no se recibirá ningún académico que no haya tenido más que una pasión". Entre los estatutos de M. de Tréval: "todo el que se case saldrá de la Academia". Sin duda, se trata de ficciones y chanzas. El caballero de Hervault usa la siguiente divisa: "yo vuelo (robo) (2) siempre", con lo cual todo el mundo se chanea de él: "yo soy un mal poeta que roba en todos lados". Para satisfacer mejor las exigencias de la Academia, el caballero de Pontignan, corteja a la vez a la madre, a la hija y a la criada. Con todo y con eso,

(2) "Voler" (robar y volar).

esas ficciones no se alejan de ciertas realidades. Al menos las sociedades galantes florecen en todas las provincias. *El Mercurio Galante*, que es el intermediario complaciente entre el aire distinguido de la capital y el deseo de los provincianos de seguir este aire, nos da una porción de testimonios de ello: “La galantería reina en todas partes, usándose lo mismo en la capital del reino que en las provincias.” *El Mercurio* conoce (1698) en una ciudad pequeña una sociedad agradable, a la cual le han comunicado esos señores un aspecto académico que, unido a la galantería y a la amabilidad que ya reinaba en ella, la convierten en la vivienda de las Gracias y de las Musas.” Se leen buenos libros, se resuelven cuestiones galantes, hay pequeños conciertos y discusiones y comentarios sobre el *Mercurio*. Desde 1689 hasta 1692, el “pastor de Flora” envía con el *Mercurio*, a la “bella Martesia”, una abundante correspondencia, que basta leer para comprender que no todo es ficción. Ha habido seis sociedades galantes, entre ellas el *Cordón verde o los Celadones*, cuya divisa es: “más esperanza que temor”; *El imperio de Flora*, en que las damas llevan nombres de flores; *El Reino de Fenicia*, cuyo lazo es color de fuego y la divisa: “arder sin quejarse”; *El Estado Encarnadino*, a imagen de *Cleópatra*, donde se desterró lo pastoral, consagrándose todo él a lo heroico.

Ya en París tales galanterías han pasado de moda. Allí se tiene más afición a las cosas serias, y las mujeres sabias, sin dejar, como veremos, el preciosismo, se interesan mucho más en los torbellinos o en las leyes de mecánica que en Céladon o en *Cleópatra*. Sin embargo, De Visé, en 1674, conoce ocho o diez personas muy espirituales, de uno y otro sexo, que han formado “una especie de pequeña academia galante, que se reúne una vez por semana, y en la cual no se abre la sesión si no es con un discurso en que intervenga el amor”. Las sociedades de este género, a fin de siglo y al principio del XVIII, en el “Templo” y en aquellos “Festejos de los Sellos”, “aquellas deliciosas cenas

—dice Chaulieu— en que el talento era sentimiento, la jocosidad alegría, la erudición amenidad y la crítica, instrucción ligera; donde nunca se trató ni de disertaciones pedantescas, ni de conversaciones afectadas”. Basta leer al abate Genest, para encontrar en su libro, entre las descripciones de las fiestas, *ballets* y alegorías, las cartas en verso, o en verso y prosa, los madrigales, canciones, rondós, que sobreviven a la vez al viejo “preciosismo”, un poco amanerado y engreído, y al recién nacido, que nada sabrá del antiguo, porque ya ahora domina en él la gracia y el ingenio.

Por lo demás, si las sociedades galantes se refugiaron en provincias, las fiestas galantes, o los regalos galantes, continuaron en París y en provincias. La moda es muy antigua. Voiture cuenta con mucho ingenio una de estas fiestas, que debió ser encantadora, ofrecida en 1630, por Mme. de Duvigean a la Princesa de Condé. Y esa moda no desaparece. Pavillon nos ha dejado un libro de versos para “una fiesta agradable dada en el campo”, en que la Primavera, el Verano, el Amor, etc., representados por invitados, recitan cumplidos a cuantos asisten a ella. *El Mercurio*, de 1679, nos cuenta ampliamente los bailes campestres y fastuosos dados en las “Islas de Neuilly”, donde hubo tantos invitados que se necesitaron cien barquitas para hacerles pasar el río; también, en 1680, la sala de amor de Cleranton, a la orilla del Sena, a “trece millas de Illión..., embellecida con mil adornos galantes que marcan el poder de este dios”. En 1698 hay una fiesta galante, dada a Mlle. M. D. S. G.: “Apolo, queriendo celebrar una fiesta en honor de la bella Iris, envió al pequeño Jacinto para advertir a las Musas que se dirigieran a su palacio, etc.” Se pueden encontrar en *El paseo por París en el siglo XVII*, de M. Marcel Poète, muchas otras descripciones. Algunos de estos paseos no son sino cabalgatas, diversiones o, como nos lo muestra Dancourt, citas clandestinas de amor. Pero algunas sirven también de pretexto para delicadas galanterías, en las

*

que sobrevive la afición al “preciosismo”. Es digna de anotarse la astucia amorosa de un joven caballero que, para gustar a una bella desconocida, se disfraza de barquero rústico, como los que alquilaban barca y toldo para bañarse en el Sena. Cuando ella y su madre salen del toldo y del baño, se encuentran, en lugar de la barca, un suntuoso navío donde hay preparada una magnífica colación y una “sinfonía” cuyas notas dulces son deliciosas. Se maravillan, preguntan. En los días que siguen se renueva el prodigio, hasta que el barquero aparece vestido de gran señor, y así obtiene la mano de la damisela. También en los colegios va prolongándose el “preciosismo” del colegio, es decir, aquel que no conoce el amor, ni siquiera espiritual, sino que sólo se alimenta con juegos de ingenio. En 1681, los internos del colegio de Clermont dan, en honor del joven Príncipe de Borbón, una fiesta que se compone de charadas, enigmas, emblemas, grifos y logogrifos, etc. En provincias tienen más afición a estas diversiones, en las que se derrocha no sólo el fausto, sino el ingenio. En Pontoise (1679) mascarada galante en casa de un oficial de los Guardias de Corps; regalos para las señoritas acompañados de cartitas con versos galantes. En Auxerre (1680) caería tan extraña como galante el día de San Humberto. En provincias, sin que se nos diga dónde (1678), fiesta galante para celebrar el aniversario de una señorita provinciana. Los muchachos, disfrazados de pastores, ofrecen naranjas confitadas, donde se encierra un madrigal para cada damisela; las jóvenes contestan ofreciendo a los caballeros su botellita de licor, acompañada también de su madrigal (3).

Y sigue la moda, que se agravó mucho antes de 1660, dando a las *precieuses* presentes escogidos con ingenio y acompañados de versos más ingeniosos todavía. Mlle. de Scudéry y su

(3) Véase también, sobre esta moda de los regalos y galanterías: *La prudencia o las reglas de urbanidad... en que se ven brillar las conveniencias sociales*. Pralard, París, 1673, lib. II, cap. II, sec. 2.^a.

círculo continúan dedicándose deliciosamente a este estilo. Así, en 1665, la historia de los ladrones y los amantes, caminando unos y otros por la noche, se introducen, escondiéndose, y se reprochan —en verso— haberse molestado unos a otros en su mutua aventura. En 1686, Mlle. de Scudéry da al Rey un ágata con el retrato de Homero; y la contestación del Rey es una medalla de oro con su efigie. Chapelle nos ha dejado toda una serie de billetes galantes, a los que acompañaban regalos hechos a Madame. Pinchesne envía a M. B. una estancia impar. Súplica presentada por un gato y por la pluma de Marigny, en un cesto de flores, a Mlle. d'Imersel, canonesa de Maubeuge. De los poetas anónimos tenemos una *Epístola* a una codorniz, cuyo autor hizo con ella un presente a M... El *Mercurio* nos ofrece un gran repertorio de estas *preciosités*. “Se hacen siempre —nos dice en 1678— una gran cantidad de galanterías enviando flores”; no solamente flores, sino presentes de toda especie enviados a “ciertas personas galantes y espirituales”; se envía un abanico; epístola de M. de Lulli a Mlle. de la Guèrre, “enviada el día de Santa Cecilia por medio de una sombra con una corona de laurel acompañada de honitos presentes que van encerrados en una caja, sobre la cual se puso esta inscripción...”. Y además inventos aún más refinados: “Versos hechos (1695) para un amante pegajoso que llama a tres bellas damas: una, su *corazón*; otra, su *ingenio*, y a la tercera, su *alma*”; hay además algunas tan largas y complicadas que no se puede dar de ellas más que un resumen: para declarar su amor, un caballero ofrece (1692) una caja con tres panes de cera, del tamaño de la punta del dedo: sobre el primero, que es blanco, se ha grabado *sencillez*; sobre el segundo, que es rojo, *una llama*; sobre el tercero, que es verde, *esperanza*; una pieza en verso, escrita sobre una hoja de oro con cianuro, fijada en la tapa, y otra en el fondo; todos los adornos de la caja, galantes y alegóricos; del estilo de las obras en

verso puede decirse que hubieran admirado a Cathos y a Filaminta:

cet amour

Est votre enfant: vos charmes l'ont fait naître.

Las provincias rivalizan, naturalmente, con la capital. Un caballero angevino se aventura a irse a una provincia del país de lo "Tierno", todavía sin explorar. Quiere "declarar su amor a una señorita de catorce años, sin que ella pueda ofenderse"; renunciemos a explorar esta declaración tan sutilmente velada que hasta los veinte años, después de haber acertado cien acertijos del *Mercurio*, la señorita no fué capaz de comprenderla. El pretendiente, enmascarado, envía una cesta dividida en nueve compartimientos: el de en medio, forrado de blanco, está casi lleno de corazones de azúcar, etc. En una ciudad pequeña de Normandía, "donde la urbanidad, la galantería y el talento reinan lo mismo que en las mayores ciudades del Reino" (1694), hay un intercambio de versos galantes alusivos a los amores de un marqués, por cierto casado, hacia una joven que no acepta su amor; este amor a la *precieuse* no ataca a la virtud de ambos porque no solamente el marqués y la joven riman sus ternezas o sus negativas, sino también la madre y los grandes talentos de la pequeña ciudad abogan en verso por la mujer cruel o el desolado pretendiente.

Tiene también mucho brillo la moda inventada por las *Precieuses* que cantan en la lira las gracias de los gatos, perros, loros, hasta los camaleones, favoritos de las bellas, o bien escriben, cuando fallecen, emocionantes elegías. "No basta —dice Charroselles— al *precieux* pedante de la *Novela burguesa* escribir obras de menos alcance; es preciso, para darlas a conocer, que sean obra de época..., y que su tema sea la muerte de un perrillo o de un loro." Pellison escribe unos versos sobre la

muerte de una pichona que amaba Safo; Pinchesne, al morir un gorrión o una monita; Pavillon, en la muerte del perro "Moufle"; el *Mercurio* inserta, entre ellos, un elogio a "Marqués", un perrillo aragonés o el envío de una gozquecilla llamada "Mademoiselle Amarante". Chalieu rima un diálogo entre dos loros. Hay diez obras que tratan de la muerte del camaleón de Mlle. de Scudéry. En el círculo de Mme. Deshoulières no se cansan de esta diversión. Epístola de "Tata", gato de la Marquesa de Montglas, a "Griseta", gata de Mme. Deshoulières, con la respuesta de "Griseta"; y después las epístolas de una decena de gatos, llamados "Gris", "Blondin", "Mittin", etc., o en *El Mercurio* la epístola de Brunand, escritorzuelo de los alrededores de Argentan, y un soneto a "Griseta", lírica de Benserade; también hay en *El Mercurio* dos cartas de "Gas", gozquecillo, a Mme. Deshoulières. Sin olvidar, escrito por la poetisa, *La muerte de "Cochón", perro del Sr. Mariscal de Vivona, tragedia*.

Sólo una moda tiende a desaparecer hacia fin de siglo: los juegos de sociedad. Cuando jugaban a los "juegos inocentes" jovencillos y jovencillas burguesas de mi generación, en las fiestas de tarde, para bailar con sus familias, no se daban cuenta, generalmente, de que estos juegos, más numerosos y más sabios, habían sido doscientos cincuenta años antes la nota más agradable de la alta sociedad. Sorel nos ha dejado de ellos una copiosa descripción en su *Casa de los juegos* (1642). "La mayor parte —dice— no pueden agradar sino a personas de buena educación, refinadas, galantes e ingeniosas, que discursen y contestan vivazmente, con juicio y con saber." En 1654 hay otro repertorio de la Marinière: *la Casa académica, que contiene una recopilación general de todos los juegos divertidos para gozar agradablemente en buena compañía*. Algunos de estos juegos eran un poco burlescos; véase el juego de los matrimonios: casar a la pera y al queso, al tapón con la taberna, etc. Otros son ejercicios puramente literarios: aleyuas, acrósticos, metamórfo-

sis. La mayor parte *precieux*, desde el “preciosismo” sencillamente galante al que roza el ridículo; juego de los suspiros: “¿por qué suspiráis?”; juego de la pérdida del corazón: “una dama me ha arrebatado el corazón”; “¿por qué se lo habéis arrebatado?”; juego de la caza de amor: “hemos perdido al amor, decidnos dónde está”; juego de las letras del alfabeto: “es preciso alabar a su amante con epítetos que empiezan por A, B, C, etc.”. El juego del canastillo, en que Inés quiere una “Tarta de Crema”, es uno de los juegos de sociedad, y además también lo practican los pequeños burgueses. No parece que después de 1660 se hayan empleado tanto estos juegos ni con tanta asiduidad. Pero no desaparece la afición. Después de dos ediciones de la *Casa de los juegos*, en que la última se añade a la primera sin suprimir nada de ella, Sorel publica, en 1671, los *Recreos galantes*, un compendio de la *Casa de los juegos*. Pero el compendio respeta con justeza las diversiones donde mejor se refleja el preciosismo: el juego de los suspiros, el de la pérdida del corazón, el de la caza de amor, el de los trajes de amor, etc. Suprime todos aquellos que sólo son una gimnasia del espíritu: enigmas, charadas, aleyas, acrósticos, etc. Y añade que él cree que Sorel no ha escuchado las *Precieuses ridicules* sino para tomar el partido de Cathos, de Madelón o de Mascarilla: juego de la “conversación” (nacido del latín *conversaris* “encontrarse”).

“Se le dijo a una dama: Os presento la herida que vuestra belleza y vuestra gracia, conversando juntas, han hecho en el corazón de un amante. Y a una vecina: Os presento la confusión que la esperanza y el temor han engendrado en mi alma al conversar con vos. Continúa y dice: Os presento un lago de amor con que vuestra mano y la mía, al conversar juntas, me han rodeado el corazón. Y otro: Os ofrezco un prisionero cogido en el lazo compuesto por el amor unido por vuestra hermosa cabellera.”

He aquí, para acompañar los juegos de Sorel, las *Cartas a*

M. Desmarets, sobre su juego de las reinas y la respuesta de Desmarets; el juego de *la familia*, recién inventado: el padre es avaro, la mujer celosa, etc. ¿Qué ocurre en él?...; el juego de las Musas: cada una de las damas toma el nombre de una de las nueve Musas y obra en consecuencia: Urania, predice; Euterpe, canta; Polimnia, pinta..., etc. O bien (1677) se saca a suerte el nombre de tres damas, a quienes tres caballeros improvisan versos; se hacen (1678) billetes galantes en verso para las damiselas de algún barrio y se les distribuyen por lotería. He aquí todavía (1677) el juego del amor ahogado, al que Fontenelle hace unos versos, amor que aún se representa alguna vez en el salón de Mme. de Tencin: “se nombran dos amantes a las bellas, que abogan uno en favor del otro”. En Chantilly, Condé también trabaja en resolver acertijos y se los proporciona a Boileau o a La Rochefoucauld. Saint-Aignan, maestro en este género y en el de la improvisación, se confiesa, como buen cortesano, vencido por Condé:

*Ayant pour les rébus en grand honneur vécu,
Je dis, me consolant en ma douleur sensible,
Saint-Aignan était invaincu,
Mais il n'était pas invincible.*

En suma, el arte de agradar tuvo para la literatura más graves consecuencias que la afición a las improvisaciones o a los acertijos. Este arte fué el que introdujo, así como en la vida, entre numerosas reglas, las reglas de las conveniencias. El sentido de la palabra no se define bien. Entre las conveniencias que debe atender el escritor hay las que llamaremos conveniencias humanas. En todos los países y en todos los tiempos es inverosímil que tal personaje, en tal situación, hable u obre de uno u otro modo. Perrault en su *Critica de la ópera de Alcestes*, de Quinault, le reprocha el faltar a las conveniencias haciendo de

Admete un cobarde que no sueña en nada más que salvar su vida, aunque sea a expensas de las de su padre o su mujer. No es solamente la urbanidad del siglo de Luis XIV la que nos hace suponer en los grandes de este mundo más valor y dignidad; la baja cobardía es, humanamente, menos verosímil entre ellos que entre gente de baja estofa. Pero también encajan entre las conveniencias todas las reglas de urbanidad, las convenciones de la etiqueta, las exigencias de la galantería exigidas en la vida de gran mundo y la *preciosité*. Y al escritor se le impone conocerlas y respetarlas, cualquiera que sea la época y el ambiente en que su obra se desarrolle. Sin embargo, hay algunos que se resisten y dudan. Si Balzac alaba a Corneille por haber pintado a sus Romanos más nobles que los Romanos auténticos, d'Aubignac le reprocha haber dado a su *Valerio* el aspecto de pleitear contra Horacio; “entonces le habría —dice él— estrangulado”. Laboureur, en su *Carlomagno*, arrostra como tarea principal enseñar a la Historia “la moda y las conveniencias”, pero con la condición de destacar la diferencia que existe entre el siglo de Carlomagno y el nuestro. *El Diálogo de los héroes de novela*, de Boileau, se burla mucho de aquellos Persas y Romanos que hablan como remilgados y remilgadas. Se le reprocha a Racine el haber creado un *Pyrrhus* demasiado galante, y haber hecho demasiado poco turcos a los turcos de *Bajazet*. Pero ni críticas ni burlas impiden que las conveniencias se impongan ni que las discusiones se lleven hasta las más extrañas sinrazones. Se las ha subrayado, con mucha frecuencia, en las críticas hechas sobre Racine o Molière. Va en contra de las conveniencias el que Pirro, rey, se digne buscar a Orestes, que es embajador. El embajador debe presentarse al rey. Es poco conveniente hablar de *tarta de crema*, hasta en una comedia, si la comedia se respeta a sí misma. ¡Cuántos ejemplos podrían añadirse a aquellos que ya se conocen! Chapelain declara que, en el *Clodovéo* de Desmarets, va en contra de las conveniencias suponer que la mujer de Clodion, de un

rey, se tire del barco en camisa, y que un embajador trate de violar a una mujer. A Sarrazin no le gusta la sencillez de los antiguos; la define como una grosera rusticidad; se comenta el hecho de unos aldeanos estúpidos que llevan adargas fabricadas con "siete pieles", bastones por cetros, y que comparan a los grandes personajes con un asno en un prado o una mosca dentro de una cocina. Méré es inexorable con todos los hombres ilustres que demuestren tan crasa ignorancia de la urbanidad y de los "adornos". Virgilio puede tal vez ser un poeta, pero no es un "hombre galante"; ignora el "trato mundano" y las "conveniencias". "Eneas se dirige a la Reina de Cartago, con tan mal humor que no se comprende el enamoramiento de ella, y se despidió de un modo que nos hace pensar que se consolará pronto de su ausencia." Para explicarse —dice Devilliers— tantas cosas zafias en las tragedias griegas hay que suponer que lo hicieron tratando de agradar al pueblo."

En cuanto a Homero, aun antes de la disputa entre los Antiguos y los Modernos, maravilla que haya dejado tan a menudo la dignidad que debe encerrar el poema épico, sin atender siquiera a las más elementales conveniencias. La conclusión casi universalmente aceptada es que en la poesía puede uno estar obligado a hablar de cosas ordinarias y hasta bajas, pero transformándolas con la nobleza de la expresión. Este tema, Boileau —ya lo veremos— lo ha repetido diez veces. La misma opinión tiene Fleury: "cuanto más bajas son las cosas más necesidad hay de elevarlas"; Carel de Sainte-Carde está orgulloso de la lengua francesa porque, "lo mismo que la griega, puede describir con nobleza hasta las nimiedades". Y ésa es la opinión de todo el mundo.

Esta unanimidad estalla en el momento de la primera disputa entre los Antiguos y los Modernos. Es bien conocida. Recordemos sólo que si Perrault, Fontenelle, etc., critican a Boileau, Racine y sus amigos, lo que tachan son sus juicios, no sus prin-

cipios. A Homero y otros clásicos —dice Perrault— les falta gusto; ignoran la amabilidad, las conveniencias, y sin ellas no pueden existir las obras de arte. Homero compara a Ajax con un burro, y supone que el rey Ulises conversa largo y tendido con un pastor de puercos. Boileau, Racine y los “Clásicos” hubieran podido responderle que esta vulgaridad de Homero, es decir, esta fidelidad a las costumbres de su tiempo, es precisamente la que da a sus obras verdad y humanidad. Ni siquiera concibieron la idea. La réplica de Boileau es que si Homero habló de cosas vulgares las idealizó con un estilo puro, y si *asno* es bajo en francés, es noble en griego, y no es bajo en latín; que es preciso traducir βουε no como vaca, que sería vulgar, sino como *ternera*, dándole una acepción más fina y elevada. “Si se tradujese a Homero con frases elevadas y bello estilo, haría el efecto que debiera hacer.” Desde luego, Racine no está muy seguro. Piensa que, en griego o latín, “asno” no quiere decir noble, sino sencillamente poco vulgar; lo más encantador del diálogo entre Ulises y Eumeo no son sólo las frases vulgares, sino (así lo califica Dionisio de Halicarnaso) su redacción. Racine siente mejor que Boileau la sencillez de Homero, y esto sólo demuestra su buen gusto. Dice que Alcinoos, en la *Odisea*, “entiende bien la educación”. No pensó negar jamás el principio de las conveniencias.

Hacia fin de siglo —lo demuestra la *Disputa*— adquiere más fuerza que nunca este principio. También se nota estudiando los *Idilios*, que durante cincuenta años se van alejando de la parte rústica, terminando con diálogos galantes entre mundanos disfrazados que fingen una comedia campestre. Esta es la doctrina explícita de Fontenelle. Y también la de Longepierre. “Es verdad que yo me he apartado de la linda sencillez tan proporcionada a los héroes del poema bucólico que reina con particularidad en los espíritus de Theócrito. Pero es verdad también que el tratar de agradar me obligó a ello. He dudado, lo confieso, que este estilo

sencillo resulte encantador en nuestro siglo y encuentre muchos que lo aprueben... Ahora preferimos los pastores galantes, educados e ingeniosos.” Por estas razones, la regla de las conveniencias, tendía sin cesar no a conciliarse armónicamente con las de la razón y la naturaleza, sino a oponer el arte de agradar, con todas sus consecuencias mundanas, frente a la natural sencillez.

Traducido por Luisa M.^a Ybargüen.

EL NOVIO POSIBLE

(DON JUAN DE AUSTRIA) (1)

POR

EL DUQUE DE MAURA Y AGUSTÍN G. DE AMEZÚA
De la Real Academia Española.

SI apenas mediado el siglo XVI hubiese ejercido la opinión pública nacional influjo dirimente en el matrimonio de personas reales, ningún Príncipe ni aun Soberano extranjero habría osado pretender la mano de Isabel Clara en oposición a Don Juan de Austria, próximo deudo suyo y *rayo de la guerra*, nimbado de máxima popularidad dentro y fuera de España. Póstuma e inmarcesible pervive su gloria militar. Cegados por ella muchos historiadores generales, en competencia con biógrafos y panegiristas, deshumanizan más o menos involuntariamente la figura del vencedor en Lepanto, no obstante que su auténtica grandeza resiste sin daño cualquier examen crítico.

Procuraremos practicarlo en estas páginas lo más severo posible, no por impío prurito iconoclasta, sino por afán de aquilatamiento histórico, que es el único modo de progreso accesible a las revisiones biográficas.

Sensual Carlos V, como casi todos los varones conspicuos

(1) Capítulo de un libro en preparación.

de su tiempo, fué mucho más glotón que mujeriego, a diferencia de Enrique VIII de Inglaterra o Francisco I de Francia. Irreprochable en el hogar doméstico, correcto también mientras vivió casado lejos de su cónyuge, tuvo de soltero y de viudo ocasionales devaneos eróticos, algunos de los que, por haber plasmado en criaturas, adquirieron jerarquía histórica. Ocurrió así, verbigracia, en 1521, año a cuyo término el joven Emperador (que, como nacido en 1500, iba en edad con el siglo) dirigía el sitio de Tournai, desde un castillo próximo emplazado en Audenarde, residencia de los Barones de Montigny. Formaba parte de la servidumbre de la Baronesa cierta agraciada doncella, llamada Juana, hija de Egidio Vander Geenst, menestral tapicero en el suburbio inmediato de la *Iglesia Nueva*. Debió de extremar esa criada con el egregio huésped de sus amos la amabilidad y aun la complacencia durante el mes y medio escaso que permaneció él allí, desde 26 de octubre a 12 de diciembre, puesto que, a principios de agosto del siguiente año de 1522 consignaba el César en beneficio de la ex moza de cámara una renta vitalicia y daba ella a luz una niña, a quien se impuso en la pila bautismal el nombre de Margarita.

Juana Vander Geenst casó a poco con Juan Vander Dyke, nombrado después consejero del Conde de Brabante; pero el fruto de aquel amor ancilar fué llevado en seguida a Bruselas y encomendado a la protección de la Gobernadora de Flandes, también Margarita de Austria, viuda primero del Príncipe de Asturias y de Gerona, Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, y después del Duque de Saboya, Filiberto el Hermoso.

Consta, pues, el apresuramiento de Carlos V por reconocer de hecho a esta hija natural y su impaciencia en procurarle matrimonio honorabilísimo, puesto que el año 1528 estábalo ya negociando con Hércules de Este, Duque de Ferrara, casado al fin con Renata de Francia, hija de Luis XII. No más tarde que algunos meses después el tratado de Barcelona de 1529 incluía

en sus cláusulas la promesa de casamiento de Alejandro de Médicis con Doña Margarita de Austria. Pero la novia de siete años no se movió de Bruselas, y fallecida en 1530 su tía abuela y tocaya, continuó allí formando parte del séquito de la nueva Gobernadora del País Bajo (María, Reina viuda de Hungría) y luciendo garbo e intrepidez de amazona desde que tuvo edad de montar a caballo.

Cuando en 1536 hubo cumplido catorce años la hija bastarda del Emperador, celebróse en efecto su enlace con el no menos bastardo Duque de Florencia, asesinado el día de Reyes de 1537. Valió en su infortunio a la viuda casi niña la protección paterna, porque el vencedor de Pavía, omnipotente a la sazón en la península italiana, persistió en el empeño de procurar a su primogénita alguno de aquellos tronos. Fracasado el intento de mantenerla en el de Toscana, compartiendo el tálamo de Cosme de Médicis, por mayo de 1538 se concertó en Niza un segundo matrimonio con Octavio Farnesio (sobrino del Pontífice reinante Paulo III), Marqués de Novara, Duque del Camerino y futuro Duque de Parma.

Muy menos halagüeña prometió ser la suerte de otro vástago, éste varonil, habido por el César viudo y maduro ya en mujer asimismo soltera, aunque de condición social más elevada que aquella servil de la madre de Margarita de Austria.

Reunida en Ratisbona durante la primavera de 1546 la Dieta del Imperio, permaneció allí el Emperador desde el 10 de abril al 3 de agosto. Los quehaceres políticos y las fiestas palatinas, entreveradas con ellos, dejáronle todavía vagar para íntimos solaces, disfrutados en compañía de cierta nada arisca belad local, Bárbara Blomberg, hija de un burgués acomodado.

Coleó igualmente este desliz; pero sus consecuencias se mantuvieron mucho más cuidadosamente ocultas que las del anterior. La fecha del nacimiento del bastardo hubo de ser la de 24 de febrero, festividad del Apóstol San Matías. Conocémosla

a causa de cumplir ese mismo día cuarenta y siete años el Emperador, su padre, curiosa coincidencia registrada repetidamente en documentos posteriores. Pero ignoramos el lugar en que vino al mundo, la iglesia en que se le bautizó y el nombre de pila que se le impuso. Debió de salir doña Bárbara de Ratisbona para darle a luz en Flandes, porque al término ya de su corta vida, encareciendo Don Juan de Austria el sacrificio que implicaba aceptar en circunstancias poco propicias el gobierno de los Países Bajos, aseguró haberlo consentido en *obsequio a sus compatriotas*.

Mas ¿cuál pudo ser la razón de habersele llamado durante su niñez y hasta que fué reconocido como hermano por Felipe II, no Juan, sino Jerónimo? ¿Estaba ya resuelto cuando le atribuyeron ese patronímico el enlace matrimonial de su madre con Jerónimo Piramo Kegel, positivamente ultimado después? ¿Esperábase o se pretendía que este modesto funcionario, cuyo sueldo mensual no pasaba de cuarenta y cinco escudos, legitimase a Jerónimo por subsiguiente matrimonio? Permanece indescifrado el enigma; pero sabemos, en cambio, con certeza que, lejos de ser retenido en la Corte de Bruselas, como tiempo atrás Margarita, sacósele de allí lo más pronto y se le envió lo más lejos posible. Habíase hecho cargo del retoño imperial desde la cuna un ayuda de cámara de S. M.; Adrián Dubois (De Bues, en los textos españoles), quien apenas concluida su lactancia, le entregó para que lo condujese a España y le criase como hijo suyo a Ana de Medina, humilde labradora leganense, casada con Francisco Massy (tañedor de viola en la orquesta de la capilla imperial) y quebrantada en su salud por el clima de Flandes, siendo ésta la única razón del desplazamiento de ambos óptimos servidores palatinos.

El secreto del verdadero origen del párvulo se guardó tan impenetrable como lo demuestran las contradictorias versiones contemporáneas llegadas hasta nosotros. Creíasele en Leganés

hijo de la Medina y del músico flamenco, fallecido a poco de venir a establecerse en la Península. Sospechábanle algunos cortesanos fruto inconfesable de un incestuoso amor de Carlos y María de Hungría (patraña absurda, pulverizada hace ya casi un siglo por la crítica histórica). Suponíanle los más, vástago adulterino de algún servidor próximo al César, bien el ayuda de cámara Dubois, bien el mayordomo Luis Quijada, hipótesis esta última que prevaleció sobre las otras cuando, apenas alcanzada por Jeromín la edad de la razón, se le trasladó a la casa señorial de Villagarcía del Campo y se encomendó el cuidado de su persona (que maternalmente asumió ella) a doña Magdalena de Ulloa, noble, virtuosa y discreta, pero estéril, consorte de don Luis, criado favorito e inseparable de S. M. Cesárea.

Tampoco faltan sesudos escritores que incluyen en la lista de los bastardos imperiales al hermano uterino de Don Juan de Austria, Conrado Piramo, hijo legítimo de Jerónimo Kegel y Bárbara Blomberg.

Era la generalización de ese despiste propósito deliberado de Carlos V, quien ocultó en la vejez esta segunda paternidad con ahinco no menor al que puso en la juventud para exteriorizar la de Doña Margarita. No se ha de atribuir tal conducta, análoga a la observada con hijos naturales por muchos padres desnaturalizados, a egoísta resolución de ignorar la existencia del bastardo, puesto que el envío de éste a España y su ulterior acomodamiento en hidalga y bien hacendada familia, capaz de proporcionarle educación intelectual, física y social, digna de su estirpe, obedecieron a órdenes expresas del Emperador, quien cuidó además de sufragar indirecta, pero puntual y generosamente, los gastos ocasionados por la crianza de su hijo. Fué, en cambio, designio inquebrantable suyo (disimulado o falseado por la posteridad) no reconocer en vida al varón ilegítimo.

El genio pictórico de Rosales supo envolver las evocaciones

*

plásticas de lo pretérito en ambiente tan insuperablemente bello como históricamente inexacto. Artista nada erudito, gustó de imaginar escenas memorables del modo que hubieran podido ser, sin conato ni menos pretensión de reconstituirlas tal y como fueron. Así, pues, el testamento de Isabel la Católica y la presentación de Don Juan de Austria en Yuste (para no multiplicar los ejemplos), episodios inmortalizados por sus pinceles en la historia del Arte, se han de reputar inutilizables como ilustraciones gráficas de la Historia auténtica, porque la verdad es muy otra.

Ausente don Luis Quijada de su hogar durante largos años, adscrito de continuo a la movediza Corte del César, obtuvo permiso para precederle en su último viaje de Flandes a España y pasar algunas semanas junto a los suyos. Mas apenas el abdicado Emperador desembarcó en Laredo, reclamó nuevamente sus servicios y le retuvo en el monasterio jerónimo hasta fines de mayo de 1557. Despidióle entonces, como antes a sus demás servidores, con licencia definitiva; pero le echó pronto menos, pues en agosto de ese mismo año valíase otra vez del mayordomo irremplazable. Disgustó a los cónyuges esa recidiva en la separación; no ocultó su contrariedad don Luis, que tuvo siempre fama de sincero y aun de malhumorado, y estimando su señor justa la queja, le autorizó para que fuese a traer a su familia y se instalase con ella en la inmediata aldea de Cuacos, previa la conveniente reforma del humilde albergue adquirido con tal objeto, circunstancia que retrasó el arribo de doña Magdalena, y por ende el de Jerónimo, hasta el 1.º de junio de 1558. Consta, pues, que la próxima convivencia de padre e hijo no llegó a durar tres meses, cuando, de haber placido al César, habría durado más de dos años, sin sorpresa de nadie y con extrema satisfacción, así del matrimonio Quijada como de su pupilo.

No hubo, como fantasea Rosales (para deleite del especta-

dor y gloria artística suya) presentación espectacular del bastardo a S. M. Cesárea, con asistencia de Grandes de España, títulos del Reino, Ministros de Consejos y frailes de la comunidad, ni revelación de padre a hijo susurrada en la intimidad de la celda monástica que se habilitó para cámara imperial, ni siquiera mudo y patético adiós en la alcoba del agonizante.

Las ocho o nueve semanas transcurridas desde la instalación en Cuacos de Jerónimo hasta el acceso mortal de su progenitor en principios de septiembre depararon a éste oportunidades diversas para comprobar exactas las ponderaciones oídas a Quijada acerca de la gallarda apostura, varonil denuedo y atrayente simpatía del pajecito, amén de la belleza de su rostro, destinada a ser, por fortuna, su única herencia materna. Pero quien había dominado al mundo supo, claro es, dominarse a sí propio, y ni en actos ni en palabras, ni aun en ademanes, dió jamás ocasión para que sospechase nadie los vínculos de sangre y de afecto que le unían con el mozalbete recogido por don Luis y doña Magdalena. Decimos de afecto, porque el reconocimiento legal de Jerónimo databa nada menos que de cuatro años atrás. Hallábase entonces el declarante en Bruselas y el día mismo en que otorgó su último testamento, la diestra, poderosa aún si bien deformada por la gota, suscribió (encerrándola en sobre destinado a ser abierto a par del que contenía su postrera voluntad) la cédula siguiente:

“Digo y declaro que estando yo en Alemania después que enviudé, hube un hijo natural de una mujer soltera, el cual se llama Jerónimo, y mi intención ha sido y es que, por algunas causas que a esto me mueven, que pudiendo ser buenamente enderezar, que de su libre y espontánea voluntad, él tomase hábito en alguna religión de frailes reformados, a lo cual se encamine sin hacerle para ello premia ni extorsión alguna. Y no pudiendo esto guiar así, y queriendo él más seguir la vida y estado seglar, es mi voluntad y mando que se le den de renta

por cada un año de veinte a treinta mil ducados en el Reino de Nápoles, señalándole lugares y vasallos con la dicha renta. Lo cual todo, así en el señalar los dichos, como en la cantidad de la renta, que la suma susodicha sea como pareciere al Príncipe mi hijo, a quien lo remito; y en defecto de él, sea como pareciere a mi nieto el Infante Don Carlos, o a la persona que, conforme a este mi testamento fuere mi heredero o heredera al tiempo que se abriese. Y cuando el dicho Jerónimo no estuviese por entonces ya puesto en el estado que yo deseo, gozará de la dicha renta y lugares por todos los días de su vida, y después de él sus herederos y sucesores legítimos, de su cuerpo descendientes. Y al dicho Príncipe mi hijo, y al dicho mi nieto y a cualquiera mi heredero que, como tengo dicho, tuviere al tiempo que este mi testamento se abriere, que le honre y mande honrar, y que le tengan el respeto que conviene, y que haga guardar, cumplir y ejecutar lo que en esta Cédula es contenido. La cual firmo de mi nombre y mano, y va cerrada y sellada con mi sello pequeño y secreto, y se ha de guardar y de poner en efecto, como cláusula del dicho mi testamento. Hecha en Bruselas, a seis días del mes de junio de mil quinientos cincuenta y cuatro.”

No se comprende bien por qué Carlos V, años después de reconocer con todos los requisitos legales un hijo natural, rehuye manifestarse a él como tal padre, ni aun teniéndole cerca de sí durante los últimos meses de su vida, por obra de circunstancias acaso no procuradas, pero innegablemente consentidas. Da, a juicio nuestro, la clave de esa extraña conducta cierto párrafo de las famosas instrucciones fechadas en Palamós, literalmente inserto páginas arriba. Quiere entonces el Emperador poner en guardia a su heredero contra la incontinencia conyugal, no obstante ordenarle contraer un precoz matrimonio, y escribe procurando despertar en su ánimo la ternura filial: “No tengo otro hijo sino vos.” A renglón seguido, no para reforzar

el argumento, sino, *ex abundantia cordis*, añade: "Ni quiero haber otros." Afirmación tan terminante en Monarca viudo que acaba de cumplir cuarenta y tres años y puede muy bien cualquier día verse en trance de contraer nuevas nupcias, constreñido por imperiosas razones de Estado, parece a primera vista aventurada y en todo caso innecesaria. Pero Carlos de Austria y de España tiene un hermano menor, Fernando, cuya sola existencia amenazó antes y seguía amenazando a la sazón la integridad sucesoria de su vastísimo Imperio. Desde el abuelo Fernando el Católico hasta los Electores y Príncipes alemanes, poco afectos a su persona o a la de su primogénito, cuantos estadistas, con razones mejor o peor fundadas, juzgaron en cualquier tiempo indispensable dividir la ingente acumulación de tierras y vasallos reunidos bajo su cetro, hallaron sólido punto de apoyo para sus teorías y planes disociadores en el hecho de existir otro varón, nacido en el propio augusto tálamo y prácticamente desheredado. Hallándose el Emperador bajo el influjo de esta personal experiencia, estaba firmemente resuelto a no complicar con problema análogo la herencia monárquica.

Ahora bien, cuatro años después de escrita en Palamós esa profesión de fe vehementemente dinástica, el hijo varón, *que no quería haber*, llegó, sin embargo, al mundo, aunque por vías extraconyugales, y se crió sano, gentil, de buen talante y talento. Debieron de contraponerse durante años en la conciencia de Carlos V los escrúpulos de padre y los deberes de Monarca, plasmando por fin la transacción dirimente de ese conflicto en el texto de la Cédula de Bruselas. No se supedita allí a la voluntad del heredero el reconocimiento del bastardo, por ser tal obligación exclusiva del progenitor y legalmente intransferible: pero sí, hasta cierto límite, la situación que haya él de ocupar en la escala social. Será lo mejor inclinarse a vestir algún hábito religioso. Si esto no resulta hacedero, se le permitirá constituir una familia, señalándole congrua laica, ni excesiva ni exigua,

precisamente en el reino de Nápoles, y abonándosela, no en metálico de una vez, ni en juros o en rentas de contribuciones públicas, es decir, en valores, sino en tierras pobladas por vasallos. Las modalidades concretas de esa dotación, e incluso la cuantía exacta de su capital, quedan al arbitrio del futuro Monarca. Por eso, leal hasta el fin a tan sagaz designio, se abstiene el padre previsor de dar notoriedad a la presencia en España de su segundo hijo varón, a espaldas y con daño posible del ausente heredero de la Corona. Todavía en sus últimas horas quiere el moribundo César quedar a solas con Quijada para reiterarle la orden de mantener secreto el asunto hasta el retorno a la Península de Don Felipe, y se limita a encargarle poner a disposición de Jerónimo, muy aficionado ya al deporte hípico, su menguada caballeriza de Yuste, a saber: "la mula que montaba, el cuartago ciego y un machuelo chiquito".

Angustiadora debió de ser la congoja del mayordomo fidelísimo, cuando, restituído a Villagarcía en unión de doña Magdalena y de su paje, y obligado a frecuentar la inmediata Corte de Valladolid, residencia de la Princesa Regente, tres o cuatro meses no más después de la muerte del Emperador, empezó a comprobar que era conocido allí el secretísimo negocio de Estado que se encomendó al sigilo de su lealtad. Tranquilizóle, por fin, una carta del Rey revelándole el misterioso conducto de la indiscreta divulgación. Desde que, llegada a Bruselas la infausta nueva de Yuste, se abrieron el testamento y la cédula adjunta, era ya notoria en aquella Corte la auténtica filiación de su pupilo.

Fué, claro es, Doña Juana (tan curiosa como afectiva) uno de los primeros personajes informados del caso, que le tocaba bien de cerca, y no resistió la tentación de aprovechar la primera oportunidad (un solemne auto de fe celebrado en Valladolid el 21 de mayo de 1559) para hacer venir a doña Magdalena, ordenándola traer consigo a Jerónimo, con el propósito,

que realizó, de tributar públicamente a su recién descubierto hermano conmovedoras pero indiscretas efusiones.

No quedó a la zaga la cariñosa cordialidad fraterna de Felipe. Convocado por agosto de ese mismo año en Gante un capítulo de Caballeros del Toisón, lo presidió el Rey en vísperas ya de su partida de Flandes, e hizo concejaramente miembro de la Orden al hermano que aún no conocía, para poder entregarle, en albricias de la primera entrevista, el estimadísimo collar de la honrosa condecoración borgoñona. Trivial de puro divulgado es el episodio del encuentro de ambos personajes, ocurrido en septiembre con la buscada ocasión de una cacería en el monte de Torozos. Fué allí donde de labios de Felipe II recibió Jerónimo el nombre de Juan de Austria, aunque ignoremos si ello ocurrió así por devolución del verdadero patronímico impuesto sobre la pila o por trueque legal, estilado todavía hoy con la calificación administrativa de *gracia al sacar*.

Quienes suponen al héroe de Lepanto víctima de la invidencia, cuando no además de la envidia de su Rey, como el Cid de las de Alfonso VI, olvidan o fingen ignorar cuán diversa resultó la suerte que le procuró desde el primer día la magnanimidad de su hermano, de aquella otra proyectada y trazada por la recelosa previsión de su padre, a la luz de su propio aleccionador escarmiento. Fuerza es reconocer que así la herencia política como la moral de Carlos V eran demasiado grandes para permanecer indivisas en traspaso sucesorio. Repartieronse Felipe y Fernando, por obra de imposiciones humanas, los Estados de España y de Alemania, respectivamente; y hubo también, por voluntad divina, reparto en hijuelas de las cualidades del causante: heredó el primogénito las de consejo y gobierno, y el segundón las dinámicas y de guerra. A causa de ello, ni fué el uno militar, ni el otro estadista. Recayeron íntegras en el bastardo las dotes de simpatía personal del César, que sus biógrafos califican unánimes de extraordinarias. Here-

dólas Don Juan, aumentadas quizá, o al menos no disminuídas por la distancia que impone siempre la altura del solio. Faltó, en cambio, ese atractivo a Don Felipe, salvo en la intimidad del círculo familiar, pues si bien inspiró de lejos a muchos súbditos suyos, en especial a los castellanos, devoción entusiasta, su consabida timidez, disimulada tras las apariencias del orgullo, le aisló de quienes se le acercaron, desazonándolos cuando estaban ante él con amedrentado o glacial respeto.

También las particularidades de su crianza aventajaron al de Austria respecto de su hermano y los demás Príncipes biografiados en este libro. Fueron algunos de ellos educados con severidad, otros con laxitud pedagógica; pero todos en atmósfera cortesana, saturada de exquisiteces enervadoras y miasmas deletéreos.

No así Don Juan. Transcurrió su infancia en saludable villorrio campesino, poblado por gentes humildes, pero no míseras ni absolutamente analfabetas; respiró su adolescencia el ambiente no menos higiénico de una casa solariega semirrural, pero hidalga, sin llegar a ser palaciana, más entonada que suntuosa y mejor abastecida que guarnecida. Dispuso por fin su juventud de casa y servidumbre propias, casi principescas, reconociéndosele tratamiento de Excelencia y jerarquía algo superior a la de Grande, aunque algo inferior a la de Infante de España. Recorrió, pues, uno tras otro, los peldaños de la escala social, no como el hijo de familia aristocrática u opulenta que, ocasional y deliberadamente, descende algunos, durante lapso más o menos breve, ni como el arribista que los trepa jadeante, sino a la manera de quien, nacido en hogar pobre, se encumbra poco a poco, sin ocios de privilegiado, caprichos de consentido, impacencias de preterido, rencores de agraviado o desvanecimientos de advenedizo.

Cursó estudios universitarios en Alcalá de Henares, siendo allí condiscípulo de sus dos sobrinos algo mayores que él, el

Príncipe Don Carlos y Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Austria, Gobernadora ya de Flandes. Aprovechó más despierta y aplicadamente que sus colegas las lecciones oídas en las aulas; pero prefirió siempre las artes del caballero a las disciplinas del letrado; manejó con soltura el castellano, dominó el francés, aunque en ocasiones delicadas quiso, por precaución, valerse de intérprete; entendió el latín, el alemán y el flamenco.

Lo que no tuvo de donde le viniese hereditariamente, ni adquirió tampoco en Leganés, Villagarcía, Madrid ni Alcalá, fué la vocación religiosa, que tanto había recomendado imbuirle su nada ascético progenitor. La sangre paterna, el ejemplo cesáreo, los propios impulsos temperamentales, las lecciones domésticas recibidas de Quijada, las pláticas hogareñas con este mentor rezongonamente leal y rudamente bondadoso, mucho más hombre de guerra que de Corte, hicieron del pupilo y discípulo un militar perfecto, no sólo por inclinación irresistible, sino, además, por aptitud insuperable. Proporcionóle el primer serio disgusto de su vida la noticia de estarse negociando en favor suyo, por voluntad de su hermano, con el Papa Paulo IV un capelo cardenalicio. Era y siguió siendo hasta su muerte ejemplar, católico a machamartillo, devoto y rezador a la española, pues tenía escrito de su mano un cuaderno de oraciones, que así en los peligros de la guerra como en los solaces, pecaminosos a ratos, de la paz, leyó cotidianamente, invirtiendo más de una hora en recitar esas plegarias, compuestas en parte por él mismo. Sin embargo de ello, su contextura espiritual no fué jamás de clérigo, sino de cruzado; gustó de exhibir campante el signo de la redención, mas sobre el arnés, no sobre el sayal o la sotana, tan impropios en verdad de su porte físico como de su índole moral.

La perspectiva horripilante de vestir por fuerza traje talar, aun cuando fuese de púrpura, le sugirió a los dieciocho años

una romántica fuga desde Galapagar a Barcelona, con involuntaria, aunque muy demorada, estancia en Aragón (a causa de haberle sobrevenido allí terciana pertinaz), animado por el inquebrantable propósito de alistarse como simple soldado (si no pudiera ser de otro modo) en las filas de la expedición prevenida ya para el socorro de Malta contra el Turco. Desobedeció el fugitivo empecinadamente las órdenes de inmediato retorno a la Corte que le envió el Rey su hermano, y se mantuvo irreductible hasta verse en la capital catalana, después de zarpadas ya las galeras porteadoras de las tropas cruzadas, y no sin comprobar, además, que era irrealizable, desprovisto de salvoconducto regio, su traslado personal a Italia por tierras de Francia. Fracasó, pues, de momento, en su designio marcial, pero consiguió apartar para siempre de su cabeza la cogulla amenazadora.

Felipe II consultó al Consejo de Estado cuál carrera había de hacer seguir a su hermano, llegado ya a edad en que era inexcusable la opción. Discutió ese tema detenidamente el alto Cuerpo consultivo, porque se dividieron allí los pareceres, y aun cuando no ha publicado nadie el texto de los votos ministeriales (quizá por no quedar constancia de ellos), resulta fácil colegir su sentido general.

En el seno del Consejo del Rey Prudente, como en el de cuantos Jefes de Estado son y han sido, pugnaban de continuo dos criterios contrapuestos: el militar, personificado por el Duque de Alba, y el político, representado por el Príncipe de Eboli. Adscribióse Don Juan algo después al partido de este último, y esa inclinación, incongruente con su ideología, debió de corresponder a la actitud de Ruy Gómez, favorecedora de su permanencia en el estado laico, contra la verosímil del Duque, poco propicio a la creación de generales imberbes, por muy principescos que fuesen, y aferrado, además, a las máximas políticas de Carlos V, cuya preferencia en este caso con-

creto evidenciaba la cédula testamentaria. El fallo del árbitro supremo dió al cabo satisfacción a los ardentísimos deseos del principal interesado, y se mantuvo después con lealtad tan irreprochable que, como diremos pronto, resistió incólume pruebas difíciles.

Crimen de lesa patria, amén de inicua vejación individual, habría sido realmente hacer cantar misa o recibir por lo menos órdenes menores a quien, falto de algunas virtudes eclesiásticas, señaladamente la castidad, reunía, en cambio, todas las del buen caudillo militar.

Para serlo óptimo no eran menester a la sazón tanto como ahora perfeccionamientos científicos y de cultura difíciles de adquirir; pero resultaban indispensables en grado muy superior al actual dos rasgos característicos de los grandes capitanes de todos los tiempos, a saber: arrojado valor personal y dotes de imantación para las abnegaciones ajenas. El general de aquella época, todavía más que el de la nuestra, hubo de ser para oficiales y soldados padre de familia amén de jefe de ejército. Inexcusablemente había de compartir con ellos no sólo riesgos y fatigas, como hogaño, sino además estrecheces rayanas con la miseria, retrasos indefinidos en el cobro de las pagas y abandonos imperdonables de los Gobiernos, mostrándose de continuo indulgente con las faltas de disciplina de las así maltratadas tropas, generoso en repartos de botín, prudente o audaz según conviniera al caso, pero en toda ocasión cordial y longánime, previsor e infatigable. Cuantos de ellos alcanzaron sonadas victorias sabían de antemano que si en las peripecias de la batalla hubiesen de arriesgar su vida (cosa entonces frecuentísima), ni un solo hombre de la hueste vacilaría en sacrificar la suya a trueque de salvarle. Hállanse en la biografía de Don Juan de Austria los trazos todos de ese dechado.

Nació, además, nuestro héroe con *buena estrella*, manida denominación convencional de cierta misteriosa influencia so-

brehumana, cuya realidad comprueba sin cesar la Historia. Hado clásico, conjunción astrológica medieval, romántica fuerza del destino, Providencia cristiana, es ella la que, con cualquiera de esos nombres, embota en obstáculo imprevisto el golpe certero, anubla o despeja el horizonte, desencadena o aquieta los elementos, produce virazones o calmas, huracanes o brisas en el momento oportuno; desvía, en fin, valiéndose de factores imprevisibles o minúsculos, la trayectoria lógica y rectilínea de los sucesos. Es don que se recibe en la cuna y se pierde a veces en el curso de la vida, como el talento, la hermosura, la riqueza heredada y tantos otros. Cuenta entre estos azares el cronológico, a título superlativamente trascendental. Casi ninguna de las destacadas personalidades humanas habría sido lo que fué, interpuesta la circunstancia de nacer en siglo, decenio y aun a veces año distinto de aquel en que vino al mundo. La suerte inicial de Don Juan de Austria, por ejemplo, se nos ha mostrado ya decisivamente influida por el hecho de haber sido él engendrado en Ratisbona, años después que en Granada Felipe, y no años antes, como Margarita en Audenarde. Una simple diferencia de quince o veinte meses, aplazadora de su nacimiento, habría bastado también para arrebatarle su mayor timbre de gloria. La rebelión de los moriscos en las Alpujarras determinó la única guerra civil acaecida bajo Felipe II. Por eso pudo ganarla el hermano del Rey, improvisado general en jefe a los veintidós años, sin pasar previamente por prueba ninguna de aptitud en campo de batalla. Poco más joven todavía o para empresa de carácter internacional, hubiera sido ello irrealizable. Pero el caudillo casi infantil, hechura al parecer del favoritismo, salió vencedor del lance y sobresalientemente calificado; merced a lo cual fué hacedero que cuando, dos años después, la Liga de Génova, Venecia, Santa Sede y España, juntó contra el Turco escuadra imponente y ejército formidable, mostrándose disconformes entre sí las Cancillerías de esas poten-

cias acerca de la persona más idónea para el cargo de Generalísimo, prevaleciese sobre todas las demás en el ánimo del superárbitro Pío V la candidatura de Don Juan de Austria, patrocinada por Felipe II.

Los relatos conocidísimos de la jornada de Lepanto enumeran una por una las fortuitas circunstancias favorables a los cristianos, justificadoras de la visión profética con que el Santo Pontífice calificó a este Juan de *enviado por Dios*. Todas las versiones de la descomunal batalla coinciden en señalar como episodio decisivo de su éxito aquel en que el de Austria, viendo invadida su galera y medio ganada ya por el enemigo, abandonó el puesto de almirante para reñir sobre cubierta, espada en mano, al igual que el último de sus oficiales. Del mismo modo peleaba pocos pasos más lejos Alí Bajá, el Generalísimo turco, hasta caer mortalmente herido. La gloria apoteósica y el infortunio heroico pero catastrófico, dependieron, pues, durante esos minutos críticos, de la desviación en unas cuantas pulgadas de un arma cualquiera. Vibró la Cristiandad con estremecimiento de júbilo, proporcionado al terror que hasta aquel 7 de octubre de 1571 venía inspirando a toda ella el ímpetu irresistible de la barbarie mahometana. Los desacostumbrados homenajes que se rindieron al triunfador parecían entonces ruin compensación del servicio inmenso prestado a Europa entera, y ni aun los más pesimistas o envidiosos augures pudieron imaginar que, traspuesto apenas por el de Austria el umbral de la juventud, hubiese alcanzado ya el cenit de su carrera. Ocurrió así, no obstante. Quedábanle tan sólo siete años de vida, en el curso de los cuales no haría sino descender, poco a poco, del pináculo de Lepanto, sin que en modo alguno fuese ello imputable a flaquezas, defecciones, culpas o negligencias suyas.

Menos que nadie barruntaba ese porvenir el interesado, a cuya ambición, siempre vivaz, se anticipó hasta entonces la Fortuna. Por eso, cuando esta versátil mala hembra escaseó fa-

vores y hasta menudeó desdenes, la hipertrofia de aquella pasión herida se expandió morbosa en el noble espíritu de Don Juan de Austria.

No fué él inicialmente, como tantos otros ambiciosos anteriores y posteriores, frío calculador, incapaz de afectos entrañables. Conocémosle una filial, parejo en ternura al que cualquier hijo cariñoso tributa a su auténtica progenitora. No lo consagró, claro es, a la mujer que le dió realmente el ser, porque no la conoció ni de vista hasta muy tarde, vivió a su lado contadísimos días, y no recibió nunca de ella sino peticiones de protección o de dinero, disgustos y bochornos. Doña Magdalena de Ulloa reemplazó a Bárbara Blomberg cerca de Jerónimo, primero, y de Don Juan de Austria después, con apelativo de tía, para todos los efectos maternales, salvo el físico de llevarle durante meses en sus entrañas menos nobles, pues el corazón y la cabeza de la gran señora infecunda le amaron y conocieron como si efectivamente le hubiese concebido y parido su carne. También el así maternalmente prohijado la quiso y veneró hasta el fin de su existencia, sobrevenido lejos de España; y cuando sintió próxima la muerte, llamóla repetidas veces en su auxilio durante el delirio agónico.

La ambición de nuestro héroe debió de brotar, empero, con la pubertad, puesto que ni aun en los años mozos supeditó él jamás esa pasión de adultos y aun de ancianos a la juvenil del amor. Desacreditando la leyenda vinculada en su nombre y la que envuelve a cuantos nacen fuera de matrimonio, pese también a su relajada observancia del sexto mandamiento, la faceta sexual de la vida de este Don Juan no coincide con la de su homónimo literario, sino con la de Carlos V. Cuando quiera que uno u otro sintieron sobre sí la pesadumbre de arduos deberes militares o políticos, fué tan absoluta su dedicación a la tarea correlativa, que ni morenas ni rubias consiguieron distraerles de ella. El deporte erótico, ni aun como solaz habitual, alcanzó

en sus costumbres importancia análoga a la del cinegético. Pero el hijo, a diferencia del padre, no llegó a tener hogar propio, ni vivió como el César rodeado de varones sesudos y matronas venerables, desde que, desaparecido don Luis Quijada durante la guerra de los moriscos, a consecuencia del golpe mortal que recibió junto a Serón, recluyó doña Magdalena en Villagarcía su viudez austerísima. Aprovechó Don Juan los intervalos de sus campañas de mar o tierra para gozar en la Corte o en los cuarteles de invierno la alegría de vivir, con tanta avidez como lo acostumbran, venidos del frente en disfrute de licencia temporal, los militares de todos los tiempos. Príncipe, soltero, gallardo y famoso, festejadísimo y asediadísimo por el sexo contrario, sobre todo en Italia, el número de sus esparcimientos amorosos debió de ser incontable, si hemos de prestar crédito a un anónimo diarista napolitano, según el cual gustó S. A. de multiplicarlos todo lo posible, aunque rara vez con la misma persona.

Poseemos otro testimonio anterior, todavía más fehaciente: su propia contestación a una carta de doña Magdalena de Ulloa, escrita en el verano de 1570, cuando, muerto ya Quijada, coleaba aún la guerra granadina, pero con languidez deparadora de ocios castrenses, nonsantamente distraídos, según parece, por el Generalísimo. He aquí cómo se disculpa Don Juan con su sermoneadora madre adoptiva:

“Díceme vuesa merced, haciéndomela muy grande, que mire lo que hago, por tener ahora todos puestos en mí los ojos, y que no sea tan *galán*, antes evite todas las ocasiones de que podría ser dañado... De Dios dijeron y murmuraron, y aun vuesa merced me escribe que llega esto a tanto que ni de mí osa preguntar; de manera que, en cuanto a esta parte, los santos no viven seguros de las vejaciones de este mundo, en el cual procuraré de regirme lo más conforme al parecer de vuesa merced que yo supiese, a quien suplico me guarde siempre un oído,

porque a nadie quiero ni debo satisfacer tanto como a quien debo la crianza que en mí hizo, y el estado que ahora tengo, que esto reconoceré yo aun en la sepultura.”

No hubo menester doña Magdalena de tanta zalamería para extremar la indulgencia con el pecador, porque de tiempo atrás tenía a su cuidado una hija natural suya, nacida en Madrid, a poco de regresar el de Austria, desalentado y mohino, de su primera quijotesca excursión a Barcelona. Fué la seducida madre, soltera e irreprochable hasta entonces, una Mendoza a quien la vergüenza de su deshonor apartó tan definitivamente del mundo que ni aun los eruditos más zahoríes han logrado averiguar su ulterior paradero. La niña criada por doña Magdalena es aquella monja agustina que con el nombre de doña Ana de Austria desempeñó importante papel en la tragicomedia histórica del *Pastelero de Madrigal*.

Diana Falangola pasaba por ser, en 1573, la más irresistible beldad e inconquistable coqueta de Nápoles. ¿Creyó acaso posible envolver a Don Juan en redes matrimoniales, aconsejada y protegida por sus astutos y desaprensivos progenitores? Erró entonces el cálculo, porque su vencimiento, hecho carne en otra niña, si procuró efectivamente a su padre un buen destino, no le valió a ella sino un marido pobre, que la dejó además muy presto viuda y desacomodada. Tuvo mejor sino la criatura. Pocos meses antes de su llegada al mundo había el de Austria logrado, por fin, como venía procurándolo en vano de años atrás, entrevistarse con su hermana Margarita en su palacio de Aquila, residencia a la sazón de la ex Gobernadora de Flandes. Prendáronse mutua y fraternalmente los dos bastardos del César, y extremó la Duquesa de Parma su gentileza brindándose a recoger y educar con todo secreto a las existentes o venideras prendas de yerros amorosos que tuviese ya o pudiese tener su hermano, cuyas aventuras, notoriamente propicias para contingencia tal, no le eran, como es lógico, desconocidas. Pasó por

tal razón desde la cuna (cuidadosamente disimulada) a los esplendores de Aquila doña Juana de Austria, la hija de la Falangola; como habría pasado, años después, del palacio a un convento si se hubiese ejecutado puntualmente la inmutable voluntad del ya fallecido autor de sus días. Pero más humana doña Margarita, ante la también en ella evidente carencia de vocación religiosa, procuróla al cabo óptimo matrimonio con un opulento noble siciliano.

La tercera víctima conocida, algo posterior, de nuestro Don Juan, Zenobia Saratosia, asimismo doncella napolitana renombrada por su hermosura e intachable reputación, debió de igualar en ingenuidad a la Mendoza, más que a la Falangola en coquetería, porque perdido en la cuna el varón que hubo de su seductor, sepultóse desesperada en el convento de Santa María Egipciaca, albergue de pecadoras arrepentidas.

Es rasgo típico de ambición temperamental la insensibilidad con que el bastardo del Emperador aleja de sí a todos sus hijos y aun a las madres de ellos, para poder seguir desembarazado su camino. Como un estorbo más sacrifica también a su medio hermano, Conrado Píramo, atraído al igual que él por la profesión de las armas, deseoso de ejercerla junto al Gobernador de Flandes y mal avenido con el estado de clerecía a que inexorable le condena Don Juan. No logra, empero, ablandarle, y sólo después de su muerte le franquea, compasivo, el sucesor, Alejandro Farnesio, la anhelada carrera militar, la cual depara en definitiva al mediocre segundogénito de Bárbara Blomberg muy escasos medros y lucros.

Pero la inclinación afectiva del de Austria se patentiza de nuevo en las relaciones de la amistad, mucho menos peligrosas que las del amor para la ambición egoísta. Cartas llegadas hasta nosotros, dirigidas en épocas diferentes a compañeros de armas o de solaces cortesanos, nos le muestran cordialmente jovial, chancero al modo castrense más que al literario, copartícipe a

*

distancia de penas y alegrías ajenas, no refiriéndose a sí propio a título de protagonista sempiterno, como lo acostumbran los engreídos.

Se explica, pues, que inspirase afectos calurosos y se comprende posible su pacífica convivencia con deudo de trato tan difícil como el Príncipe Don Carlos, quien, antes de descargar sobre él su vesánico arrebató final, llegó a hacerle confidente del más íntimo de sus secretos. El poder de imantación de voluntades, connatural en el de Austria, se comprobó en la paz tan positivo como en la guerra. Los dos secretarios designados sucesivamente por Felipe II para vigilarle de cerca, contrariar eventualmente cualesquiera planes ambiciosos y frenar con maña sus ímpetus, Juan de Soto y Juan de Escobedo, trocaronse a la vera suya en adeptos incondicionales, plenamente identificados con sus puntos de vista, en oposición a los del Monarca, seducidos por la simpatía de su trato, contagiados también quizá por su ilimitada confianza en el fulgor astrológico de su estrella.

Todavía hoy actúa esa misma seducción sobre la posteridad, que ha hecho del vencedor de Lepanto héroe predilecto suyo, imaginándole forjado en una sola pieza, como los míticos de Plutarco, no obstante ser esa contextura mineral mucho más propia de monolitos o bloques metálicos que no de seres humanos. Leales nosotros con las conclusiones del examen analítico, hemos de señalar en la psicología de Don Juan otro rasgo sospechoso: su constante incapacidad para la colaboración estratégica, diplomática o política con personajes de jerarquía, no ya sólo superior, sino igual y aun algo inferior a la suya, mayores en edad y saber, ya que no en gobierno, siendo invariable causa del infalible pique, no la incompatibilidad de caracteres, sino la de opiniones y conductas. Constituye lógica excepción en esa regla don Luis Quijada, a quien Don Juan llamó tío, respetándole vivo y llorándole muerto, si bien no llegase a quererle

como a doña Magdalena, porque rara vez la ternura brota espontánea entre varón y varón. El ex mayordomo de Carlos V ejerció sobre su bastardo autoridad de tutor, y vino a faltarle cuando, novel Generalísimo, sabía necesitar aún los consejos de la experiencia. Dejó pronto de echarlos menos y no necesitó ya mentor ninguno. Tuvo, pues, choques sucesivos con el Marqués de Mondéjar, el de los Vélez, don Luis de Requeséns, Sebastián Veniero, Marco Antonio Colonna y el cardenal Granvela, es decir, con generales, almirantes y virreyes españoles, italianos y borgoñones. Un comodín biográfico, muy en uso para enaltecer a cualesquiera héroes, atribuye la reiteración del fenómeno a la también inevitable envidia de los émulos. Ciertamente que no fué ajena a los lances aludidos pasión tan perennemente humana, pero se rastrea en ellos, además, otra no insólita: la ambición del envidiado, que le movió de continuo a suponer infalible su acierto e indivisible su gloria.

Sería enfadosamente prolijo desentrañar causas y efectos de cada uno de esos conflictos; basta a nuestro propósito la disección de los que se produjeron con el Rey su hermano, holgadamente ilustradores del carácter de entrambos, y en el juicio crítico de los cuales recayó hasta ahora, por gran mayoría de votos, conclusión favorable al bastardo. Queda ya hecha reseña de la primera de esas pugnas que originó el conato de clericalización iniciado por el Rey, injusto pero no caprichoso, como el que a su vez practicó la víctima con su propio hermano, puesto que obedecía a expresa e inequívoca preferencia paterna. Debíó de comprender Don Felipe la razón que asistía a Don Juan, perdonándole, a causa de ello, el escándalo de la fuga y su ulterior pertinacia en la desobediencia; porque cuando le tuvo de nuevo ante sí, excusó el castigo y aun la reprimenda, limitándose a preguntarle irónico y zumbón si los turcos de Malta se batían, en efecto, con mucho coraje.

El Monarca, de quien nos dicen sus detractores que se con-

sumió de envidia ante los triunfos de su hermano, hubo de pertenecer en ese caso al número de los perturbados atormentadores de sí mismos, porque sin presión de nadie, y excediendo con creces las recomendaciones testamentarias del Emperador, le facilitó una y otra vez la posibilidad de obtenerlos.

En 1560, no alcanzados aún por el de Austria los catorce años, hasta cumplir los cuales no tenían acceso a las Cortes las personas de la real familia, le dispensó la edad para que pudiese jurar como heredero de la Corona al Príncipe Don Carlos, inmediatamente después que la Princesa Doña Juana y con precedencia sobre todos los dignatarios del Reino. Apenas respetada su vocación militar y rebasados los veintiún años, encomendó el mando de la escuadra del Mediterráneo; a los veintidós le puso al frente del ejército reunido para sofocar la rebelión morisca, y a los veinticuatro le procuró en la Armada de la Liga Cristiana la suprema jerarquía naval del mundo.

Pero Don Juan, como casi todas las criaturas humanas, cancelaba mucho más fácilmente la gratitud por las mercedes recibidas, que no el escozor por las denegadas. Fué el segundo de sus agravios, compartido y coreado en los textos de sus panegiristas, la resistencia de Don Felipe a reconocerle el tratamiento de Alteza y los demás honores privativos de los Infantes de España. Equiparar lisa y llanamente los hijos bastardos con los legítimos no fué nunca estilo de los Reyes castellanos o aragoneses, ni lo habrían ellos podido introducir en España sin escándalo de las gentes. Todavía en el siglo XVII denegó Felipe IV, hasta en su lecho de muerte, esa pretensión, no ya de un hermano suyo, sino de su propio hijo reconocido, llamado también Juan de Austria. Felipe II no se mostró siquiera irreductible. Toleró desde el comienzo que en privado y aun en público se tratase a su hermano de Alteza, y el año 1575 ordenó por Real Cédula que se practicara así. Repetidamente le anunció, además, que cuando con relevantes méritos propios se hi-

ciese acreeador a ello, obtendría por fin el ascenso a Infante de España. Salvaba de este modo el precedente de la equiparación inmediata o *de jure*, que habría sido inmoral, y utilizaba el aliciente de la pretensión para estimular el celo del aspirante. Las instrucciones que en 1571, a punto de partir como Generalísimo de la Armada cristiana, le envió a Barcelona, ratificando la orden de atenerse al tratamiento de Excelencia, no se han de achacar a mezquino regateo en el otorgamiento de mercedes honoríficas, ni menos aún a perverso capricho de mortificación, sino a muy razonables previsiones de índole política y diplomática, relacionadas con los Príncipes italianos.

El protocolo vigente en la Corte católica no permitía tratar de Alteza en la otra península sino a dos únicos Príncipes: el Duque de Saboya y la Duquesa de Parma, hija del Emperador. Negábase tal tratamiento aun al Duque su marido, que (como el de Florencia y la Señoría de Venecia) tenía tan sólo el de Ilustrísimo y Excelentísimo; la de Génova quedaba en Muy Ilustre y Magnífica, y tampoco los Cardenales de la Iglesia romana pasaban de Ilustrísimos y Reverendísimos Señores. La Excelencia legalmente reconocida a Don Juan le colocaba, pues, a la altura de muy picajosos potentados, para cuyo orgullo habría sido intolerable tratarle, ni aun por cortesía, de Alteza, cuando ellos no lo eran. Se puede colegir su hipotética reacción por la personal de Don Juan en caso análogo, mucho más afectivo.

Mandáronle las instrucciones consabidas reconocer como Alteza a su hermana mayor Margarita; pero la correspondencia mantenida con ella y repetidamente publicada permite comprobar que no acató esa orden hasta 1575, después de conocer personalmente a la Duquesa de Parma y de poseer él a su vez idéntico derecho; porque mientras oficialmente no pasó de Excelentísimo Señor continuó llamando Excelencia a la también bastarda primogénita de su padre.

Mucha mayor gravedad y trascendencia tuvo el pique so-

brevemente poco después entre los dos hermanos, porque lo complicaron, sin malicia y hasta con candidez paternal, muy calificadas e incoercibles intromisiones ajenas. La Cruzada que propugnó Pío V había de ser, como las de la Edad Media, reconquistadora de tierras cristianas oprimidas por el Islam, porque la destrucción del poderío marítimo de los turcos, aun cuando hubiese llegado al aniquilamiento, como estuvo a punto de ocurrir en Lepanto, depararía, cuando más, transitorio respiro, si no se completaba con la erección de nuevos reinos que sirviesen a modo de marca o baluarte europeos contra ulteriores acometidas asiáticas. Tanto San Pío V como su sucesor Gregorio XIII creyeron factible el designio, bien en la península de Morea, el antiguo Peloponeso, que habría podido conquistar fácilmente el ejército de la Liga a raíz de la aplastante victoria naval; bien en la costa adriática, donde los ardidados montañeses de Albania reclamaban un caudillo a quien alzar sobre el pavés para colocarlo en un trono, como siglos atrás en Palestina los cruzados medievales; bien en la margen africana del Mediterráneo, donde se podría siempre contar con el decisivo refuerzo de las taifas moras enemigas de los turcos.

El escarmiento que en cabeza de antepasados, desde Godofredo de Buillon hasta San Luis, tuvo la temeridad de ese plan, arredraba poco a la intrépida fe de los Pontífices y menos todavía a la ardorosa de Don Juan de Austria, pintiparado fundador de cualquiera de esos quiméricos reinos.

Pero Felipe II estaba obligado a discurrir con más previsión y a obrar con mayor cautela. No podía desconocer ni debía olvidar que, más o menos pronto, en vida quizá (del Papa otorgante de la investidura, las prestaciones de evicción política y de saneamiento económico de la Monarquía creada para su hermano quedarían exclusivamente a cargo de la Corona católica y el Tesoro español, como si no fuesen ya hartamente abrumadoras las obligaciones de toda índole que, sin esa novedad, pesaban a

la sazón sobre la una y sobre el otro. La famosa Liga Santa se comprobó, en efecto, incapaz de llevar a feliz término la misión que le incumbía. Su verdadero inspirador: el pánico producido en Europa entera por la acometividad creciente de Estambul, se desvaneció con la sola victoria marítima, y ni llegó a desembarcar el ejército cruzado, ni se previno atinadamente para 1572 campaña naval consolidadora, ni la cosecha de frutos políticos correspondió a la de laureles simbólicos, artísticos o poéticos. Se resquebrajó cada día más la alianza cristiana; desertó Venecia pactando por separado con el Turco, y las repetidas exhortaciones de la Santa Sede se perdieron ya en el vacío.

Pero el prestigio personal de Don Juan de Austria subsistió incólume. Cuando el 8 de octubre de 1573, al frente tan sólo de la escuadra española, hizo aparición en aguas de Túnez, la ciudad conquistada ya una vez por su padre, se le rindió medrosa, sin combatir. Llevaba órdenes del Rey de entronizar allí a un reyezuelo tributario y retirarse después, no sin arrasar las fortificaciones de La Goleta, que desde la gloriosa jornada del Emperador guarnecían soldados de España, aun después de perdida la capital. Don Juan desobedeció en este punto a su hermano. Tanto él como sus consejeros aulicos, alentados por el parecer de Gregorio XIII, opinaban unánimes que en plazo breve se habría de erigir allí el susodicho reino cristiano, cuya Corona ceñiría indefectiblemente las sienes del segundogénito de Carlos V. Porque ello no ocurrió así, acusan algunos historiadores a Felipe II de envidioso defraudador de medros bien ganados y aun derechos adquiridos por su hermano, como si algún otro Príncipe de la Cristiandad, a quien respaldaran valedores diplomáticos más hábiles o cariñosos, hubiese llegado a ocupar efectivamente el trono tunecino, cuando la verdad fué que, antes de cumplirse el año de la desobediencia, la rehecha Armada turca permitió a sus amigos berberiscos reconquistar lo que cedieron amedrentados, tomar por asalto La Goleta y degollar sin cuar-

tel a la guarnición española, mantenida allí contra la voluntad del Rey Prudente.

Cierto que si el Monarca poderosísimo, a impulsos de su solo cariño fraterno, hubiese sacrificado en la medida necesaria fuerzas de mar y tierra y millones de escudos para procurar algún trono a su hermano, posponiendo a ese empeño familiar cualesquiera otros patrióticos, pendientes a la sazón en Europa y en América, no cabe duda razonable de que Don Juan de Austria habría llegado a reinar. Probabilísimo parece también que, asistido de continuo por España, hubiese conservado su trono hasta la muerte, engrandecido quizá sus dominios con tierras mahometanas, y quién sabe si llegado a fundar una dinastía, anticipadora de ulteriores gestas cristianas en los Balcanes y Berbería.

Pero esa política exterior nepotista y novelera no se pudo esperar jamás de Felipe II. A los dieciséis años habíale convertido su propio padre en pieza principal del mecanismo del Imperio; por voluntad propia seguía siendo maestra, y como una pieza más, estimable también, utilizaba ahora a Don Juan de Austria, sorprendido y hasta dolido de comprobarla en ocasiones no inservible, pero sí inadaptable e indócil.

El momento climatérico de esa tensión entre los dos hermanos se produjo cuando vacó de improviso el Gobierno de Flandes. Notoriamente fracasada allí la política de dura represión mantenida por el Duque de Alba, ningún primate del partido contrario (que desde la muerte, en 1573, del Príncipe de Eboli, capitaneaba el secretario Antonio Pérez) se habría avenido a pechar con la sucesión.

Aceptó ese sacrificio don Luis de Requesens, amigo leal del Duque, a quien colmaba de elogios en sus despachos, mientras iba rectificando línea por línea las directrices de su gestión. Pero el 5 de marzo de 1576 la septicemia producida por un carbunco le arrebató la vida, y no hubo ya quien pudiera suceder-

le con posibilidades de buen éxito, sino Don Juan de Austria. Es seguro que ni un solo instante dedicó el Rey a examinar si lo que España necesitaba con tanta evidencia convenía o no al interesado.

Hallábase éste en cuarteles de invierno napolitanos, previniendo con celo y actividad meritorios la próxima campaña naval mediterránea, seducido además por cierta recién nacida quimera pontificia, análoga a las anteriores, que le asignaba esta vez caballeroso papel, digno de cualquiera de los conmlitones del Rey Artús en la Tabla Redonda. La Reina de Escocia, María Estuardo (que legítimamente debía serlo también de Inglaterra, según todos los católicos, isleños o continentales) prisionera a la sazón de Isabel Tudor, se hallaba en riesgo inminente de perder la vida. Sabíala el Papa dispuesta a contraer matrimonio con el héroe de Lepanto, y sugería al paladín del Catolicismo que marchase al frente de un ejército para libertar a la augusta cautiva, casar con ella, compartir sus dos Coronas, la poseída y la vindicada, y reinstaurar en Inglaterra y Escocia la verdadera fe.

Había Don Juan enviado a Roma a su nuevo secretario Juan de Escobedo con la oculta misión de esclarecer y puntualizar los detalles atinentes al caso, cuando recibió inesperadamente órdenes de Su Majestad, según las cuales debería partir sin demora, por la ruta terrestre más corta, para asumir lo antes posible el gobierno de los Países Bajos. Aun sin la brutal interrupción del más halagador de sus sueños, habríale contrariado sobremanera esa misión que se le encomendaba. Conocíase mal capacitado para urdir negociaciones diplomáticas, y muy maduro, en cambio, para ejercer mandos militares, prefiriendo entre éstos los de mar a los de tierra. Erale mucho más grato reñir con infieles que no parlamentar con herejes. Parecíale además inicua arbitrariedad echar sobre sus hombros las consecuencias de un fracaso ajeno, siendo notoria su discrepancia con el Duque de Alba, por haber estado siempre concorde en la política de Flandes con

el criterio radicalmente contrario de su hermana doña Margarita. Tenía, en fin, la certeza de que el pleito pendiente entre los rebeldes y la Corona no se dirimiría en las Provincias Unidas, sino en Gran Bretaña, pues mientras prevaleciera allí la reforma protestante, tampoco se darían a partido los herejes neerlandeses. Consumó Su Alteza, bajo el influjo de todas esas razones la más grave de sus desobediencias; no marchó a Flandes, sino que embarcó con rumbo a España, resuelto a justificar ante su hermano los motivos de su disconformidad.

Existe prueba documental reveladora de cuán diversamente reaccionaron ante esa actitud el Rey desacatado y el tortuoso ministro, que alardeaba de ser incondicional amigo político de Su Alteza. En 16 de junio escribía Antonio Pérez a Su Majestad: "Yo, Señor, pasada esta ocasión y necesidad de Flandes, no me satisfago, si quiere Vuestra Majestad que le diga lo que siento, como se lo dije una noche, que vaya [Don Juan de Austria] por aquel camino, sino que se encaminase que, con gran gusto y satisfacción suya, dejase el hábito que tiene y tomase el de clérigo y órdenes, con que no saliere de lo que conviniese." Al margen de esta carta escribe Felipe II: "Para deciros la verdad, no me puedo persuadir que conviniese hacer clérigo a mi hermano, ni creo que se podría con buena conciencia, visto lo que ha pasado hasta agora por él; y dejando las ruines compañías, espero yo, si quiere, en el hábito que tiene y habiendo hecho tan buen principio como hizo, podría importar mucho su persona para muchas cosas; y para esto importará mucho vuestro consejo y para lo de Flandes importa tanto, que no sé yo qué remedio tenga aquéllo sino el de su persona, y en verdad que aquietándose [la rebelión flamenca] como lo espero, que en ninguna parte esté tan bien como allí, ni tan a su placer."

De cuerpo entero retrata al Monarca ese comentario marginal. La persona de Don Juan importa a España y se habrá de utilizar en cada caso según las necesidades nacionales; él, por

su parte, no sacrificará tampoco a conveniencias políticas suyas, notorias inclinaciones de su hermano. Apártesele norabuena de quienes le aconsejan mal; pero hágasele ir a Flandes, puesto que sólo él es capaz de restablecer en aquellos Estados la paz anheladísima. Antonio Pérez, juzgando quizá la moral de Don Juan por la suya propia, no cree que el argumento patriótico (concluyente, según el Rey), baste para obtener la obediencia de Su Alteza, y recurre a su habitual maquiavelismo, mientras le hospeda en su propia casa con esplendidez y fausto regios, durante su permanencia en la Corte. Comienza sugiriéndole infalible el buen éxito inicial de su gestión, puesto que llevará instrucciones de allanarse a cualesquiera demandas de los rebeldes, incluso la de hacer salir de Flandes hasta el último soldado español, siempre que se empeñe promesa de mantener a salvo los fueros de la religión católica y los de la autoridad del Rey. A trueque de conseguir aquella expulsión, suscribirán en principio entrambas intangibilidades aun los más fanáticos orangistas, con la reserva mental de reincidir en la rebeldía cuando quede el país desguarnecido. Pero ¿qué estorbará a Su Alteza embarcar con las tropas, so pretexto de repatriarlas, invadir al frente de tan aguerridos veteranos la desprevenida Inglaterra, realizar, al socaire de esa sorpresa, el plan de Gregorio XIII; conquistar, amén de dos tronos, el amor de una Reina hermosa y servir, de añadidura, a Dios y al Rey, con ese golpe mortal asestado a la herejía y a la rebeldía?

Claramente se advierte en la correspondencia ulterior de Don Juan, publicada casi toda ella, cómo ese cebo tendido a su ambición le atrae por fin a Flandes, ya que no satisfecho, esperando. Pero su pesimismo inicial tenía por desgracia fundamento harto más sólido que el optimismo de su hermano, y desde luego, que el rosicler de Antonio Pérez. Su Alteza ha de apurar en Flandes, hasta las heces, dos muy amargos cálices: uno que le hacen beber los naturales paisanos suyos, obligándole a

expulsar como bandidos indeseables, a los gloriosos tercios españoles. Y otro, que le acibarán esas mismas tropas de su mando, incurriendo en desmanes y saqueos, propios de soldadesca desmandada, resueltos a resarcirse antes de partir de las pagas vencidas y no satisfechas, porque también a él se le regatean los fondos indispensables para abonárselas. La burla de que se le hizo víctima llega a lo sarcástico cuando se ve obligado a practicar el vejatorio lanzamiento de sus mejores soldados hacia las inmediatas tierras de Alemania, para no prescindir, alejándolas irremediabilmente, de fuerzas que, según todas sus previsiones, volverá a necesitar muy pronto.

Pero Don Juan de Austria acredita en ese lance su inexperiencia política desahogando epistolarmente con Antonio Pérez la indignación justificadísima que le embarga; no siquiera reconviniéndole por la mendacidad o ligereza con que le engañó, sino juzgando severamente al Rey, porque es incapaz de sospechar que su corresponsal se apresura a poner sus cartas ante los ojos del vilipendiado. “Cosa terrible es —le escribía en 26 de mayo de 1577— que Su Majestad se importune de que le digan cosas justas, que desanima mucho a todos los que le sirven, siendo lo propio de su oficio no desechar a nadie que entre con ese pie.”

Estas y otras frases más duras aún, no responden empero a doblez cortesana, porque idéntica franqueza militar emplea el de Austria para comunicarse con el Rey, desmintiendo así su propio aserto de que le sea importuno escuchar o leer *cosas justas*. El 22 de junio de ese mismo año dícele desde Malinas: “Suplico a Vuestra Majestad que de esta vez para siempre acabe de desengañarse que aquí falta de todo punto religión y obediencia, y que sobran maldades para con Dios y el desamor para con el Rey: no hay justicia ni obediencia alguna; amor ni respeto no le tienen de Dios ni de Vuestra Majestad. Al fin, por conclusión, en estos miserables Estados y hombres se han juntado cuantos herejes, traiciones y vicios hay en el mundo, porque cuanto

a lo primero y segundo, no pretenden sino libertad de vidas y de conciencias, y cuanto a lo tercero, todo se les va en comeres y borracheras, de manera que solamente a las mañanas se puede tratar con ellos, y entonces recuerdan lo que el otro día resolvieron, mayormente si fué algo encaminado a nuestro mal.”

Dos días después agrega: “¡Ah, Señor!, y cuánto es de sentir, ver que cuesten a Vuestra Majestad tan caro las profecías de los presentes a los negocios, pues al fin se cumplen estas cuando se nos hace más imposible el remedio... Las cosas han llegado a ser caso inexcusable el de la guerra, o dejarlo abandonado para que se vaya y se dé todo al diablo. Esto postrero no habrá cristiano y caballero honrado que lo aconseje nunca a Vuestra Majestad; que venga, y lo primero, sí; y que lo haga tan de veras como lo hiciera el Emperador, mi Señor, de gloriosa memoria, sin perdonar trabajos ni disgustos en causa tan de Dios y suya... Y así torno a suplicar a Vuestra Majestad cuanto pueda que ofrezca su real persona a este trabajo, y trabajo y persona a Dios, o que levante la mano en ello.”

Ningún autócrata de los que ahora se estilan toleraría ese lenguaje en un funcionario público, y lo castigaría, por lo menos, con la destitución fulminante del deslenguado. La copiosa correspondencia expedida durante aquellos meses por Felipe II, impresa ya casi toda ella, acredita que, lejos de retirar la confianza a su hermano, se la otorgó todavía más amplia. Compruébase también allí que *la empresa de Inglaterra* le llegaba tan al alma como a quien más; salvo que, bien impuesto por su personal experiencia de las interioridades políticas del país donde había reinado, no creyó nunca hacedero invadirlo ni aun por sorpresa, con un pequeño ejército, y reemplazar lisa y llanamente a Isabel Tudor con María Estuardo, como lo soñó Su Santidad y lo mintió Antonio Pérez. Parecíale, en cambio, verosímil que si la *Reina virgen* se decidiese alguna vez a dejar de serlo, el cónyuge preferido por ella pudiera ser el vencedor de Le-

panto, puesto que mostraba deseos de poseer un retrato suyo. Por eso, recomienda a su hermano, con ocasión de la noticia, que extreme la galantería con esa novia hipotética. Esta vez es Don Juan quien rechaza indignado la insinuación. Para su mentalidad de hombre de guerra, conquistar un trono espada en mano sobre campos de batalla, no equivale a ganarlo con muy otras armas, sobre el tálamo de una Reina hereje.

Ni estas discrepancias ni las pérfidas maniobras de Antonio Pérez ahogan en el corazón de Felipe II la afectuosa simpatía tributada siempre al heredero de las cualidades de su padre, que él sabe no poseer, aun cuando prefiera por todos conceptos la hijuela propia. Lo que sí logran las intrigas del secretario es inspirar al Rey menosprecio y hasta odio hacia los consejeros favoritos de su hermano, quienes (sobre todo Escobedo) ayudan a esa maniobra, produciéndose con indiscreta acrimonia contra el Monarca cuando escriben al amigo felón.

La moderna crítica histórica no ha conseguido aún poner en claro si Felipe II dispuso o no la muerte de Escobedo. Las *pruebas* aducidas hasta ahora no se tomaron de ningún *Proceso original*, como equivocadamente lo dan a entender los rótulos de los legajos custodiados en varios archivos de Europa. Ellos, y los demás papeles catalogados con tan pomposo título en esos archivos, son meras copias que entregó el propio Antonio Pérez, no siquiera después de exhibir el documento que dice allí transcrito ante Tribunal capaz de aquilatar competentemente su autenticidad, sino facilitándolas (cuando se hallaba ya fugitivo de la Corte) a sus amigos españoles y extranjeros, propicios siempre unos y otros a darlas como buenas, sin examen ninguno, para fines o por conveniencias partidistas.

Lo único indiscutible es que en 1578 cada cual de los hijos de Carlos V se fiaba de Antonio Pérez más que de su propio hermano. El Rey tardó todavía varios años, no ya en descubrir, pero hasta en sospechar la traición de su ministro. El Gobernador de

Flandes esperaba de la intercesora influencia del secretario predilecto de Su Majestad el buen éxito de las gestiones encomendadas al suyo, enviado a Madrid, no obstante necesitarle y echarle menos de continuo en los Países Bajos. Tenemos a la vista una carta inédita de Don Juan a Escobedo, que, fechada el 14 de marzo de 1578, no debió de llegar a manos del destinatario. Sábele Su Alteza enfermo, pero ignora aún que la dolencia procede de una tentativa de envenenamiento tramada por Antonio Pérez. Muy al contrario, los recelos existentes entre ambos personajes (referidos en cartas anteriores), parecenle disipados, porque Pérez multiplica ahora los agasajos a Escobedo, e incluso las invitaciones a comidas en su casa, con el artero propósito de asestar más infaliblemente el golpe asesino. Esa supuesta *reconciliación* llena de júbilo al de Austria, quien en la posdata autógrafa (resumen sintético del contenido entero de la epístola) dice de este modo:

“No es menos lo que me tiene contento la seguridad de ver conformes a mis dos amigos, que me tuvo fatigado el recelo de algún siniestro suceso, aunque tampoco ofendí a la discreción de entrambos con pensar que, llegando a entenderse, no hubieran de contentarse. Ello está muy bien, y creo que les merezco yo que nunca esté de otra manera. Lo menos que ofrezco en el casamiento de su hijo (el de Escobedo) son palabras, porque ofrezco también mi parte que, aunque pobre, le ayudara con vender las armas y el caballo de un pobre soldado como yo, y así le pido que me avise de lo que se hiciere y de lo demás que me tocará a mí, porque con la mayor voluntad del mundo emprenderé mi posible, y desearé pasar de él en cosa que tan propia es mía, por ser suya.

”Estoy con mucha pena de su dolencia e indisposición, y estaré siempre con gran cuidado hasta saber que no sea nada, y que podrá ponerse en camino para donde es tan deseado y tanto menester.

”El escribirme como lo hace le agradezco cuanto puedo y le pido lo continúe. A su servicio, *Don Juan.*”

Poco más de dos semanas después, el 31 de marzo, varios espadachines alquilones acuchillaban traidoramente a Escobedo a la puerta misma de su posada. Este crimen innoble, uno de los más resonantes de la Historia, no pudo menos de repercutir en las relaciones fraternas. La extrema sequedad que desde entonces usa el Gobernador de Flandes en su correspondencia con el secretario del Rey, permite colegir cuán pronto resonó en Flandes la voz popular madrileña, acusadora de Pérez, como el verdadero asesino. Iría, de seguro, al par de ella la excusa de obediencia debida, circulante también desde el primer día en Villa y Corte. ¿Llegó Don Juan en su fuero íntimo a culpar a su hermano de la muerte de su más celoso e inteligente colaborador, condenado a pena capital por haberle servido con eficacia? No es inverosímil, porque procediese o no de Felipe II la orden de eliminar a Escobedo, está comprobado que la desaparición de éste, para él, malandrín traidorzuelo, distó mucho de producir en su regio ánimo las reacciones que supuso indefectibles el apenadísimo e indignadísimo patrono de la víctima.

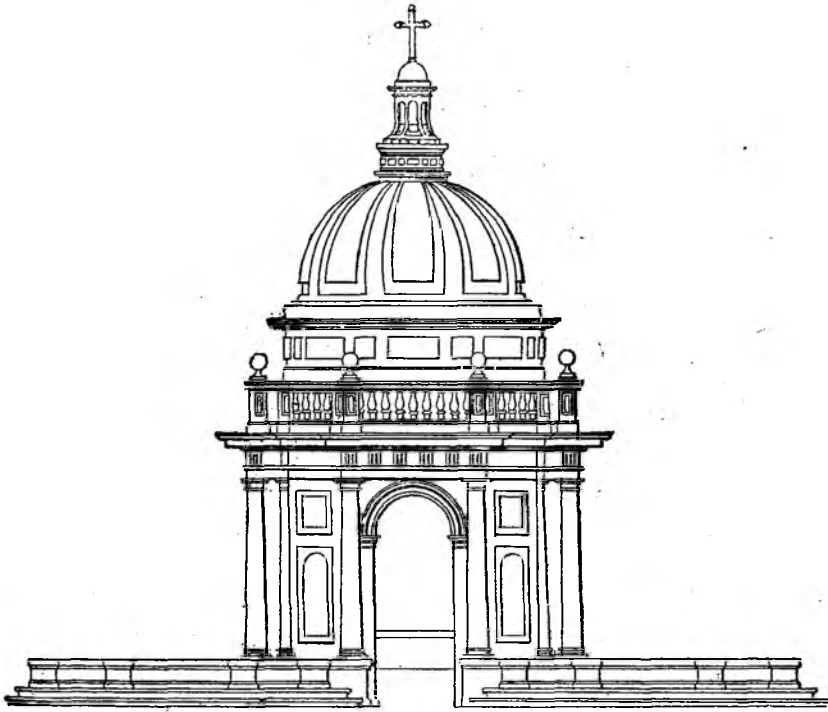
Faltó tiempo para que plasmaran y más aún para que se exteriorizasen las consecuencias de este último conflicto, porque la estrella del de Austria, palidecida desde la victoria de Lepanto, se eclipsó definitivamente seis meses tan sólo después del cobarde asesinato.

Habiase roto nuevamente la guerra que, contra las esperanzas de Felipe II, previó Don Juan como inevitable. La mortificación de su yerro no impidió al Rey enviar lo más pronto posible cuantas asistencias le fué dado reunir; la triste ufanía de su acierto no excusó al General en jefe de consagrarse por entero a las absorbentes tareas militares, siempre más gratas para él que las diplomáticas, ni de alcanzar en breve tiempo triunfos resonantes, que no se pueden atribuir sino a sus portentosas aptitu-

des de caudillo, habiéndole sido desfavorabilísimas todas las demás circunstancias.

Azotaba la peste al campamento rebelde; temíala Don Juan más aún que a las armas enemigas, y se afanó con su habitual diligencia para preservar de sus estragos a la hueste. Contrajo así la enfermedad gastrointestinal, que en dos semanas puso fin a su vida, a menos que los síntomas de ella (análogos a los del envenenamiento) no enmascarasen un nuevo crimen, difícilmente esclarecible hoy, puesto que ni aun entre los contemporáneos pasó de ser susurrada sospecha.

Habíanle mentido desde sus años mozos las brujas que para tercerías emplea la ambición proindiviso con la lujuria. No fué verdad que hubiese de llegar hasta los astros, como se lo vaticinaron ellas en sus comienzos vertiginosos. Sin haber ascendido a trono ninguno, ni alcanzado siquiera la jerarquía de Infante de España, provisto de poco más haber que “las armas y el caballo de un pobre soldado”, cumplidos tan sólo los treinta y un años, persuadido ya de que servir a Dios, le habría sido de provecho mayor que ganar la gracia del Rey, tristemente aleccionado sobre la vanidad de la gloria mundana, cristianamente resignado con su suerte, vueltos los ojos a la salvación eterna, sucumbía consumido por la fiebre y la diarrea, en un mísero palomar emplazado entre Namur y Tirlemont, adonde llegaban el estrépito de las armas de fuego, los gritos de las voces de mando y las notas agudas de los toques marciales, mientras enrarecían la atmósfera del camaranchón pestilencias de cuerpo enfermo, vahos de drogas farmacéuticas y acres olores de mal raída palomina.



Poesía

Eugenio de Nora: *Tres poemas*. – José María Valverde: *Poesía*. – Carlos Bousoño: *Subida al amor (Salmos)*. – I. A. Richards: *Poesía y convicción*. – Ramón Gómez de la Serna: *La emparedada de Burgos (Novela superhistórica)*.

TRES POEMAS

POR

EUGENIO DE NORA

OTRA VOZ

DURANTE tiempo y tiempo,
*mirando a las estrellas entre dulces muchachas,
flores azules, pájaros de colores
y otras circunstancias así de tiernas y conmovedoras,
el poeta fué como un erguido girasol celeste,
destumbrado en el vivo resplandor
de la lejana e impasible belleza.*

*Durante días y noches
tendió siempre a lo alto, clamó hacia lo imposible,
y si arrancó jirones de aquel manto divino,
cuidó bien esconderlos, como en un cofre repujado y hermético,
inviolables a fuerza de espadas,
en artísticas rimas, en símbolos o imágenes
inaccesibles a la profanación bestial de las sedientas multitudes.*

*Mientras crujía espeso el huracán,
o caía, caía con suavidad la hermosa nieve,
tras los tibios cristales el poeta buscó algo que adecuar a su alma;*

*o en los atardeceres calurosos, de invencible pereza,
entonces, cuando los segadores encallecen las manos frente al trigo,
soñó quizás en los ojos oscuros
de mujeres que existen en islas del Océano.*

*Sí. Ciego, cruel, extático, su infantil mano puede
que alguna piedra avara y mágica arrancara
de la profunda mina, algún tesoro inviolado.
¡Ciego! Sin oír, sin ver la Tierra,
poblada, sudorosa de hombres que rien o sufren,
de tremendas criaturas amorosas o hambrientas,
injustas, criminales, o fracasadas, solas.*

*... Durante mucho tiempo. Hasta que un día,
la desnuda presencia de la muerte
abrió sus ojos.*

*¡Oh muerte bienhechora,
certidumbre única, luz bella y verdadera entre sueños que huyen!
¿Qué sería la vida si tu vino precioso
no infundiera valor, no le diera calidad de ya eterno
a cada fugitivo instante? ¡No, ya nunca,
nunca más, aterido por el claro lunar,
por el gentil atardecer o el majestuoso firmamento,
olvidará el poeta, rechazará a sus vivos o a sus muertos!
Abrió los ojos y vió el mundo terrible
de los hombres de carne: sólo eso:
dolor frente a la muerte.*

*Puesto que vano, vano, fútil y sin destino
es todo lo que fuera del hombre sucede; aunque la sombra
arrincone en lo anónimo tantas vidas oscuras:
¡oh poeta, esclarece el destino!
Húndete, mira y siente, bien abiertos los ojos,
hacia abajo, y en torno, confundido, ajenado,
con la sangre, el anhelo y la voz de los hombres.
Con la voz de los muertos,
y de todos aquellos que en silencio agonizan,
y de cuantos por siglos morirán sin hablar.*

LA CARCEL

*De lo profundo de la tierra,
de los solares mutilados donde hubo alguna cruz podrida
y una culebra mohosa roza y repasa amapolas ardientes;
de las mil trece yardas bajo el mar
en que un batallón de emigrantes colonizó densos corales
y misteriosos galeones;
de las más tiernas savias vegetales que ascendieron del fondo;
de todo sitio en fin de que mi sangre
secular, violenta, amordazada
guarda memoria de caricia o chasquido,
encendida en las venas rotas, rotas
de su círculo, abiertas,
alerta a la insistencia de todos, todos, todos,
todos sus corazones abolidos;
de lo enternecedoramente lejano, un mensaje resuena,
se hace lava en mi voz, la reclama.*

*Así alzo el canto que interroga.
Y los ojos convertidos en flores,
los brazos que el mar hizo inmensos,
la frente que en la copa del roble
alza su estatua pensativa,
los pechos aventados por el aire
que inspiran humedad y espacio,
todo oscuramente florece
en mi voz desesperanzada.*

*Sí; como un terraplén, que deriva,
he aquí mi grito que se hunde en la sombra,
he aquí el eco que las bocas muertas
traen rodando de siglo en siglo.*

*¡Es la carne, es la carne dolorosa,
esclava, inresurrecta de la tierra;
es la sangre desligada y sola
como el mar que golpea y nadie oye!*

*¡Como el viento que sin consuelo gime,
sin límite, sin amor, sin llamada!
Es la vida yaciendo en abandono,
el pájaro tiernísimo que muere
allá lejos, por un rosal herido...*

*¡Sangre impaciente que alza en mí otros hombres,
triste carne mortal, vida sola!
Yo, que conozco el mar y la noche,
yo que miro en silencio el césped diáfano,
que soy la ola que alcanza el sol ahora,
rezo solo en la niebla con los ojos cerrados.*

*Alguien debe llegar;
si callamos alguien ha de oírse a lo lejos,
alguien vendrá diciendo: amor, amor,
a la angustia enlazada de los hombres.
Yo no sé responder, pero amo,
y allá en la madrugada escucho pasos;
se oye el sigilo; quizás a esta sombra,
a esta férrea, dura luz impasible,
a esta cárcel maldita y sin guardia
alguien llegue en silencio y amando.*

*Alguien venga, y la carne deshecha,
y la sangre aventada en el mundo,
desde el mar y la tierra y el viento
vuelva a sí, cante al fin, libertada.*

CANTO AL DEMONIO DE LA SANGRE

*Una vez más tu látigo de fuego
¡déspota de mi sangre!, y adelante.
Tu música brutal de mar furioso
que azota el mundo roca, ¡y adelante!*

*¡Oh Capitán! Tú sabes que en la sombra
velé y velé mi guardia, cada noche,
y que nunca cedí; que el mediodía
no sonó a calma para mí; que siempre
que tu voz me llamó, presente estuve,
pronto a mi guerra; que la primavera
mujer o flor, no adormeció mi anhelo:
Tú sabes, Capitán, que el mundo es breve
para tu voz y para mi destino.*

Y por eso quizás...

*Es madrugada,
un divino claror inunda el aire;
era violeta, es rosa: dime, dime,
¿dónde está lo que fué, quién lo sostiene?*

*Yo miro los colores que suceden
en el aire sereno, ahora que salgo
vencedor de la noche. Alerta, alerta.
Miro el matiz aquel: oro entre rosa,
y siento así temblar mi vida leve.
¿Cuál es tu voz; serás cuando yo huya?
¿O eres quizá inmortal?... Pero tu sangre
es mi sangre, tu voz mi voz, tu impulso
es sólo mi valor.*

Y yo he de irme.

*Lo sé, bien sé: como el color violado
abandona esa tenue, tenue nube,
como el agua que fluye entre los juncos,
o el racimo cumplido en el otoño...
un día me iré. ¿Cuál es nuestro destino?*

*¡Oh Déspota, tú apremias el mandato,
tu alto azote de mar, tu ardiente tralla!
Sí: ¡cumbres a escalar, en donde el viento
ciñe de gloria la irradiante frente!*

*¡Guerras en que esgrimir como una espada
la voluntad de amar a hachazos ciegos!
¡Apetencia de ser! ¡Amor! ¡Los labios
aún vírgenes al beso, donde el rojo
no es color, es ya vida! ¡Criaturas
de belleza mortal! ¡Perenne gloria!
¡Ser! ¡Y ser más!*

*Tu látigo, Tirano,
restalla bien. Eso es la vida. ¡Sigue!*

*Pero luchar, amar, poseer la gloria
¿es madurar el hombre hacia lo eterno?
Mi Demonio, ¿no es vida lo que pido;
quiero inmortalidad y permanencia!*

*¡No! Sólo a Dios, a Ti, mi Dios oculto,
mi silencioso Dios, es a quien quiero,
¡Tú, mi libertador!*

*Nunca el tirano
restallaría su látigo en mi sangre
si ella creyera en Ti como yo creo.
Pero mi sangre es monte y viento y mar,
es loba, o savia de la tierra ardiente,
y ama su carne, mi Señor, la forma
que el tiempo nutre, la belleza vana.*

*Mas Tú lo sabes, Dios, que no te olvido,
que a Ti te glorifico cuando canto,
que a tu gloria combato; que si amo
a mi sangre, a las dulces criaturas
que, de sangre también, hacen tu mundo,*

*es por tuyas, mi Dios. Dame el destino
de confiar en Ti, y que cuanto haga
según mi sangre mientras dure el tiempo,
en tu gracia florezca.*

*¡Entonces llega,
oh Capitán de fuego, y nunca cese
tu mandato imperioso, y mi batalla!*

*Quiero creer. ¡También la vida es santa!
Y aunque vano es el mundo y sus criaturas,
y es Dios quien quiero que jamás me olvide,
¡Déspota, ordena! Y que mi amor disperso
me dé inmortalidad y permanencia.*

P O E S I A

POR

JOSE MARIA VALVERDE.

REVELACION Y HUIDA DE DIOS

Como el ciervo huíste
habiéndome herido...

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Asombro de ser: cantar.

GULLÉN.

*¡AHORA Te comprendo, Señor, en lo que cabe,
como la inmensidad del mar desde la orilla;
el ser hombre me ciega, descifrada en tu clave,
mi cuerpo cotidiano se quema en maravilla!*

*La verdad de la vida, de tan dicha olvidada,
se me aparece, pura, y el mundo se inaugura
con la luz de tu nombre: Tu llama recobrada
que enciende esta miseria dulce de ser criatura.*

*Esta revelación ya no me cabe dentro,
no me cabe en los ojos el rayo que dormía
en la costumbre y hoy, eterno y nuevo, encuentro;
ahora me anonada lo que siempre sabía.*

*No me cabe en la boca la visión que he tenido
con estos ojos nuevos que he hallado de repente,
el asombro de ser, si pude no haber sido,
la montaña de Dios, pesándome en la frente.*

*¡Nos resulta tan fácil y lógico ser hombres!
¡tan natural que Dios exista para hacernos,
para justificar nuestras vidas y nombres!
¡tan sencillo el misterio de ser, y ser eternos!*

*Yo, Señor, he crecido con mi aprendida fe
y ese gozo sereno de a quien la vida sacia,
como un árbol, que crece sin preguntar por qué
existe, y tiene en eso la raíz de su gracia.*

*Todo estaba en su sitio, amigo y cristalino;
alrededor el mundo, por los cielos envuelto,
para mirarlo todo; yo, a mitad del camino,
y, sobre todo, Tú, dejándolo resuelto.*

*Entonces eras Tú pequeño, acostumbrado
y dulce —sin dejarme tu inmensidad deshecho—,
para el arrobo un día y al siguiente el pecado,
¡mas por pequeño y dulce cabías en mi pecho!*

*Pero lo permitiste; a la angustia has dejado
disolverse en mi carne y en mi vista hacer nido.
Cuando yo estaba roto por haberte mirado
me mordió una pregunta y Tú te habías ido.*

*Ay, quien te ve, perece; para una fe bien dura
hace falta no ahogarse, no ver tu mar tremendo,
saberte cierto y lejos, sin pensar en tu altura;
¿por qué sólo entre dudas del todo te comprendo?*

*Me dejaste abrumado con tu inmenso oceano
y me rompió la frente tu entrevisto infinito;
vértigo de un abismo más allá de lo humano
me decía palabras que nunca se han escrito.*

*Ya no tengo el consuelo que nunca me fallaba
de tenerte a la mano para darme sentido;
aquel suelo interior que mi paso apoyaba,
en el dolor gozoso, y sereno entre el ruido.*

*Por no correr del todo he de estrujar mi frente
buscando, tras las nubes de tiempo y lejanía,
algo de tu presencia para que me alimente
y me diga un destino que sostenga mi hombría.*

*... Ya me has dejado solo con mi cuerpo y mi nombre,
ya a romper las paredes de mi cárcel no vienes;
me enseñaste con sangre que, solo, no soy hombre
y aprendo a ser humilde a costa de mis sienas.*

*Estás, Señor, tan lejos de nuestras pobres cosas
raales e implacables... Tú eres una lejana
palabra antigua... ¡Cuesta tantas dudas penosas
pensar aquí Tu cara, invisible y cercana!*

*Me queda solamente esa última esperanza
que ni yo mismo puedo matar con mis locuras;
instinto de que sí que vendrá la bonanza
y las cosas perdidas de nuevo a ser seguras.*

*Yo Te espero desnudo, dormido y olvidado;
mañana ya habrás vuelto sin que yo me dé cuenta
y volveré a tenerte, de mis manos al lado,
¡pequeño y cotidiano, para el rezo y la afrenta!*

ELEGIA DE MI NIÑEZ

A Leopoldo Panero..

*Aquí está mi infantil fotografía
clavándome mis ojos, más profundos que nunca,
con una vaga cosa
posada entre las manos, distraídas y leves.*

*Es el banco de piedra
—los pies lejos del suelo todavía—
del parque de mis sueños infantiles,
donde el sol era amigo
y la arena tomaba
tacto de conocida madre vieja.*

*... Guardo la imagen turbia
de un niño que, de pronto, se distrae
en medio de los juegos
y al ocaso se queda pensativo
escuchando el rumor lejano de las calles...*

*El mundo iba naciendo poco a poco
para mí solamente.
La tierra era una alegre manzana de merienda;
un balón de colores no esperado.
Los pájaros cantaban porque yo estaba oyéndoles;
los árboles nacían cuando abría los ojos.*

*Y los miedos, después...
Todo podía ser en lo oscuro del cuarto.
Al fondo del pasillo
latía todo el negro de este mundo,
todas las vagas fuerzas enemigas,
todas las negaciones...*

*¡Ay alma de mi infancia!
Sólo vivo del todo cuando vuelvo a ser niño.
¿Qué otra revelación mayor que aquélla
del mundo y de la vida entre las manos?
(... cuando todas las cosas eran como palabras...)
¿Qué ensueño como aquél
de presentir, desde el umbral del alma,
los días esperándome?*

*¡Oh Señor, aquel niño que yo era,
quiere pedirte, muerto,
que le dejes vivir en mi presente un poco!*

*Que siga en mí, Dios mío —como Tú nos decías—
y viviré del todo,
y sentiré la vida plenamente,
y Tú serás mi asombro virgen cada mañana...*

SALMO INICIAL

*Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre.
Estás allá, entre nubes, donde mi voz no alcanza,
y si a veces resurges, como el sol tras la lluvia,
hay noches en que apenas logro pensar que existes.
Eres una ciudad detrás de las montañas.
Eres un mar lejano que a veces no se oye.
No estás dentro de mí. Siento tu negro hueco
devorando mi entraña, como una hambrienta boca.*

*Y por eso te nombro, Señor, constantemente,
y por eso refiero las cosas a tu nombre,
dándoles latitud y longitud de Ti.
Si estuvieras conmigo yo hablaría de cosas,
de cosas nada más, sencillas y desnudas,
del cielo, de la brisa, del amor y la pena.
Como un feliz amante que dice sólo: "Mira
qué pájaro, qué rosa, qué sol, qué tarde clara",
y vierte así en la luz de los nombres su amor.
Pero no. Tú me faltas. Y te nombro por eso.
Te persigo en el bosque detrás de cada tronco.
Te busco por el fondo de las aguas sin luz.
¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!*

*Marcado por tu hierro vago por las llanuras,
abandonado, inútil, como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.*

SALMO DE LA LLUVIA

*La lluvia en el crepúsculo borra el mundo despacio.
Bogando entre las sombras de confusa dulzura,
el corazón se escucha latir, en el silencio
que sirve como fondo al rumor sin descanso.*

*Los brazos de la lluvia me duermen suavemente,
su palabra monótona me canta viejas cosas
de antes de que naciera, y es una larga sílaba
que me lo dice todo y no me dice nada...*

*Bosque espeso, penumbra con formas fugitivas,
montaña de neblina que me anonada el alma,
muro gris que me ahoga sin un solo resquicio,
cielo turbio que baja a oprimirme los hombros...*

*El mundo lo disuelve, a fuerza de lamerlo
después va diluyendo todas nuestras angustias
en su vago susurro... todo se apaga, suave...
mas, de pronto, desnuda, se yergue y grita el alma.*

*¡Soledad prisionera del corazón con lluvia!
Las cosas, ¿quién se acuerda dónde están? Sólo quedan
unos ojos que miran las sombras, mas sin verlas,
y, detrás de ese muro, el palpitante de Dios.*

*Se queda el corazón frente a frente consigo,
surcando los océanos abisales de lluvia.
—Le desnudó la lluvia de todo dulcemente.—
¿Qué vago aliento agita las cortinas del agua?*

EL SILENCIO

*Yo te espero, mi amor, para el silencio.
¿Para qué cantar más cuando ya seas cierta?*

*Cansado de gritar de maravilla,
cansado del asombro sin palabras,
me callaré despacio, como el niño feliz
que se duerme; en las manos el juguete.*

*Tardarás mucho tiempo en dormirme del todo,
en borrarne los últimos recuerdos que me hieren,
lentísimos recuerdos sin forma ni sustancia,
sombra más bien, o sangre y carne casi,
con raíces que entraron mientras iba creciendo.*

*Y tendré el blanco sueño de mi infancia
desde el que hablaba a Dios aún a mi lado;
aquel sueño, tan cerca de la muerte,
que podía llegar, serena, clara,
a volverme a mi origen, aun casi en el recuerdo.*

*Sueño que no será como el de ahora,
lleno de horribles pozos, de agujeros
que de repente se abren a la nada;
porque tendrá, disuelta en su materia,
como nana de madre,
tu voz muda, la luz de tu existencia,
tapizando las salas de mi sueño.*

*No me pidas que cante cuando vengas.
Cansado estoy del canto. Tú has de ser la paz última,
el blanco umbral de Dios.*

*Sólo oirás mi silencio, como rumor de fuente,
como la paz de un lago, creada por tus manos,
trayéndote el reflejo de Dios para alabarte.
Confundidas las almas en las anchas llanuras
del silencio, en su noche sin borde, esperaremos...*

SUBIDA AL AMOR

(SALMOS)

POR

CARLOS BOUSOÑO

I

SALMO DESESPERADO

COMO el león llama a su hembra, y cálido
al aire da su ardiente dentellada,
yo te llamo, Señor. Ven a mis dientes
como una dura fruta amarga.

*Mírame aquí sin paz y sin consuelo.
Ven a mi boca seca y apagada.
He devorado el árbol de la tierra
con estos labios que te aman.*

*Venga tu boca como luz hambrienta,
como una sima donde un sol estalla.
Venga tu boca de dureza y dientes
contra esta boca que me abrasa.*

*Tengo amargura, y brillo como fiera
de amor espesa y de desesperanza.
Soy animal sin luz y sin camino
y voy llamándola y buscándola.*

*Voy oliendo las piedras y las hierbas,
voy oliendo los troncos y las ramas.
Voy ebrio, mi Señor, buscando el agrio
olor que dejas donde pasas.*

*Dime la cueva donde te alojaste,
donde tu olor silvestre allí dejaras.
Queriendo olerte, Dios, desesperado
voy por los valles y montañas.*

II

BUSCANDO LUZ

*¡Ser un instante luz, sólo un instante!
Sopla y enciéndeme, Señor, cual árbol
resplandeciente entre la noche oscura.
Mira mis verdes que se extienden largos,
mira mis ramas de quejidos: crecen
en la noche, tu fresca luz buscando.*

*Baja, Señor, y sopla entre mis frondas.
Tóquete yo con mi pequeña mano,
con mi pequeña sombra triste. Soy
un niño sin descanso.*

*Mi corazón golpea contra el tuyo.
Un débil junco puede ilusionado
golpear un gran sol, un mar de tierras:
¡heme aquí golpeando!*

*¿Y no responderás a un niño? Mira
cómo hasta ti levanto mis dos brazos
quiere reposar sobre la hierba
de luz de tu regazo.*

*Baja, Señor, y posa tu caricia
en mis cabellos de la tierra, amargos,
y deja un surco luminoso en ellos,
un reguero de cielo dulce y largo.*

III

EL SEÑOR EN LA NOCHE

*Oh, Señor, quiero amar tus tenebrosos
peñascos donde braman los torrentes,
cuyas turbadas aguas tierra arrancan
y tierra arrastran, tierra, airadamente.*

*Todo tú ruges arrojando sombra.
Luz sombría arrojando, cruzas, vienes
hacia mí. ¡Arrebátame, aniquíllame!
¡El amor de tu boca oscura bésame!*

*¡Bésame, arráncame los besos, sórbeme
la vida con tus labios grandes! Bébeme.
Vaya yo arrebatado a tu revuelto
torbellino sin luz en donde truene*

*mi gran beso furioso. Irrumpa, rómpase
mi amor allí. ¡Destruya, grite, anegue:
en ti furiosamente arañe rocas
buscando muerte, nada más que muerte!*

IV

CRISTO ADOLESCENTE

*Oh Jesús, te contemplo aún niño, adolescente.
Niño rubio dorándose en luz de Palestina.
Niño que pone rubia la mañana luciente
cuando busca los campos su mirada divina.*

*En el misterio a veces hondamente se hundía
mirando las estrellas donde su Padre estaba.
Un chorro de luz tenue al cielo se vertía,
al cielo inacabable que en luz se desplegaba.*

*Otras veces al mundo mirabas. De la mano
de tu madre pasabas con gracia y alegría.
Pasabas por los bosques como un claror liviano,
por los bosques oscuros donde tu Cruz crecía.*

*Niño junto a su madre. Niño junto a su muerte,
creciendo al mismo tiempo que la cruda madera.
Me hace llorar la angustia, oh Cristo niño, al verte
pasar por ese bosque junto a la primavera.*

V

EL DIOS NOCTURNO

*A solas con mi Dios nocturno, a veces
me hundo en la noche, en el tranquilo reino.
Reposo entonces, y lo oscuro brilla
en el fondo del alma, junto al cielo.*

*Silencio puro. Mi Señor reposa.
Quietud solemne. Todo el fondo quieto.
Inmenso, Dios descansa sobre el alma
que le adora allá dentro.*

*Siga el reposo hasta que venga el día.
Con paz honda a tu lado, inmóvil, velo
tu celeste callar apaciguado
dentro del alma, en el silencio.*

*¡Oh oscura noche grave, oh Dios nocturno
que vas pasando por el alma lento
para después amanecer con clara
luz, con sonidos claros, claros vientos.*

*Pero siga el reposo y la nocturna
luz de la luna sobre el grave sueño.
Allá en el fondo calla el hombre, y se alza
la noche de los Cielos.*

VI

EL VIENTO

*Gimiente y dulce, el viento, venturoso
viene de Dios y puro en Dios termina.
Lleno de cielo va. Miradle hermoso,
de luz cargado y esencia divina.*

*Gozo arranca de todo en lo profundo.
Largo de dicha su quejido suena.
Cielo total bajo su soplo el mundo
aparece. Luz trémula le llena.*

*¡El viento, el viento! Loco, trastornado,
"soy la luz", digo. "Nunca el viento cese".
El viento besa, pasa, y olvidado
canto feliz como si el viento fuese.*

*Vas hacia Dios. ¡Oh, no, nunca te paras!
Mi palabra de amor llévale entera.
Llévale rosas, frescas rosas claras
y los perfumes de la primavera.*

VII

LA LUZ DE DIOS

*Dios está entre los aires vivo y puro,
pero durante el día
su presencia de luz se desvanece
ante la claridad que dulce gira.*

*Cuando llega el crepúsculo
lenta aparece en la vibrante cima
de los aires su forma en resplandores,
su presencia purísima.*

*Hace falta la noche para verte
entero, oh Dios. Entre la noche viva
quiero tenerte, ver tus ojos puros
que lucientes me miran.*

*Mucha noche hace falta en las estr
pero más en el alma se precisa.
Mucha noche hace falta
que caiga grave en su honda mina.*

*Tu aparición entonces sobre el cielo
del alma en vasta noche oscurecida,
allá, en el más profundo firmamento,
luce hondamente y sin medida.*

*Tu luz descende clara,
trémula, pura: el aire se ilumina.
Toda mi alma en el amor se empapa,
y tiembla, y brilla.*

*Oh alma traspasada,
bebes luz que descende, luz divina,
y te levantas sosegadamente
y oreas a Dios como una brisa.*

*¡Dios en la brisa! Puros cielos limpios.
No existe el mundo. Espacio sólo brilla.
El alma llega, toca, pasa, gime
de amor, y se retira.*

*Dios hecho luz cubre los cielos.
Tú ya no existes, alma mía.
Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende limpida.*

POESIA Y CONVICCION

POR

I. A. RICHARDS

EL quehacer del poeta consiste en dar orden y coherencia, y por lo tanto libertad, a un cuerpo de experiencia. Para hacerlo así se vale de palabras, las cuales actúan a modo de esqueleto y de estructura, por la que esos impulsos componentes de la experiencia se ajustan unos a otros y actúan conjuntamente. Los medios que tienen las palabras para hacer esto son múltiples y diversos. Estudiarlos es un problema de psicología. Y estamos en los comienzos; tan sólo en los comienzos. Lo poco que se ha hecho es suficiente para mostrar que, en su mayoría casi, las conclusiones a que había llegado dogmáticamente la crítica del pasado, carecen de sentido, si es que no son falsas. Mas el hecho de lograr un conocimiento escaso no debe amedrentarnos. Sirve, al menos, para aclarar considerablemente el aire.

Podemos decir —aunque sea de un modo tosco y, en rigor, inadecuado, incluso a la luz de nuestro conocimiento actual— que las palabras obran en el poema de dos maneras principalmente: como estímulos de los sentidos y como símbolos en su

acepción más amplia. Evitemos la consideración del aspecto meramente sensorial que tiene el poema y observemos, tan sólo, el hecho de que no es, en modo alguno, independiente del otro sentido, y que, por razones concretas, tiene primordial importancia en casi toda la poesía. Hemos de limitarnos a la otra función que tienen las palabras en el poema, o más bien —y dando de lado mucho de lo que no pasa de tener una importancia secundaria— a una forma de esta función. Quiero llamar a esta forma pseudo-aseveración.

Todos aquellos para quienes se establece una clara distinción entre esa aseveración científica, en la cual la verdad es, en último término, materia sometida a verificación, tal y como se entiende ésta en el laboratorio, y de otra parte la expresión emotiva, en la cual la verdad es, ante todo, capacidad de aceptación desde una cierta actitud —y si se quiere, más remotamente la aceptabilidad de la propia actitud—, admitirán el que no corresponda al quehacer del poeta aportar aseveraciones verídicas. La poesía, no obstante, ofrece de continuo la apariencia de estar haciendo afirmaciones; y afirmaciones importantes. Esta es la razón por la cual se niegan a leerla no pocos matemáticos: encuentran que las afirmaciones alegadas son falsas. Pero es necesario convenir que la iniciación poética de éstos es errónea, como erróneo es aquello que esperan de la poesía. Mas, ahora, ocurre preguntar qué es exactamente lo otro, es decir la correcta aproximación poética, y en qué se diferencia de la iniciación matemática.

Es evidente que la iniciación poética limita la trama de posibles consecuencias a que va dirigida la pseudo-aseveración. Por el contrario, en la iniciación científica dicha trama es ilimitada. Todas y cada una de las consecuencias tienen importancia. Y si se da el caso de que cualquiera de ellas, en una aseveración, entre en conflicto con los hechos reconocidos, tanto peor para ella. No ocurre eso mismo, en cambio, con la pseudo-aseveración, a la cual

nos acercamos poéticamente. Ahora bien, el problema estriba precisamente en saber cómo se lleva a cabo esa limitación. El acontecimiento habitual es, dentro de un supuesto universo discursivo, una palabra de ficción, de imaginación: de ficción tan común al poeta como a sus lectores. Una pseudo-aserción que encaja dentro de este sistema de suposiciones puede ser considerada como “poéticamente verdadera”; y una pseudo-aserción que no encaje dentro de este sistema de suposiciones habrá de ser considerada como “poéticamente falsa”. Este intento de tratar la verdad poética conforme a las teorías generales de coherencia es propia de ciertas escuelas de Lógica, pero resulta inadecuada cuando su iniciación es errónea. Pongamos dos de las muchas objeciones que pueden hacerse: no hay manera de descubrir lo que es el “universo discursivo” en ningún caso, así como tampoco la clase de coherencia que debe contener. No es una cuestión de lógica, aun suponiendo que sea posible descubrirla. Así, por ejemplo, cuando tratamos de definir el sistema de proposiciones en el cual encaje aquel verso:

Oh, rosa, tú estás doliente
(O Rose, thou art sick!)

y las relaciones lógicas que ha de haber, entre esas proposiciones, para que valga como verdad poética, se hace evidente lo absurdo de esta teoría.

Miremos más allá. En la iniciación poética las consecuencias importantes, o no son lógicas, o han exigido, para llegar a ellas, una relajación de la lógica. Excepto en determinadas ocasiones, y accidentalmente, la lógica no debe intervenir para nada. Lo que surge de nuestra organización emotiva son las consecuencias. La aceptación de una pseudo-aserción está enteramente regida por sus efectos sobre nuestros sentimientos y actitudes. La lógica, si interviene de algún modo, es tan sólo de un

modo subalterno y como sirviente de nuestra reacción emotiva. Es una sirviente rebelde; poetas y lectores descubren esto a cada paso. Una pseudo-aserción es verdad en tanto conviene y sirve a cierta actitud, o bien une actitudes que son apetecibles en otro terreno. Esta clase de verdad es tan opuesta a la verdad científica que no debiera emplearse la misma palabra; pero, de momento, es difícil evitar este empleo indebido.

Este breve análisis basta a indicar la disparidad y oposición fundamental que hay entre la pseudo-aserción, tal y como se presenta en poesía, y la aserción tal y como aparece en la ciencia. Una pseudo-aserción es una forma hecha de palabras, que se justifica plenamente por sus efectos al liberar u organizar nuestros impulsos y actitudes; una aserción, por otra parte, se justifica por su verdad, verbigracia, su correspondencia en el más alto sentido técnico con el hecho al cual apunta.

Tanto las aserciones verdaderas, como las falsas, abordan constantemente actitudes y acción. Nuestra existencia cotidiana se halla orientada por ellas en gran parte. En conjunto, las aserciones verdaderas nos son más útiles que las falsas. No podemos, sin embargo, por ahora, ordenar nuestras emociones y actitudes por aserciones verdaderas únicamente. Ni hay probabilidad alguna que seamos impelidos a hacerlo jamás. Ese es uno de los grandes peligros nuevos a que la civilización está expuesta. Un sinnúmero de pseudo-aserciones, que son ejes en la organización de la mente, y de importancia vital para su bienestar, se han tornado de pronto como de creencia imposible para mentes sinceras, honradas y no convencionales. Durante siglos se ha creído en ellas; ahora que se han ido, nos encontramos con que el conocimiento que atentó contra ellas no es de una naturaleza sobre la cual pueda ser basada una organización tan bella de la mente.

Esta es la situación actual. El remedio (en tanto que no hay perspectiva de que ganemos un conocimiento adecuado, y pues-

to que es evidente que el conocimiento genuino no puede servirnos aquí sino para aumentar nuestra práctica dominación sobre la naturaleza) consiste en separar nuestras pseudo-asepciones de nuestras creencias y mantenerlas, no obstante, en este estado de liberación, al modo de los instrumentos principales por los cuales ordenamos nuestras actitudes unas con otras y con el mundo. No es el remedio tan desesperado como acaso parezca, pues la poesía muestra concluyentemente que hasta las más importantes de nuestras actitudes pueden ser estimuladas y mantenidas sin que haya en ellas convicción alguna. Las de la tragedia, por ejemplo. No necesitamos convicciones y, en realidad, no debemos tenerlas cuando nos disponemos a leer *El Rey Lear*. Las pseudo-asepciones a las cuales no unimos convicciones y asepciones como aquellas que nos brinda la ciencia, no pueden provocar conflicto. Únicamente cuando introducimos convicciones ilícitas, dentro de la poesía, surge el peligro. Por eso, hacerlo es, desde este punto de vista, una profanación de la poesía.

No obstante, una rama importante de la crítica que ha seducido a los mejores talentos, desde los tiempos prehistóricos hasta hoy, consiste en el esfuerzo de persuadir a los hombres de que las funciones de la ciencia y la poesía son idénticas, o que la una es la más alta expresión de la otra, o bien que chocan y, en tal caso, habremos de elegir entre ellas.

La raíz de este esfuerzo persistente está, todavía, por descubrir; es la misma que aquella de la cual surge la visión mágica del mundo. Si damos a una pseudo-asepción la clase de aceptación incalificada por derecho que pertenece únicamente a las asepciones científicas certificadas, si logramos hacerlo, los impulsos y actitudes con los cuales respondemos a ello, ganan un notable vigor y estabilidad. En suma, si logramos creer en la poesía, entonces el mundo "parece", entre tanto, transfigurado. Hacerlo solía ser relativamente fácil, y la costumbre ha podido quedar bien establecida. Pero con la divulgación de la ciencia y la neu-

tralización de la naturaleza ha llegado a ser tan difícil como peligroso. Sin embargo, atrae todavía; tiene muchas analogías con los paraísos artificiales. De aquí los esfuerzos de aquellos críticos a que hemos aludido. Varios son los subterfugios que se han intentado en vías de considerar la verdad poética como figurativa y simbólica, o, de modo inmediato, como una verdad de intuición y no de razón, o bien como una forma más alta de la misma verdad cuando cede la razón. Tales intentos de emplear la poesía como un mentís o como un correctivo de la ciencia, son muy corrientes. Se puede oponer a todos ellos el que no sean nunca desarrollados en detalle. No hay un equivalente de la *Lógica* de Mill que explique semejante punto de vista. El lenguaje en el cual parecen expuestos es generalmente una mezcla de psicología trasnochada y de exclamaciones conmovedoras.

La costumbre (establecida desde largo tiempo, y harto fomentada) de dar a las expresiones emotivas (sean simples pseudo-asepciones, o bien un todo más amplio, tomado en un sentido figurativo), y la clase de asentimiento que damos a los hechos establecidos, ha debilitado en la mayoría de las personas un extenso sector de sus reacciones. Están libres de esto unos cuantos científicos cuando han sido elegidos muy jóvenes y formados en el laboratorio; pero, entonces, lo normal es que no dediquen una "seria" atención a la poesía. Para la mayor parte de los hombres el reconocimiento de la neutralidad de la naturaleza trae consigo —a través de tal hábito— un divorcio con la poesía. Están tan acostumbrados a tener sus reacciones educadas por las convicciones, que cuando se les sustraen esos leves soportes, por vagos que sean, quedan ya incapaces de reacción. Sus actitudes, ante muchas cosas, han sido forzadas en el pasado y exageradamente estimuladas. Y cuando cesa de asistirles la visión del mundo, ocurre el colapso. Sobre todas las huellas de reacciones naturales, emotivas, estamos, hoy, como un macizo de dalias cuyos tallos han sido tronchados. Y ese efecto de la

neutralización de la naturaleza se halla únicamente en sus comienzos. Consideremos los probables efectos sobre la poesía amorosa, y en un próximo futuro, de esa inquisición realizada en la base de la constitución humana y ejemplificada en el psicoanálisis. Un sentido de desolación, de incertidumbre o de futilidad, de frivolidad en las aspiraciones o de vanidad en el esfuerzo, y una sed de esa agua de vida, que parece de pronto habernos fallado: tales son, en conciencia, los signos de esta reorganización necesaria de nuestras vidas.

Nuestras actitudes e impulsos están constreñidos a llegar a ser independientes; se les está rechazando hacia su justificación biológica obligándoles de nuevo a que se basten a sí mismos. Y los únicos impulsos que parecen lo bastante fuertes para continuar sin desfallecimientos, son, por lo general, tan broncos, que, para los individuos más refinados, ni merecen la pena. Los tales no pueden vivir únicamente de calor, comida, lucha, bebida y sexo. Y aquellos que están menos afectados por el cambio son los que se hallan emocionalmente menos distantes de los animales. Como veremos al fin de este ensayo, incluso un poeta considerable puede tratar de encontrar alivio por medio de una reversión hacia la mentalidad primitiva.

Es importante diagnosticar la enfermedad correctamente y culpar a quien lo merezca. Se alega en general un cierto "materialismo" de la ciencia para denunciarlo. Este error es debido en parte a un pensamiento burdo, pero principalmente a las reliquias del punto de vista mágico. Pues aunque el universo fuese totalmente espiritual esto no lo pondría más acorde con las actitudes humanas. No se trata de la constitución del universo, sino de cómo funciona y de la ley a la que se somete, la cual hace su conocimiento incapaz de estimular nuestras reacciones emotivas, y por otra parte la naturaleza del conocimiento mismo la hace inadecuada. El contacto que establecemos con las cosas es demasiado esquemático e indirecto para ayudarnos. Estamos empezando a

saber demasiado acerca del nexo que une la mente a su objeto, en el conocimiento, para que aquel viejo sueño de un perfecto conocimiento haya podido garantizar a una vida perfecta que pueda retener su sanción. Vemos ahora que lo que se creyó ser conocimiento puro, fué muerto por la esperanza y el deseo, con espanto y deslumbramiento, y esos elementos intrusos dieron en verdad todo su poder para sostén de nuestras vidas. En el conocimiento (en el “¿cómo?”) de los sucesos podemos encontrar atisbos por los cuales aprovecharnos de las circunstancias en nuestro favor y evitar malaventuras. Pero no podemos obtener de ellos una razón de ser o una justificación de otra cosa que no sea una muy relativa y pedestre clase de vida.

La justificación, o el reverso, de toda actitud yace, no en el objeto, sino en sí mismo, en su utilidad a la personalidad entera. Todo su valor depende del completo sistema de actitudes que constituye la personalidad. Esto es tan cierto para las actitudes sutiles y finamente amalgamadas del individuo civilizado, como para las más elementales aptitudes del niño.

En suma, la experiencia es su propia justificación, y este hecho debe ser afrontado, aunque a veces —para un enamorado, por ejemplo— puede ser de difícil aceptación. Una vez afrontado, es evidente que todas las actitudes hacia los otros seres humanos y hacia el mundo, en todos sus aspectos, en cuanto sirve a la humanidad permanecen tal y como eran: tan valiosas como siempre. La vacilación que se siente para admitirlo es una medida de la fuerza (que hemos descrito) de la mala costumbre. Pero muchas de esas actitudes, tan valiosas como siempre, son ahora, que se están libertando, más difíciles de mantener, porque nosotros apetece todavía una base para la convicción.

Trad. de M.

LA EMPAREDADA DE BURGOS

(NOVELA SUPERHISTORICA)

POR

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Ofrecemos a nuestros lectores esta novela que Ramón Gómez de la Serna envía desde Buenos Aires, dedicada a M. A. García Viñolas. La pluma sorprendente de Ramón nos da en estas páginas una nueva faceta de su estilo dentro de la inconfundible personalidad de su autor.

I

ALGUN día resultaría incomprensible por inaudito y por cómo establecía contacto con lo inmortal esta moda que se inició en algunos monasterios y catedrales de admitir emparedadas.

En la iniciación de esa ofrenda de la vida sin derramamiento de sangre, y sin embargo íntegra, veía la Iglesia quién sabe qué porvenir de redención aplacadora, quizá lo que faltaba de reciente a la erección perpetua de las torres.

Se había quedado sobrecogido el mundo ante aquel espionaje entre el cielo y la tierra, entre la vida y la muerte, pudiendo servirles esos centinelas para saber la consigna del más allá.

Parecía esperar con inocencia de quien cree —y está en lo cierto— que todo lo debido a Dios es poco por mucho que se le pague, que iban a estar llenas de cabezas las paredes de las iglesias, emparedados para ver si atisbaban el secreto esencial numerosos caballeros y numerosas damas de rango, como una aristocracia de la entrepiedra.

No había ninguna catequesis parecida a la de ese nidero de seres ennichados y de ojos enlucidos por la fe...

Damas que se dejaban empotrar en la pared y en ese hueco de nicho-panteón vivían hasta que la muerte gangrenaba sus vidas.

En Burgos había varias emparedadas y algún esquelético hidalgo también, siendo la más notable la llamada en los contornos “La emparedada de Burgos”, aquella archiduquesa doña Ana de Austria, esposa del Infante de España Don José Alfonso. La alcurnia de la dama hacía más suplicante su situación de pisada por las piedras, siendo alimentada muy sobriamente por el ventanillo que daba a su cabeza y a sus manos.

Había elegido el claustro del Monasterio de Silos y allí, bajo los arcos del corredor, modelo de arquerías y capiteles, asomaba su cabeza noble y despavorida.

Los monjes aceptaron aquella penitencia porque no se quería poner coto al sacrificio que lleva a Dios, y nadie se disponía a la superación en ese camino.

Metida y traspillada en aquella caseta de piedra, parecía despachar entradas para el otro mundo y todo el mal de piedra y gota se acumulaba en ella. Todo el cuerpo la dolía, pero todo iba siendo poco a poco de sillería, el pecho, el vientre, las piernas hinchadas.

Después de todo, estar en la vida era estar emparedados en el mismo aire de corrupción que es el tiempo.

Allí, entre piedras, se podía meditar en lo que después, bajo tierra, ya sería tardío meditar.

¡¡ Sentirse enterrada y sacar la cabeza entre las piedras!!

¡ Fúlgida visión del cielo y cansancio de la tierra!

Tenía arreglado el sepelio y podía encomendarse a Dios sin dar ya ningún paso en falso.

— ¡ Te estás matando! —le decía alguna amiga—.

— Me estoy muriendo, que es otra cosa, y que es, después de todo, lo que tú haces con menos enmienda.

— ¿ Pero no sientes la humedad y el frío como un infierno?

— No como un infierno, sino como una preparación al cielo. “Este es el cilicio ideal.” Así no me puedo distraer de Dios.

— ¡ Adiós! ¡ Adiós! (y se iba horrorizada y haciendo cruces la amiga que aun iba a verla).

En su sedentarismo supremo descansaba de vivir, aunque bien sentía que iba muriendo precipitadamente.

Ya sentía como una fraternidad el contacto estrecho con las piedras y sentía que su fe era como una columna cuyo capitel era su cabeza.

Ya estaba colocada en el otro mundo, equipada para la partida.

La piedra no se impurificaba de ella, y además, bajo su banco apretado al hueco del muro, había un hueco de cubil por el que la desembarazaba de suciedades desde la celda que había detrás de la pared.

Se sentía aligerada para el resto de su vida y asomaba la cabeza viva por entre aquel naufragio de piedras.

— ¡ Dios sea loado, que me ha permitido salvarme del mundo prestándome este hueco en la escollera! — solía exclamar como en acción de gracias de loca—.

Su cabeza parlante aparecía macerada, lívida y con todas las facciones caídas y flácidas.

Se sentía más que las demás gentes y como acorazada por una sustancia calícea que la embalsamaba y la salvara en vida.

El trasgo no podía entrar ni hacerla nada, y ella estaba empastada como una muela, firme para siempre.

¿Necesita algo su excelencia? —la preguntaban de vez en vez los legos o algún fraile amable—.

—Nada —respondía ella—. Si Dios me tiene en su gracia. Había vencido al enterramiento.

Los rudos aldabonazos que sobresaltaban la puerta del convento sobresaltaban su cuerpo como si estuviese unida al dintel que temblaba por los golpes.

“Todos los demás viven o ya han muerto.” “Yo estoy más allá de unos y de otros, el más seguro estado.”

El rosario de cuentas labradas la daba la sensación de una sarta de pequeñas calaveras que iban pasando lentamente por sus dedos.

Tenía temblores y chuchos frenéticos que contenía la piedra, cuyo pulmón sin quiebra la retenía dichosamente y la apretaba en su seno.

A veces llegaban forasteros y la miraban como a lo más estrambótico de la ciudad, aunque alguno comprendía que ya ello no estaba en ninguna parte.

Las piedras le clavaban las aristas, pero ella miraba el cielo agradeciendo el arisco empujón del muro.

Como era una cabeza por el ventanillo de las respuestas algunos la preguntaban cosas inverosímiles.

—¿No siente los movimientos claustrales de la serpiente?

—No; la serpiente tiene prohibida la entrada en el claustro, y razón de más si la habitación es un féretro en el muro.

Otro la preguntaba:

—¿Ve a Dios de noche?

—Lo presiento... Este sacrificio es aún muy pequeño para alcanzar lo que Dios nos tiene prometido.

—¡Rece usted por mí! ¡Rece usted por mí! —gritaba la mujer sensible y amedrentada, y el hermano portero se la llevaba

hacia las afueras, donde aun jugaba a la pelota contra la tapia el último sol—.

Los domingos, sobre todo, confluían los que iban a verla como encamada número uno en el hospital sin remisión, pues sólo podía darla el alta el morir.

Los labriegos ricos en huevería la traían los dos mejores huevos de su corral.

—Sórbaselos... la sentarán muy bien.

Si no estaba en día de ayuno les daba gusto y probaba también alguna rosquilla como pulsera de huesos tiernos de la vida.

—Deme su excelencia el rosario de la penitencia y yo se lo cambiaré por otro hecho con cristalitos de roca.

Algunos de los que venían sólo querían besarla la mano.

Ellas les decía:

—¡Que no soy santa, sino pecadora! Aunque Dios es todo misericordia, no sé aún si aceptará mis sacrificios.

La traían el resbalar los pies por los caminos y la fiesta de sus casas pobres, y ella se complacía como en un besamanos de los que tenían las otras de Austria sentadas en su tronos.

Hablaba como una doctora con el Padre Rector:

—Cuando se ve morir un día con tanta impotencia para que no muera, cuando se ve que se ha suicidado a la vista nuestra, en nuestras manos, surge el deseo del día que no muera. Lo tiene que haber... Instituída la luz no es posible que no haya una luz inextinguible... La idea de la luz ya lo es. Por eso, si yo no veo esa luz, no quiero ver nada... A eso he sacrificado mi vida, pues aquí no puedo morir en pecado mortal.

El Rector la oía suspenso, y ella continuaba su arrebató:

—Si se cree en Dios y se espera tan larga vida como la vida eterna, qué menos que este sacrificio de las horas terrenas, que no pueden ser muchas, por muchas que sean... La fe en Dios merece tirarse de boca sobre la tierra y no levantar cabeza hasta que el mismo Dios no nos llame a su juicio... ¡Me parece tan

insignificante mi sacrificio! Sólo me avergüenza no estar enterrada en vida, sacar la cabeza por este ventanillo de la piedra... Pero una cosa es penitencia y otra suicidio; el suicidio tiene pena eterna, y la penitencia, por dura que sea, sólo merece perdón.

En el transcurso de los días había llegado a saber más que nadie lo que se entrelazaba en los capiteles, y había observado en la noche cómo intentan soltarse sus leones y sus harpías de sus cadenas de piedra.

Ella sabía lo que se ocultaba en la maraña escultórica, el pueblo de figuraciones que le poblaba. Los había visto alumbrar vírgenes que volaron como palomas para poblar los pequeños altares de las ermitas y hasta llegó a ver doblar el codo a la columnata para descansar su tiesura de siglos.

Era la verdadera vida claustral.

Veía crecer el ciprés en un infinitesimal ir creciendo.

Aquel ver, con visera de perpetuas piedras, el mundo la equiparaba a las fuentes y los capiteles.

Sabía que era mortal, pero sentía apresto de inmortal.

Iba vendiendo lentamente su alma a Dios como castañera de su alma.

Sin haber reinado como Austria que era, había nivelado la desigualdad de la suerte siendo hermana y prima de reinas, gracias a aquel emparedamiento, que era como el confinamiento de sus parientes en los palacios reales con deberes estrechos y apremiantes.

Manchas de tinta de luz escapadas por entre las hojas de los árboles alegraban sus miradas fijas buscando algo que variase su panorama idéntico de todas las horas.

Parecía su cabeza entre las piedras como esos pájaros que se agarran un momento a las junturas de esas piedras como buscando un insecto que se les quería escapar y después escapan.

Ella, por el contrario, no escapaba nunca, y movía su cabeza de gorrión siguiendo la sombra de los pies de las nubes.

Su padre, el Emperador, no hubiera podido imaginar que una hija suya tuviera tan poco marco para su cabeza, y eso que los de Austria llenaban los conventos, pero se paseaban por ellos como augustas señoras a las que Dios no perdonaría el orgullo.

De enclaustrarse, como ella, para tener completamente seguro el cielo.

Despachaba en su garita por el ventanillo, en que apenas podían eflorescer sus manos, horas y horas del exiguo carnet para ganarse el abono sin término.

Tiraba de sus costados hacia el relente de los sótanos un reuma persistente, de claros grandes, de tijeretazos horribles. Pero ella pensaba que si estuviese gozosa y sentada no presentaría al cielo más que un espectáculo de pereza.

Veía las guerras —sobre todo aquella contra los infieles en que estaba lanzado su esposo— y sintetizaba su visión en unos hombres en pie y otros que caían como bolos en una gran jugada.

Las tierras que nunca pasan, y unos seres con sombra que, de pronto, caen sobre su sombra como en su propio féretro.

A ella la podían preguntar qué es la Historia, pues con primos en todas las casas reinantes podía dibujar los mapas del mundo.

Veñas de ríos y venas azules de las manos, con las mismas añagazas de la muerte y de la ruina. Fronteras de palos pintados que se rompen como las arboladuras de los barcos en la tempestad.

Unos imperios contra otros, y en medio pueblecitos que sueñan.

Ella estaba por ahora en uno de esos imperios que no podían volar, y podría acabar sus días en la gracia de Dios.

Otra vez se la olvidaban los mapas azulados de las batallas y contemplaba el claustro feliz lejos del asalto.

Su almanaque de piedra iba perdiendo hojas, y no tenía que moverse hacia ningún sitio. Todos los horizontes la venían a ver. Ya no tendría que devolverles la visita nunca.

El mundo vivía en sucesión de esquiteo de los rebaños y de ida y vuelta por las cañadas, así como los mozos armados sobre las mulas de la labranza salían con la lágrima del alba y volvían con la dulzura del ocaso.

El diablo era el único que soliviantaba el mundo moviéndose a saltos con el rabo enguizgado, pero si a veces asomaba los cuernos por la tribuna del claustro, al verla con el rosario en la mano huía con presteza, contra ella, en una trinchera de piedras, no tenía poder.

Sabía del “alguien viene por el claustro” y que no venga nadie, como si una larga cuerda de presos pasase y pasase hacia el purgatorio.

Sabía el oscuro que parece no va a tener fin, y que de pronto se esclarece con vagas baldosas de amanecer. Otro día más y otro día menos.

El artesonado del claustro, negro de arañas cobijadas en el embruce de las vigas, volvía a ser esqueleto de tejado, nicho de ideas buenas refugiadas allí del mundo malo.

Agrandaba la vida aquel espectáculo, pues eran inmensos los días y las noches para los empotrados en las piedras y todos se acordaban en la vigilia, en el entresueño y el sueño de aquellos seres taraceados en los anchos muros de los templos.

—¿Qué hará ahora Doña Ana?

—¿Estará desvelado y lleno de lamparillas perpetuas el hidalgo de Bracamonte?

Vivía la soledad de las iglesias y de la Santa Catedral gracias a esos visitantes que no podían cesar en su visita.

Relojes sin hora, ponían el vivo palpitar del ser humano con-

minando la profanación de las ratas y oseaban a los murciélagos que chupan el aceite de las lámparas.

Los ladrones de lo sagrado tenían sus gritos, y los tesoros del sagrario y de sacristía estaban más respetados.

Las imágenes los miraban con piedad y los Santos Cristos Crucificados tenían con más tranquilidad sus párpados caídos.

Las naves respetadas necesitaban incienso, luces encendidas, además de suspiros. ¡Y qué grandes suspiros llenaban gracias a los emparedados en sus largos silencios!

II

Pero un día el esposo que luchaba en las Cruzadas, y que no sabía nada de aquella martirización de su esposa, mandó tocar a sus ayudantes de órdenes las trompetas del regreso, y una noche de otoño llegó a Burgos y entró en la ciudad por entre la friolera exquisita de sus alamedas.

Todos se asombraban de verle volver, pero aquellos capitanes les tenían acostumbrados a lo inverosímil.

Cuando el Infante de Castilla Don José Alfonso entró en su palacio cruzó las puertas gritando el nombre de Ana, su mujer.

Toda la servidumbre callaba con la cabeza baja.

—¿Murió y no fuisteis para enviarme un mensaje?

—No, mi señor, no murió.

—¿Enloqueció?

—¡Dios sea loado! La razón de tan gran señora no podía menguar.

—¡Pronto entonces! ¿Qué ha pasado?

—Señor, se mandó emparedar.

—¿Cómo? ¿Puede señora casada emparedarse sin consentimiento de su esposo?

—Es para mayor servicio de Dios, pero no sabíamos cómo decírselo a su alteza.

—Difícil de decir y difícil de comprender... ¿Y dónde? ¿En la Catedral?

—No, alteza... En el Monasterio de Silos.

—¡Luchar hasta vencer con los turcos para mayor gloria de Dios, y encontrarse con la esposa impaciente, ya a medio dormir en su Panteón! ¿Y cómo está?... Estará desquebrajada y con los huesos quebrantados.

—Alteza, está como las santas de la parte fuera de las catedrales, cuando las ha dado el viento y la lluvia, pero conserva sus nobles perfiles de siempre.

El Infante de Castilla pidió que le dejaran solo, como un ultrajado, y durante varios días no quiso ver a nadie.

Después comenzaron las consultas a sacerdotes y jurisconsultos.

Todos dudaban. Eso no lo podían resolver sino altos tribunales. Generalmente, la emparedada hace un voto hasta la muerte, pues ya se sabe que ese cilicio de piedras y frío es enfermedad y muerte... Sólo es conducente ese gran suplicio y resulta ejemplar para todos si no se modifica su ejecución... Caería y se esterilizaría ese nuevo voto que ha admitido el Papa si alguien desemparedase el enterramiento en vida que es el emparedamiento... Había seis en distintos lugares de la Catedral, y la de Austria había inaugurado las celdas de muerte de Silos.

El Infante Don José Alfonso pensó que sólo en Madrid podría lograr la dispensa de aquel voto bárbaro y suicida, pero antes, como sobreponiéndose a su enojo, quiso visitar a su mujer, ver si reconocía su fuero de esposo, y el antiguo amor que los unió empujaba y desmoronaba las piedras.

¿Y si un rencor al esposo había argamasado las piedras?

Claro que la hija que tenían podía haber solucionado el caso,

pero la hija también, con el egoísmo de su destino eterno, estaba metida en un convento.

El Infante Don José Alfonso se sentía vejado por aquel acto de su esposa, pues podía suponerse que él era tan cruel con ella que había preferido el emparedamiento a la vida en común.

Salía sin espuelas para no llamar la atención de las gentes, y sus sombreros de pluma carmesí se convirtieron en sombreros de pluma negra y con hebilla de azabache...

Parecía una venganza del diablo por los caminos de Dios. Era como la réplica a que él hubiere ido a libertar las piedras santas el que su esposa hubiese quedado en el cepo de aquellas piedras claustrales.

Además, ¡quedaba tan mal ante todos! Ni esposo en vida ni viudo. El nominal marido de una emparedada, algo así como un ausente eterno en plena vida de los dos.

No le podían señalar cervatismo alguno, pero allí, en aquella cabeza salida entre piedras, había algo de cornucopia grotesca.

No lo había oído, pero ya se suponía que le llamaban "El de la emparedada", "él", un "él" fantasmal y oprobioso.

Los sueños del caballero estaban enlazados a la suerte de su esposa y soñaba que sólo tenía un brazo fuera de un desmoronamiento de piedras en que había caído, y sentía ganas de emvestir en sus comisuras, aun a trueque de romper su espada, las piedras de los palacios, ya que su terror le hacía pasar de largo y evitando el mal pensamiento a lo largo de la Catedral y de las iglesias.

Los escudos le sacaban la lengua y veía en su yelmo con cimera la cabeza de su mujer compungida y viva.

Su escudo, desde luego, estaba corrompido por su mujer, y en todos sus cuarteles estaba la cabeza parlante de Doña Ana.

III

Por fin se decidió a ver a su esposa con la ilusión de que volviese de su acuerdo.

¿Respondería a sus amonestaciones? ¿Comprendería la necesidad de reintegrarse al hogar para cumplir los planes de la Historia?

Habían muerto todas las carnes y medallas en su pecho al sentirse invadido por aquel emparedamiento.

El día de visita a la esposa emparedada se vistió sus mejores galas de guerrero y se puso espuelas de doble retintín.

Acompañado de sus ayudantes y de un notario se dirigió al asilo.

Sólo el que aquello era un servicio de Dios aplacaba su cólera, pero su caballo iba veloz, como cuando tomaba el camino de las murallas enemigas.

Todos temían aquella entrevista del caballero que volvía de las Cruzadas con su mujer, la emparedada.

Le acompañaban sus más íntimos amigos para mediar en la controversia, don Fernando de las Casas y el Marqués de Aldrín.

El Prior les esperaba en la puerta principal, acompañado de los dos frailes que más carácter de terranovas tenían.

El claustro vibraba como si se anunciare un ligero temblor de tierra.

El Prior repetía.

—Sepa el capitán hidalgo que está en la casa del Señor...

Fué impresionante el avistarse de los dos esposos.

—¿Qué has hecho, Ana?

—Lo que Dios me señaló con su dedo de luz.

—¿Pero cómo no pensaste en el hogar que debías conservar encendido para cuando yo volviese?

—La vida inmortal no es vida de cocina... Quiero tener la posibilidad absoluta de ver a Dios... Para eso no había más que

este camino... No creo que quieras que lo pierda para ganar un minuto a tu lado... Para mí es tan importante, que no saldré de aquí sino muerta; de mi agujero al cielo en un salto que ejercito todos los días...

—No será así —dijo el Infante—; vivirás mi palacio y el siglo, y así te salvarás o te perderás... Voy a pedir al Rey tu exclaustación y espero que me la conceda. Tu principal deber es obedecer a tu esposo... Ya no me verás hasta que no traiga la orden de tu entrega. ¡Adiós!

Airado, rompiendo el claustro con su espadón arrastrado, cambió impresiones con el Prior en la portería, desdeñando la copa del viejo licor de Silos que le alargaban respetuosamente.

El Prior no se atrevía a opinar en tan profunda cuestión.

—La que se emparedó —dijo el Padre Ruiz, que tenía gran fama de teólogo— no puede desemparedarse... Ya ha prometido a las piedras su mortal compañía, y las piedras del convento son parientes del primer sillar de Roma.

—Yo, que he ido a libertar las piedras de Jerusalén, sé lo que son las piedras santas... Allí está la primera piedra, la piedra que bendijo Jesús... Y con todo, no creo que las piedras mal argamasadas de este claustro puedan guardar así a mi esposa.

Descompuesto, frenético, ofendido en todos sus blasones, el Infante montó en su caballo y partió para Burgos seguido de su séquito.

Al llegar a su palacio despidió a todos con pesadumbre, y se volvió a internar en su soledad humillada.

Allí comenzó a cavilar la manera de lograr que su mujer saliese de aquel estuche de tormento.

Como última intentona, logró que saliese del convento de Vergara su única hija, pues estaba enferma y el padre podía reclamarla en caso de que la sentase mal el claustro, sin quebrantar las reglas.

El padre, triste, moviendo la cabeza como si la hubiese desengoznado, dijo a su hija cuando la vió entrar:

—¡Pero, Visitación, cómo vienes! ¿Por qué no pudiste esperar a tu padre?

—Porque dijeron que eras cautivo de los turcos.

—Pero los cautivos pueden volver.

Temiendo una oposición de la hija a lo que se proponía, gastó en ella días de mimo y de sobrealimentación, pues todos los días había cacareos desgreñados en la cocina.

Con temor había preguntado ella.

—¿Y mamá?

—Ya lo sabes, emparedada en Silos.

—Sí, ya lo sé...; eso me hizo entrar en el convento y no volver...; no la quería ver así, fría entre piedras... Aunque quién sabe si es el mejor camino para no descuidarse ya en el pecado y morir sin poder salir algún día.

—Pero yo la sacaré de entre las piedras.

—Pues haces muy mal en contrariar tan extrema decisión de mi madre.

Se le rebelaba la hija pensando en aquella liberación con movimiento de hiena que corregía lo extático de las almas promesantes.

—Vas a destruir una estatua a medio marmolizar... Es como si la emprendieses a espada con una de esas esculturas yacentes que duermen sobre su carcomido cadáver, pero que salieron de él salvando su perduración.

—Misticismo de novicia —exclamó el padre—.

—Sólo lo aflictivo apiada... Dios sólo se compadeció del hombre cuando vió a su Hijo sacrificado en la cruz... Mi madre quiso provocar la piedad de Dios, quizá para ti, quizá para este mundo que nos rodea lleno de soldados perdularios y tahures.

El Infante y guerrero, silenciado por las palabras de su hija, miraba por el balcón el mundo de los pecadores.

—No era ella —dijo hablando de espaldas a su hija—, la esposa de un capitán de España, que había ido a cortar la cabeza del Gran Turco, la que debía hacer esto.

Pasaron días, pero ni la repetida visita de la hija a la madre pudo lograr nada.

Había que tomarla como había tomado la altura de las murallas y de las almenas.

Había que ir a Madrid para conseguir la autorización del Rey para demoler la pared dura y alevosa.

IV

El mismo Rey no se atrevió a usar de su real orden en aquel caso, porque podían desmoronarse las iglesias de España en que había cundido ese último invento de los amedrentados y las amedrentadas.

El que podía libertar de cualquier cárcel a cualquier criminal no podía redimir de su promesa a un emparedado.

Lentamente iba tramando los caminos de España y con un acto así todo podría borrarse, y un monarca es un oteador de caminos cuya traza no puede desvanecerse.

—Son cuatro piedras.

—¿Y si son el corazón de la arquitectura?

—Señor, es apenas un clavo en una pared.

—No puedo, mi querido hijo... ¿Te atreverías tú a arrancar un clavo en una catedral? ¿Y si era el símbolo del que atravesó los dos pies de Cristo? Un chorro de sangre podría brotar que inundase todo el crucero... No... Yo no puedo... Vete al Cardinal Primado...

Don José Alfonso vió al Patriarca de España, pero cuando supo de lo que se trataba se tapó el rostro con las manos, cons-

*

ternándole al Infante aquella mirada de la gran sortija, como único ojo de su fisonomía de dedos.

—Hijo mío —le dijo después de descubrirse el rostro—, el problema es inmenso, y no sólo es de tu patria, sino que toca lejanamente a Austria, donde ahora están tranquilas las relaciones de la Iglesia y los magnates... ¡Suponte que al quitar esos simples dados de piedra que encubre a mi señora de Austria hay un terremoto en ese imperio lejano!

—Pero, mi noble ilustrísima, todo está disculpado si se anula el enterramiento, porque no se pidió permiso al marido, que luchaba por su Dios y su Patria frente a los de la media luna.

El Cardenal se quedó silencioso, y después le dijo:

—Dirígete al Tribunal de la Rota.

De cegarse la cueva del león nació San Pablo, y de morir San Pablo volvió a surgir la cueva del león, solemne como un gran título y con la rúbrica de su pergamino detrás con cola larga y arabesca.

Ya tenía miedo el Infante a lo que podía suceder, y si no estuviese tan cerca de la sentencia hubiera desistido de provocarla.

Realmente, los caminos del destino van a los pueblos desconocidos como los caminos del valle del monte.

El Tribunal de la Rota, a quien pasaron los autos desde el Consejo de Castilla, vió tan apurado al Infante que sus viejas pelucas blancas se reunieron para decidir una fórmula.

En el portal de cristales morados el Conde aguardaba la sentencia, y el portero mayor se la vino a traer con sonrisa de beneplácito.

—¿Buena?

—Sí, Alteza... Absolución de los gatos en primavera... Se le permite convencer a su esposa, pero la Iglesia no se opone a que la saque del emparedamiento... Ya es bastante, pues los siete viejos nunca acceden a divorciar ni a excluir.

El Infante leyó la sentencia:

“Considerando la condición de capitán victorioso en la Cruzada que asiste al señor Infante de Castilla, consentimos que pueda ser desempedrada de su enmuramiento en el claustro de Silos, su serenísima señora esposa.”

No decían que ordenaban, pero ya era bastante que consintiesen, y él haría el resto con su espada y su barba.

V

Con el papel enrollado de la autorización se dirigió el Infante al monasterio, pero al mismo tiempo que llevaba la orden del Supremo Tribunal de la Iglesia llevaba su estratagema, pues para eso era maestro de estrategia y había escrito al Rey las cartas militares más importantes de la época.

Le acompañaba su ayudante de campo, que era el que, en realidad, le había dado la idea.

El Prior salió a recibir al Infante y leyó el documento, al que le colgaban los sellos como a las ovejas la cascarria.

—Pero Ana no seas cerril... El Tribunal te levanta el juramento y el mundo te espera como para una convalecencia.

—¡Y el malo también me espera!

—El malo igual puede estar en esas grietas que bajo el estrado.

—Pues no saldré... Yo ya no puedo pernoctar en la ciudad... Yo, la emparedada, ya no puedo moverme de la zeca a la meca.

El ayudante de campo le dijo al Infante por lo bajo:

—Dígale ya el subterfugio.

El Infante, juntando sus talones como militar que va a dar sus últimas órdenes, la dijo:

—Bueno, Ana... Como yo no podría tampoco estar en la

ciudad, me propongo llevarte a Verdín, el pueblo de los encamados, para que tú también ocupes tu lecho hasta morir...

La emparedada se iluminó ante esas palabras, pero retuvo su contestación como una condenada a la quebrantahuesos.

Todos habían visto pasar escapada la sabandija que huye, y en todos estaba la seguridad del sí de la empedernida de piedra.

—Contesta, Ana... La cama también es el preámbulo de la muerte, y Dios se acerca a ella para prodigarse en la Extremación.

La emparedada ya tenía un rostro con rubor de carne y no de pedernal, y por fin dijo:

—Iré a Verdín... Elige casa profunda y con hierros en las ventanas... Que pinten de negro la puerta y que se lea el *Ave María* en el dintel.

Ya parecía todo arreglado, cuando la emparedada comenzó a gritar:

—¡No! ¡Que no me saquen! —y se retorció, como si la quitaran la camisa de piedra y la fuesen a dejar desnuda frente a la espectación de todos—.

Los alarifes sacaban con dificultad las piedras que habían sido calzadas por tapiadores de puertas que no iban a volver a abrirse.

Don José Alfonso, con la mano en la espada, parecía enderezar detrás de él el rabo del diablo.

Las azafatas de Doña Ana la esperaban con un abierto batón de terciopelo, como si la fuesen a ver salir de un baño de siglos.

—¡Señor! ¡Señor! —gritaba la de Austria—. ¡Qué trasgresión! ¡Qué injusticia!

Como los monjes se había retirado para no ver aquello, el rector, que era el único testigo de la comunidad, baja los ojos con vergüenza de presenciar un acto de saltatumbas.

A la luz de los hachones la escena era contradictoria, pues

parecía rectificar un error de enterramiento o un lance de homicidas que dejaron a la señora en tan incómodo secuestro.

Por fin se la pudo dar la mano, y Don José Alfonso, con galantería del que ayuda a salir de una silla de mano, logró que saliese de allí, pero en seguida se vió que estaba tullida.

—¡Unas angarillas! —ordenó el Infante, y poco después salió la procesión de los desenterradores.

Detrás quedaba el hueco del temido derrumbe, de la herida en el muro.

Habría una ausencia de siglos, y allí quedaría la presencia de aquella exlapidada, y los monjes, al señalar el sitio de la emparedada, abrirían el ventanillo de la evocación igual que cuando se señala la hora en punto al cuco parece, aunque para ello adelanten o atrasen la verdadera hora.

Ya nunca estarán los claustros vacíos, y una nariz sobrepasará la línea de las piedras, y esa rotundidad escultórica y arqueada de los claustros tendrá el retoque de aquellos ojos abiertos sobre ellos.

Corría hacia afuera, saltando las lomas del campo castellano, una teoría cismática que iba a desconectar a los creyentes, según la cual era posible la exhumación de los emparedados, haciendo inútil su sacrificio.

Quizá la primer desemparedada descomponía toda la fe de los emparedados habidos y por haber.

Al llegar a la puerta del palacio burgalés gritó Doña Ana: —¡No!... ¡Aquí no me quedo! Prepara la litera y al pueblo prometido... Yo no podría aceptar la devolución de pésames de los nobles de Burgos que me despidieron para siempre.

El Infante mandó preparar la litera, y a poco salían para la casa en que tenía preparados los lechos a perpetuidad.

Silencioso, como quien maneja una venganza que repone su honor, el que había soportado el mote lapidario de “Emparedado”, ya no podría tener ese mal título de viudo grotesco.

Se retiraban del mundo, pero no eran la habladuría escandalosa que recorría el círculo de muchas leguas a la redonda.

¿Tendría represalias providenciales aquel desgarrón de la Iglesia? No; porque para servir y amar a Dios no se necesita tan duro sacrificio.

El caserío del pueblo elegido se destacaba aún dentro de esa densa soñarra, como término fantasmal y sonambúlico.

VI

El pueblo de Verdín era célebre en la comarca por sus encamados y encamadas, como si fuese un hospital cómodo de holganzas perpetuas.

Un día fué don Severo el inaugurador de meterse en la cama para siempre, y después fué doña Fulgencia, la que había quedado soltera por él, la que en su casa, al otro extremo del pueblo, y como en correspondencia lejana del vínculo de la renunciación, se metió entre sábanas para no levantarse.

El contagio plúrime se celebró después, y los que iban y venían de los otros pueblos fueron llevando por doquier la noticia del no levantarse nunca de los principales personajes del pueblo.

Verdín tomó un aspecto de pueblo entornado, sestero, más silencioso que los demás pueblos, y en la hora de la leche los susurros aclaraban cómo iban los pacientes crónicos de las camas sin rehacimiento y algún nuevo caso de postrante que había sucedido.

Todos los vecinos aún en pie tenían un aire endeble, fugaz, de correveidiles de farmacia y de farmacia a médico.

En el palacio que ocupaba el Rey, cuando pasaba hacia la frontera, se habían refugiado Don José Alfonso, Doña Ana y su hija.

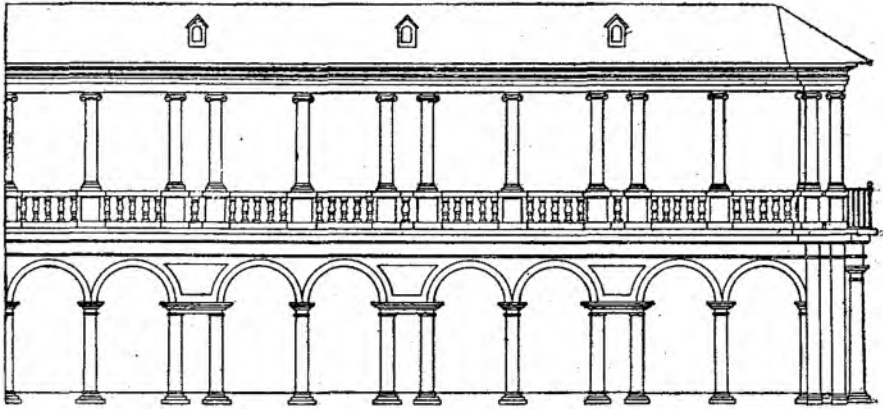
La encamación iba a ser consagrada por entero a sangre real.

Había un secreto optimismo en los tres huéspedes del confortable hospital último.

Y cuando ya estaban en sus sosegados lechos, con recostados baldaquines, se oyó el tambor del pregonero oficial —medio soldado, medio alguacil—, y después del redoble y el encabezamiento, dijo con gritos entrecortados:

¡Guerra con Austria! El Rey, nuestro Señor, convoca tropas.

Incorporados en el lecho al oír eso, Doña Ana y Don José Alfonso se miraron y guardaron silencio sobre el equilibrio roto en lo más íntimo, y que era sobre todo causa y concausa de los desesperos de la Historia.



Notas y Libros

NOTAS: *La educación filosófica en la Roma de Marco Aurelio*, por Hilario Rodríguez Sanz; *La ciudad al fondo en el retrato de Samuel Ros*, por Pedro Mourlane Michelena; *Comparando tres libros sobre nuestra época (Huxley, Bromfield y Kaufman-Ferber)*, por Ricardo Juan Blasco; *Memoria de Don Miguel Asín*, por Antonio Marichalar; *Los caballeros guardias marinas*, por A. M. — **LIBROS:** *El descubrimiento del Homo Ludens*, por José Perdomo García; y otros libros.

NOTAS

LA EDUCACION FILOSOFICA EN LA ROMA DE MARCO AURELIO (1)

EL período histórico que va de la muerte de Aristóteles hasta el ingreso del Cristianismo en el plano de las fuerzas sociales más o menos exteriores, pero ya operantes en el ambiente espiritual de las generaciones romanas, podría caracterizarse desde un punto de vista filosófico como una lenta y penosa lucha por hacer efectivo el concepto "humanidad". Quiero decir, por considerar al hombre ante todo como hombre, por cima de sus diferencias políticas, raciales o religiosas; agrupando a todos los hombres así bajo un concepto común que no admite privilegios en cuanto al origen ni al destino.

Generalmente se ha enjuiciado el tema con un exclusivismo de profesionales de la filosofía. Mas puede verse también, y de modo no menos acertado, a la clara luz de la Historia.

La muerte de Aristóteles coincide con la de Alejandro, a quien sobrevive un año tan sólo. Y si Aristóteles se mantiene aún en lo político, en la cerrada visión de la ciudad-Estado, Alejandro, por el contrario, a través del gesto simbólico de su matrimonio con la hija del rey persa (al que siguen las bodas de los 10.000 soldados de sus ejércitos griegos con mujeres persas igualmente) apunta a la idea de la unidad universal entre los hombres de las distintas tierras.

Este pensamiento viene corroborado por la conducta, en Alejandro costumbre, de hacerse proclamar rey de los países conquistados de acuerdo con las tradiciones de estos pueblos y darles gobernadores nativos, modo evidente de superar la visión helénica de la colonización, que de suyo implicaba reservar los privilegios para los ciudadanos griegos.

Si las aspiraciones de Alejandro fracasan, y la obra subsiguiente de Roma continúa discurriendo en el confín acotado de la ciudadanía,

(1) Walter Pater: *Mario el Epicúreo*. Colección Ave Fénix. Barcelona, 1944.

el fermento que de Alejandro deriva no llega nunca a extinguirse, bien que su floración hubiera de activarse en otros aires —no políticos, precisamente—. El hecho de la convivencia de pueblos dispares en las ciudades helenísticas da por resultado las reflexiones de la ética del estoicismo, hasta que uno de los representantes de esta dirección filosófica formula su nueva ciudadanía con la palabra nueva: cosmopolita. No ya ciudadano de Atenas, sino del mundo: *La herencia de Alejandro ha sido recogida por los filósofos.*

La respuesta en lo político al gesto de Alejandro viene muy tarde, más de cuatro siglos después. Caracalla extiende el derecho de ciudadanía romana a todo el Imperio en el año 212. Pero entonces ya la ciudadanía romana no significa ni poco ni mucho. El Imperio, con su *Lex* romana, está a merced de los motines provinciales y, a no tardar mucho, la brújula señalará el norte nebuloso en las mismas riberas iluminadas del Mediterráneo. El ciclo de la cultura antigua va a cerrarse y seguirá un penoso tanteo durante siglos hasta conseguir de nuevo el contacto con la filosofía perdida en los papiros griegos.

De todo este lapso de tiempo, desde la muerte de Aristóteles hasta que el Cristianismo entra abiertamente en Roma, es singularmente interesante el siglo de los Antoninos. Este siglo II, que aquí algunos llaman el siglo español del Imperio, mas que también podría llamarse la primera paz de la Iglesia, es —por lo que a Roma se refiere— una época de diletantismo filosófico. Todo él se halla dominado por una figura impar: Marco Aurelio, y sólo por esta personalidad halla su justificación el diletantismo general del ambiente, que en torno del Emperador toma la filosofía por una distracción de moda. También entonces dieron el tono las damas de las mejores familias tomando sus profesores, quienes —anticipándose a los salones de la Ilustración— entrenaban a sus nobles y remuneradoras visitantes en los torneos retóricos y en la filosofía de la época.

Dar vida a la cultura filosófica de toda esta época, vinculándola a la trayectoria de un personaje, es el intento de Walter Pater en su libro *Mario el Epicúreo*, que bien podríase llamar cuasi-novela filosófica, y que apareció hace unos meses en versión española, con un retraso de medio siglo respecto al original inglés.

Esta circunstancia no ha de perderse de vista si se quiere valorar con justeza el enfoque especial que ciertos problemas de la filosofía

antigua (la influencia de Heráclito en el hedonismo, por ejemplo) obtienen en la obra. Se trasluce ahí un hondo sedimento de filología clásica, y es justamente a través de ésta cómo W. Pater ha llegado a los problemas filosóficos, cosa por otra parte habitual en su generación. Su magnífico libro sobre Platón es buena prueba de la fineza y profundidad con que el autor siente la filosofía griega. En este otro libro de que aquí hablamos no nos ha de despistar la marcada predilección por el plano estético, esa fina intuición de las situaciones y el ambiente del personaje, para no echar de ver que lo sustancial son los problemas estrictamente filosóficos, y ellos solos son los que dan unidad —una unidad un tanto arbitraria— a la obra, cuando el personaje parece hallarse desplazado del curso de la narración.

Claro es que la evolución intelectual de Mario, tal como W. Pater nos la describe, no puede dar explicación a la efectiva trayectoria que el pensamiento filosófico de la época ha seguido. Faltan en el libro, cuando menos, dos capítulos. Uno en el que habrían de tenerse en cuenta los contactos del nuevo estoicismo de Poseidonio, a quien debe Cicerón buena parte de sus ideas filosóficas, con el estoicismo romano. Y otro que presentará de alguna manera la razón de ese cansancio tan acusado de la sociedad romana a partir del siglo II, que no sólo debe su explicación al evidente caos de la convivencia de doctrinas religiosas dispares, cuanto al general convencimiento de que la tan ansiada *salus* o *sotería* por la que clama el mundo helenístico no puede venir de las doctrinas entonces vigentes, sino de algo superior a una doctrina, de una religión acaso nueva en la cual lo más visiblemente humano, lo somático vital e instintivo se libertara del calificativo “pernicioso, irredimible”, entonces sentido con un pesimismo de decadencia. Porque en este declinar de la cultura antigua, lo mismo la filosofía estoica que la platonizante, había llegado a considerar el cuerpo no tan sólo como cárcel, sino aún más, como corrupción.

Mario inicia su educación en un ambiente extraño a estas preocupaciones pesimistas. Depositario de una larga tradición familiar y adscrito al *pagus* de sus antepasados, su primera experiencia la constituye un sentimiento de la naturaleza enteramente religioso. Vive inmerso en la sencilla piedad de la vieja religión popular itálica: el culto a las fuerzas de la naturaleza y a los lares de sus muertos. De

esta primera juventud es de donde arranca ese tinte epicúreo, que conserva toda su vida. Un epicureísmo muy especial, ciertamente, que mejor cabría llamar esteticismo, si este concepto no hubiera recibido en la moderna cultura europea ese malhadado lastre de inautenticidad y artificio. Lo que a Mario se le impone desde esta primera juventud es una continuada fidelidad a las sensaciones de armonía, con un predominio del agrado visual, y a las actitudes mesuradas de fina selección en las que él ve manifestarse ante todo la tranquilidad y el goce del alma. Antes de que llegue a leer el *Fedón* o *El Banquete*, su ideal de llegar a la perfección tiene un punto de partida bien concreto, y es: "por el amor de la belleza visible".

Mas lo que inmediatamente le había de preocupar era el llegar a desentrañar el sentido oculto de esa belleza visible. Pues la experiencia de su educación le habría de enseñar muy pronto que todo lo bello parece traer consigo el destino de la incomprensión o el desvanecimiento. Esta temida comprobación le salva de quedar preso en un vago retoricismo muy de la época, y hace justamente que los años severos de la educación del estilo no queden valorados más que como el camino para lograr una expresión exacta y bella de sus "sensaciones e ideas", cosas ambas que no están ahí primariamente para ser expresadas, sino ante todo para vivirlas con hondura.

De este modo huye Mario "el Epicúreo" del destino, apenas sin excepción compartido por su tiempo, de la sobrevaloración de lo retórico. El ideal del orador y no del filósofo es lo que resulta entonces como prototipo. Eufuismo, o preciosismo que decimos por estas latitudes, pudo ser una tentación de su juventud, ducha en lecturas de escritores brillantes, pero el contacto con la pérdida de algo que él estimaba muy bello: el amigo en quien veía realizado el ideal preciosista y retórico, le lleva, en fuerza de su temperamento religioso y esteta, a plantearse la salida de la metáfora, para hallar el sentido más hondo, la idea, de la que toda expresión no es más que una entrevista conjetural.

Por este camino llega Mario a la filosofía, a la vivencia personal de los problemas filosóficos, a través de su anterior educación estética y oratoria.

Y aquí es donde el libro cobra un valor de doble vertiente. Porque Mario, en quien Pater centra las diversas tendencias de la cultura antigua, quiere conservar todo lo que de brillante tiene la primera

vocación literaria, plasmada en su estilo poético personal, y avanzar, sin embargo, hacia una decisión entre las doctrinas que su mundo filosófico circundante le ofrece, con toda la seriedad de un viejo adepto de las teorías griegas.

La unidad en la trayectoria vital de Mario parece, no obstante, lograrse en un difícil equilibrio entre sus juveniles preferencias por el cirenaísmo primitivo —con toda la nobleza de su predilección por las impresiones estéticas— y el cansado estoicismo que va a conocer en el medio social de Roma.

W. Pater nos sitúa a su personaje en el mejor clima para lograr una solución. Este va a ser la corte de Marco Aurelio, mejor dicho, el mismo hogar del Emperador.

Las lecturas del joven Mario, hechas en la provincia, tenían que suscitar forzosamente la nostalgia de la urbe en donde era realidad el diálogo brillante de los personajes imaginarios. Pero lo que no podía sospechar era que justamente en Roma habría de vivir la desrealización de los diálogos presentidos, el desvanecimiento de los interlocutores, para quedarse él sólo con las preguntas secas, sin atreverse a aventurar una respuesta.

Las dos preguntas capitales se las encuentra hechas en dos hombres muy dispares, no obstante su formación similar: Cornelio Frontón, el antiguo profesor de Marco Aurelio, pide como solución a la crisis la llegada de una Roma nueva, universal, aunque haya de ser forzosamente invisible. En esta nueva ciudad tendrían entrada todos, y en ella se vería realizado el ideal estoico de la razón universal. Pero esta Roma era para el orador un futuro lejano, porque ¿dónde se encuentran las almas selectas que sientan la necesidad de una convivencia definitiva en un orden universal, por cima de la relativa morada de la civitas?

Por otro lado, el escritor Luciano deja ver a nuestro antiguo epicúreo el sedimento escéptico que su larga vida no ha sido capaz de vencer. Como los pescadores —le dice— lanzamos nuestras redes para apresar la verdad, y luego que sentimos algún peso y logramos sacarlas, viene afuera una piedra o una vasija llena de arena.

La influencia que las *Reflexiones personales* del Emperador ejercieron sobre él, después de las semanas en que las estuvo transcribiendo, le llevan al descubrimiento de la nueva Roma a que se refería Cor-

nelio Frontón, pero Mario no veía la nueva ciudad en las alturas, ni formada por minorías selectas que se imponen, sino por el espíritu del que era un momento y pulsación parcial su humano entendimiento.

Este descubrimiento lo creía definitivo.

Pero, entre tanto, hizo otro, y esta vez no por abstractas deducciones. Fué una visita a una morada singular, la mansión de los Cecili, en donde oyó por primera vez unas salmodias infantiles y vió en unas subterráneas galerías otra nueva ciudad entonces incipiente: la ciudad de los muertos con la uniforme inscripción "paz".

Y ya sí que definitivamente se sintió calmado por la esperanza.

Poco después había de morir entre gentes que nunca hubiera presenciado. En su partida hacia la otra ribera le despedían con este saludo: "Anima christiana".

En Mario se cumplía el destino de la cultura antigua.—HILARIO RODRÍGUEZ SANZ.

LA CIUDAD AL FONDO EN EL RETRATO DE SAMUEL ROS

Patrocino y dirigió la Radio Nacional una velada en memoria de nuestro inolvidable amigo Samuel Ros. Hablaron, además del ministro de Educación Nacional D. José Ibáñez Martín, y de nuestro director José María Alfaro, Eugenio Montes, Pedro Mourlane Michelena, Xavier de Echarri, Román Escotado, Ramón Ledesma Miranda, J. Antonio Torreblanca y Manuel Sánchez Camargo. He aquí las cuartillas de Mourlane Michelena:

HEMOS visto en óleos nobles a esos caballeros que llevan sobre la palma de la mano la ciudad que los vió nacer. ¡Cuán diminutos ha hecho el pintor la muralla, el jardín o el puente, con el río que los duplica. Resonó de Cortes y Concilios esa ciudad de la que partían a las batallas gentes con arcabuces o con corceles raudos como

el viento. Otros araban la tierra o encendían como hace miles de años los hornos en que se cuece el pan. El caballero que nos mira desde el óleo participó en afanes con los que España crecía. Esos afanes alcanzan ahí como en toda ciudad a los más humildes. El que tunde, peina o carda la lana; el que curte o zurra el cuero, el que sesga con la gubia el bulto de madera, el que repuja o damasquina el metal, el que embrea el costillar del barco, quieren, como el señor que muestra la ciudad en la palma de la mano, grandes destinos para el Reino. Preguntamos qué ciudad, en un retrato así, sería la de Ros. Su Valencia acaso, que fué la Valencia de un mañana digno del mejor ayer. En los fastos de la ciudad en que sueña eternidades ahora Samuel hay tres momentos: el de Rodrigo de Vivar, el Cid; el de Don Jaime y el del siglo xv, que es el de los Antequeras y los Borjas. En este tercer momento Valencia, como su rival Marsella en los Estados de la Casa de Anjou, se parece, por su poderío mercantil, a dos Repúblicas: la de Venecia y la de Génova. La de Venecia no se hunde todavía en sus légamos una pulgada cada año. Así, inerme, sin ciudadelas ni fosos militares, mantendrá siglos y siglos sus instituciones. Hasta en el xix se estremecerá de dicha Nietzsche al escuchar en el puente de Rialto el canto de un gondolero. Valencia, en el xv, gasta sus oros en lujo más que en necesidades de guerra. Lujo son, magnificencia casi, las torres del Portal de Serranos, como las del Portal de Cuarte, y lujo los cinco puentes del Turia con el pretil de dos leguas.

Para que la ciudad mantenga el decoro en sus obras, cuarenta y siete pueblos de la huerta le pagan sisas sobre su trigo y sobre especies varias.

Valencia, aunque se asemeje a dos repúblicas italianas, vive dentro de una Monarquía con nobleza feudal y con abolengos. Son los días de San Vicente Ferrer, el dominico, y de Bonifacio Ferrer, el cartujo, y los de los Papas de la familia de los Borjas, Calixto III y Alejandro VI. Cien artistas trabajan en sus obradores la plata, el hierro, la madera, el tapiz, la miniatura, el mueble, el esmalte, el bordado. Preside la ciudad fastuosamente este renacer de las artes, pero el lujo no es todavía la impostura con que Oriente nos enerva. Esa ciudad torreada y letrada puede erguirse con dignidad en la diestra de un patricio.

En 1479 ve la luz en Valencia *Les Troves*, el primer libro impreso en España. Está justamente en la Universidad y Ros miraría a este in-

cunable con gratitud como a los demás del tesoro de los frailes jerónimos de San Miguel de los Reyes, herederos del Duque de Calabria, que es el último vástago de los aragoneses de Nápoles. La Universidad guarda en vitrinas aquellos libros que Alfonso el Magnánimo encargó para su biblioteca de Nápoles. Nos conservan allí el *Flavio Josefo*, con miniaturas de la Escuela de Mantegna, y un volumen de arte bizantino, que es la Biblia regalada a San Vicente Ferrer por Benedicto XIII. ¿Por qué Samuel no estuvo con nosotros cuando los vimos en su ciudad?

El humor del amigo inolvidable hubiera quitado rigidez a la visita. Hemos nosotros definido el humor como la sonrisa lavada por la sal de un sollozo. Así, exactamente, era el de Samuel, y brilla en sus cuentos como a veces en nuestro país mucho más que en el suyo, el sol mojado en lluvias de primavera.

Los gaiteros en Escocia llaman *glamour* a una nota que se les escapa para quedar entre cielo y tierra. En la ironía de Samuel el *glamour* era de calidad no igualada por escritores de la familia céltica. En su novela *Los Vivos y los Muertos*, brisas del otro lado del mundo, nos dejan respirar cuando la emoción nos oprime la garganta.

A Ros le dolía el mundo a veces fuera de sí, en el aire, o en un órgano que no tenemos.

En la Valencia del siglo xv, la suya, hubiese dialogado con Jordi San Jordi, que luego de ser camarero de Alfonso el Magnánimo fué alcalde de Penáguila, y del Valle de Uxó. Con Ausias March y con Febrer estuvo Jordi en la expedición mandada por Don Alfonso. Prisionero después de una batalla, compuso, según el Marqués de Santillana, "asaz hermosas cosas, las cuales él mismo asonaba ca era musico tambien". De la cuerda de los tres y de algunos más sí era Ros. De Ausias se ha dicho que su humanismo es un fluctuar patético entre la esperanza y la desesperación, y también que es la angustia de vivir en un dolor en que halla placer, y en un placer que le da dolor. Todo el arte de Samuel fluctúa entre estos contrarios que él acierta a conjugar quitando a las palabras prosopeya y peso. En el siglo xv hay en Valencia escritores y traductores a los que Ros, dentro de sus gustos más genuinos, podía estimar. Una figura femenina hay, sobre todo la de Eleonora Manuel de Villena, emparentada con las Casas Reales de Aragón, Castilla y Navarra, hija de aquel Villena, nigromante que escribía en Valencia, no en lemosín, sino en catalán, una obra sobre los doce tra-

bajos de Hércules. Esta Eleonora, que vivió con Doña María, esposa de Alfonso el Magnánimo, quiso morar entre cielo y tierra, aunque sin *glamour*, y se fué a un cenobio, del que murió abadesa. Ese cenobio estaría en la ciudad que en el óleo imaginario alzase Samuel en su diestra de caballero.

El escritor que conocimos en 1931 pensaba en otras ciudades más que en la suya. Amaba entonces la invención a alta frecuencia y la singularidad en todo. En un retrato la ciudad que enseñase había de ser, por ejemplo, una de las raras del *Orbis terrarum civitates*, que salió en Colonia dedicada al Emperador Maximiliano y a los electores del Santo Imperio. Porque nunca se han cartografiado con más hechizo que en esta obra las ciudades seculares entre las que Valencia no está. Hubiese entonces elegido Samuel, Rodas, Ormuz, La Vallete, Malta, Calicut o Aden. Diez años después, empero, en el viaje de retorno, Valencia se le tornaba un regazo entrañable y algo más, sin duda. Las antiguas singularidades eran ya un patrimonio confiscado. ¡La pluma no! Cuando se es escritor no hay potestad coronada ni tiarada que confisque la pluma. La vocación de Ros fué firme como la lealtad en el hombre de bien. A la vocación se sumaban fantasía creadora, sutileza y fe. Si tu ojo es sencillo todo tu cuerpo será luminoso, enseña la Escritura. Supo Ros mirar y ver, descubrir o inventar y ser con bravura melancólica como era, porque Dios así lo quiso. En un retrato suyo, esté, si no en su mano, sí al fondo, la Valencia del xv o la de ahora con sus casas de familia más que con sus monumentos, con su Catedral y su Miquelete, cuyas campanas no dejan en los días grandes de cantar en su vuelo sobre las generaciones y generaciones que fincan allí, o recalán, más bien, de paso para el más allá.—PEDRO MOURLANE MICHELENA.

COMPARANDO TRES LIBROS SOBRE NUESTRA EPOCA

(HUXLEY, BROMFIELD Y KAUFMAN-FERBER.)

1

SOBRE mi mesa tengo tres libros. Están reunidos, no por un azar, sino deliberadamente, ya que los tres, leídos a breve distancia el uno del otro, me han sugerido las reflexiones objeto de estas líneas. Son estos libros: *Contrapunto*, de Aldous Huxley; *Veinticuatro horas*, de Louis Bromfield, y *Lunes, a las ocho*, de George S. Kaufman y Edna Ferber (1). Esta última obra es una pieza teatral, una comedia dramática; las otras dos, divulgadas entre nuestro público lector, son, huelga decirlo, novelas. Aprecio en estos libros una idéntica preocupación por fustigar —crudamente, libres de trabas y prejuicios— modos, tipos y costumbres de nuestra época y, concretamente, de determinado estamento social. Pero también existe en ellos, curioso fenómeno, un mismo deseo de dotar a la idea-núcleo de una expresión sumamente semejante entre sí, la cual procede de la ambición de asir y representar el tiempo como entidad dramática de primera magnitud. Aunque esta ambición es frecuente en la literatura moderna (2), y por lo tanto no original, es, sin embargo, interesante subrayar cómo ha sido lograda la captación del tiempo en un espacio literario determinado en cada obra referida, y hasta qué punto, éste que pudiéramos llamar recurso formal, concluye por constituir una segunda idea-núcleo de la obra, que interfiere o se suma a la primitiva.

Tanto Huxley y Bromfield como los dos dramaturgos americanos coinciden en considerar necesario, para la obtención de un efec-

(1) De estos dos célebres autores americanos conoce nuestro público una de sus comedias, vertida al cine: *Stage Door*; en castellano, *Damas del teatro*. Edna Ferber es autora de una novela, *Cimarrón*, también transcrita a la pantalla.

(2) Ya como ciclo perfecto donde enmarcar una acción, ya como atmósfera impalpable de ella, ya como un personaje de rango, ya como única inspiración, la idea del tiempo está presente —y ejecutada de modo diverso—, que yo recuerde, en novelas como *Gran Hotel*, de Vicki Baum, y *Veinticuatro horas de la vida de una mujer*, de Zweig, y en obras teatrales como *La plaza de Berkeley*, de Balderstone; *La herida del tiempo*, de Priestley; *Navidades en la casa Bayard*, de Thornton Wilder, y *La femme en blanc*, de Marcel Achard.

to de unidad temporal, su previa fragmentación, más o menos brusca, en el desarrollo de su obra.

Así, en Aldous Huxley el tiempo sólo significa —en cuanto a elemento novelístico se entiende— una apreciación intelectual más y no un factor decisivo en la arquitectura de la novela. Por ello aparece sincopado, a la manera de violentas sístoles y diástoles de la acción, pero con una trabazón interna siempre presta a evitar que el edificio se desmorone. La síncopa, la interrupción, son constantes. Nos encontramos tan pronto con un personaje como con otro; en unos lugares, en unos ambientes, o en otros; a larga distancia espacial de donde estábamos unas páginas atrás; en el pasado de los actores o en su más inmediato presente. El lector ha de estar atento a no perder el hilo, y comprender sin demora que tras tantas idas y venidas apenas han transcurrido unas horas. O bien ha de estar prevenido para no sorprenderse de que, al volver la página, nos hallemos con que nos hemos saltado, repentinamente, unos cuantos días o quizá meses. El tiempo, y como consecuencia el espacio y el ser que lo localizan, son algo movedizo, cambiante, rauda, inseguro. Este vaivén del tiempo, no sujetado a ritmo preciso alguno, libérrimo y sin canon que lo determine es, justamente, una de las razones del título del libro: se trata de una técnica de *contrapunto*.

Recién iniciada la novela, en unas consideraciones sobre la música, puede leerse:

“Cree uno haber hallado la verdad: clara, precisa, inequívoca, es anunciada por los violines; la tiene ya, se ha apoderado triunfalmente de ella. Pero he ahí que se le escapa de las manos para presentarse en un nuevo aspecto entre los violoncellos y, todavía más, bajo la forma de la vibrante columna de aire de Pongileoni. Las partes viven su vida independientes; se tocan; sus caminos se cruzan; ellas se combinan por un momento para crear una armonía de apariencia decisiva y perfecta, tan sólo para separarse nuevamente unas de otras. Cada parte se halla siempre sola, separada, individual. “Yo soy yo —afirma el violín—; el mundo gira a mi alrededor.” “A mi alrededor” —reclama el violoncello—. “A mi alrededor” —insiste la flauta—. Y todos tienen, igualmente, razón y dejan de tenerla, y ninguno de ellos quiere oír a los otros. En la fuga humana existen mil ochocientos millones de partes. El ruido resultante podrá tener quizá alguna significación

para el estadístico, pero ninguna para el artista. Sólo considerando una o dos partes a la vez podrá comprender algo el artista.”

Huxley ha expuesto su método novelístico. Con la particularidad de no ser cierto que el ruido resultante carezca de significación y sólo la consideración de una o dos partes merezca ser atendida. Huxley enuncia su pretensión de obtener justamente lo contrario: no la consideración aislada de una o dos partes, caso harto frecuente en la novela, sino de todas, puesto que, como artista, necesita y desea comprender lo absoluto. La noción del tiempo, pues, deja a partir de ahora de estar exclusivamente referida a lo constructivo, formal o externo de la obra para pasar a ser lo sustancial de ella; entra mediante una apreciación de orden intelectual, igual en su origen a la que la motivaba en su función de estructura novelística, pero mucho más ambiciosa en su resultado: no se trata de *componer* una síntesis del tiempo en que transcurre una acción, sino de *comprender* a uno de los principales personajes —quizá el fundamental, por ir ligado a todos los personajes, incluido el novelista y su visión de ellos— de la acción.

A lo largo de la novela, ya en las notas de los cuadernos de Philip Quarles el novelista —autorretrato de Huxley—, ya en breves ráfagas intercaladas en su diálogo, esta ansiedad por la expresión de la entraña del tiempo en su relación con lo humano está de sobra patente. Muy a las claras, a mi ver, en estas palabras entre Quarles y su esposa:

“Parece —dice ella— que nos hemos separado largo trecho del tema.” “Bien; en el fondo no nos hemos separado tanto —dijo Philip—. Todo esto de *camisoles en flanelle* y pepinillos con cebolla y obispos de islas caníbales viene realmente al caso. Porque la esencia del nuevo punto de vista es la multiplicidad. Por ejemplo, una persona interpreta los acontecimientos hablando de obispos; otra, hablando del precio de camisolas de franela; otra, como aquella joven de Gulmerg —hizo un signo de cabeza al grupo que se retiraba—, hablando de lo mucho que ha disfrutado. Y luego, quedan el biólogo, el químico, el físico, el historiador. Cada uno ve, profesionalmente, un aspecto diferente del acontecimiento, una capa diferente de la realidad. Lo que yo quiero es mirar con todos esos ojos a la vez. Con ojos religiosos, con ojos científicos, con ojos económicos, con ojos de *homme moyen sensuel*...” Y, un poco más abajo: “Porque todo está implícito en todo.”

Una enorme ambición se adivina bajo estas palabras. La novela es su testimonio. Con una multiplicidad realmente desbordada, atropellada, desconcertante, los acontecimientos se producen, la infinita realidad se manifiesta y la interpretación de estos acontecimientos y de esta realidad es acometida globalmente, con múltiples y diferentes ojos, en infinitos espacios, con variados seres. El resultado es, a la fuerza, un contrapunto ilógico. Pero esto estaba previsto por Philip Quarles: "Por muy extraña que sea la imagen —se refiere a la resultante del concierto novelístico de las diferentes visiones— jamás podrá ser la mitad de extraña que la realidad original.. Y cuanto más piensa uno, más extraño se torna. Esto es lo que yo quiero poner en este libro: lo asombroso de las cosas más obvias."

Si la técnica de Huxley tiene de musical el empleo sorprendente del contrapunto reiterativo como desintegración de la unidad temporal para hacerla más evidente, en Louis Bromfield la técnica expresiva es más bien arquitectónica. Emplea, concienzudamente, deliberadamente, grandes bloques de acción y tiempo perfectamente delimitados, recortados. Tiende a reintegrar la diversidad temporal en su unidad primitiva, no a desintegrarla, pues cree que así será más evidente. Para ello se vale de unas a modo de extensas panorámicas sucesivas de un mismo tiempo cronológico, tomado en diversas pasadas una y otra vez, y en el que sólo cambian los individuos. La continuidad, el nexo, la integración, son constantes. Un mismo tiempo alterna sus diversas fases. Encontramos una media docena de personajes, y empezamos por seguirles, uno a uno, desde un momento determinado a otro momento preciso. En este curso de la acción, esa media docena de personajes se encuentra y relaciona con otra media docena. Luego volvemos a encontrar a cada uno donde le dejamos para seguirle hasta un instante concreto. Y así sucesivamente.

Nada de saltos bruscos, altibajos, vaivén, idas y venidas. Largos periodos de tiempo mantenidos con la pausa y el sostén de los largos periodos musicales, semejantes a la columnata de un templo por su perfecta similitud, su armonía, su sucesiva coexistencia. El tiempo no es una apreciación intelectual ni en el orden ejecutivo de la novela ni en su entronque con las ideas de ella; es una atmósfera de los individuos que se convierte en protagonista a fuerza de aparecer; una consecuencia directa que emana de la vida de los seres que en él se producen. Consiguese de este modo, indudablemente, una mayor ade-

cuación del tiempo intrínseco a la unidad general de la obra, pero se desdeña el audaz propósito de Huxley de representar la múltiple realidad valiéndose de sus infinitos aspectos. Si bien es cierto que Bromfield opera con una fracción de tiempo más limitada —veinticuatro horas—, carece del empeño de estimar que su propósito pudo encaminarse a transmitir una visión más absoluta de esa fracción.

En la novela de Bromfield hay un canon, un ritmo, una ley para el tiempo. Para el tiempo, que no conoce otra ley que una eterna, que nosotros desconocemos. Esta ley o canon establecida por el autor da a la obra un cierto rigor técnico, eso sí —algo como el soneto—, pero no una mayor ambición, pues le priva de elevarse para captar la multiplicidad global que, más inspiradamente, sin duda, alcanzó Huxley. El tiempo no está enfocado, como en *Contrapunto*, mediante retinas diversas, sino que sólo los ojos del novelista le ven fluir, y ven moverse en él a los actores. Aquí sí que se *componen* una síntesis del tiempo en que transcurre una acción; no siendo, por tanto, elemento compositor o protagonista, sino protagonizado, subrayado de fondo: elemento ambiente.

Los acontecimientos se producen; la infinita realidad se manifiesta hasta en el brevísimo lapso de un día, pero de todos los personajes que interpretan acontecimientos y realidad, uno sólo se atreve a considerar su propia interpretación: la vieja Sabina. Y aun esto, al colmo, al fin de la novela. El resto de las interpretaciones particulares está dominado por la interpretación singular del autor. Este no participa en la novela como un intérprete más —tal el Philip Quarles de Huxley—, sino que permanece alejado en su objetividad creadora. Y su interpretación está manifiesta precisamente por boca de la vieja Sabina al declinar la obra. Lo que se deja decir al resto de los personajes a propósito de sus interpretaciones está autorizado por el autor mientras se refieren a su vida; a la vida y no al tiempo. El tiempo se ha relegado, pasando a ocupar un término secundario. Vale lo que un buen marco para un cuadro excelente. Se ha quedado sólo como recurso estilístico de alta categoría, pero sin la trascendencia intelectual de Huxley, que llegaba a conferirle valor de idea-núcleo en la obra.

Tratado también como recurso estilístico, aparece el tiempo en la pieza dramática de George S. Kaufman y Edna Ferber (3). Acaso en

(3) Creo obligado dar una sinopsis de esta obra, no traducida al castellano: La

ella sea más necesario que se adopte la fórmula del tiempo como elemento estilístico de indudable potencia, por cuanto es muy diferente la construcción de la novela a la del teatro, y éste, si desea desarrollar ampliamente una idea, necesita salvar unos límites espaciales sin detrimento de la unidad dramática. Novela y teatro están sujetos a procedimientos y extensiones disímiles, y no obstante próximos. Por ello, en *Lunes, a las ocho*, no hay, naturalmente, reflexiones del personaje interpretando el instante; éste debe explicárselo el espectador a medida que la acción sigue su curso. La posible tesis no puede explicarse oralmente, con los parlamentos, sino merced a la acción. Es el espectador, y no los intérpretes, quien debe extraerla como consecuencia del suceso dramático. Los autores han querido colmar a éste de las máximas divergencias del momento, de la más posible variedad de momentos.

Se aspira, en cierto modo, a la tesis de Huxley, ya que con sus varias actitudes los personajes interpretan distintamente los acontecimientos, y la importancia de éstos está vista por cada personaje con arreglo a su propio tiempo, a lo que el acontecimiento significa para él. Mientras para unos determinado hecho es virtualmente trágico, para otros no merece atención siquiera, por recabarla un suceso evidentemente menor —para la objetiva retina del espectador—, pero cargado de significación para el individuo que lo padece.

esposa de un conocido naviero ofrece, para el próximo lunes, a las ocho, una cena en su casa; ignora que su esposo está gravemente enfermo del corazón, y que sus negocios amenazan ruina, como también que su hija es la amante de un actor de cine. A lo largo de la obra, y merced a la disposición escénica que luego indico, se nos describe la situación al par que se nos presenta a los diversos invitados: el diputado ventajista que so pretexto de ayudar al naviero logra apoderarse de sus acciones; su esposa, que, mal avenida con él, pretende en vano ocultar lo vulgar de su origen, y que es la amante del médico que atiende al naviero; este médico y sus desavenencias conyugales; el actor de cine, ya en desgracia, pero sin reconocerlo... El nervio dramático sostiene la acción en torno a dos ejes: la sutil ligazón subterránea entre los diferentes personajes, y lo relativo de la importancia de los hechos según se sea actor o espectador de ellos.—Disposición escénica: un breve prólogo; acto primero, cuatro cuadros: tocador de la esposa del naviero, despacho de éste, tocador de la esposa del diputado, sala en casa del naviero; acto segundo, cuatro cuadros: habitación del actor, consulta del doctor, cocina en casa del naviero, tocador de su esposa; acto tercero, tres cuadros: tocador de la esposa del diputado, habitación del actor, salón en casa del naviero.

En este sentido, es de señalar la situación dramática que se produce al final del segundo acto, cuando Gabriela, la esposa del naviero, se entera de que, al filo de las ocho, a la cocinera se le ha estropeado el plato especial de la cena, de que su criado ha sufrido una herida y está impresentable, y de que sus dos invitados de rango, en honor de quienes daba la cena, han marchado sin avisarla hasta entonces. En este momento quiere su hija confesarle que es la amante del actor, y que por tanto no puede casarse con su prometido; al par que su esposo sufre una recaída en su enfermedad, que disimula como agotamiento nervioso. Gabriela, entonces, concede una mayor importancia a sus sucesos domésticos que a las tribulaciones de sus familiares, exclamando, en una creciente crisis de furia:

“GABRIELA.—(Al esposo, que la ha dicho que va a acostarse, pues se encuentra fatigado por su mucho trabajo.) ¡Tu trabajo!... ¡Justamente, ahora vienes a hablarme de tu trabajo! ¡Y de acostarte! (Volviéndose a su hija.) ¡Y tú vienes ahora a lloriquearme sobre tu novio!... ¡Y es a mí, a mí, a quien venís a molestar con vuestras bobadas y vuestras preocupaciones!... ¡A mí, que ya estoy medio loca! ¿Sabéis acaso lo que me ocurre? ¡Todo! ¡Y a esta hora! ¡Y de sopetón! ¡Y sin langosta para cenar!... ¡Y teniendo que recibir a la diputada!... ¡Y el criado con la cara como un adefesio!... ¡Y teniendo que traer la langosta en taxi!... ¿Y ahora? ¡Lo mejor! ¡Lo más hermoso! ¡Lo supremo! (Su voz tiembla de furor para anunciar su golpe de gracia.) ¡Los Ferncliffe no vienen a cenar! ¡Han enviado recado! ¡A esta hora! ¡Miserables! ¡Telefonar que se han marchado a Roma! ¡Roma! ¡Roma! ¡Y mi nota para la prensa ya está entregada! ¿A quién invito en su lugar? ¿A quién, para que mis invitados no se rían demasiado? (En un estallido súbito.) ¡Soy yo quien debería estar acostada! ¡Yo! (A su marido.) ¿Fastidios? Y yo, ¿no tengo también fastidios? Tú cenarás, ¿me entiendes? ¡Y estarás amable! (Marcha airada hacia su habitación, con voz terrible.) Yo también... amable, ¿sabes? ¡Los dos estaremos *amables!*”

No otra sensación del tiempo y su suceso pretende transmitir Huxley. A la vez, Kaufman y Ferber participan del modo de creación de Bromfield en cuanto toman el tiempo en fragmentos amplios y precisos: técnica de alternancia, de sucesión reglada, de una calculada ordenación. El tiempo está a la vez fragmentado e integrado como hemos visto en Bromfield, a la vez interpretado y sentido como vimos

en Huxley. Del uno, el procedimiento ejecutivo; del otro, la idea matriz. No cabe duda que la fórmula es perfecta desde el punto de vista teatral. Permite nobles recursos escénicos, mejor elocución del pensamiento, agilidad en la marcha de la obra, y un efecto más sobresaliente sobre el ánimo del espectador, al cual se ha logrado transmitir la sensación del tiempo, la de los sucesos y la de su interpretación.

En estos métodos técnicos de la creación literaria influye, a mi ver, el cinematógrafo con su prodigiosa viabilidad de toda suerte de cambios, suspensiones, mutaciones, reemprendimientos y derivaciones del relato. Las películas que más próximas me parecen a este modo de narrar son, lo que no deja de ser significativo, precisamente aquellas que proceden en sus argumentos de escritores ya consagrados, y en las que se advierte un temperamento poderosamente novelador, literario. Creo que el ejemplo más evidente son los *films* de Julien Duvivier *Carnet de baile*, *Fin de Jornada*, *Lydia*. En ellos se trasladaba hermosamente la acción del presente al pasado, dando cuerpo a cosas tan poco representables físicamente como la vida de los recuerdos, resuelta con una indudable poesía, finísima de expresión y teñida de un noble concepto dramático, y en los que el principal papel lo desempeñaba el olvido. O sea, el tiempo...

2

Apuntada al principio de esta nota la sospecha de que la interpretación del tiempo, por el autor, llegase, en su ambición, a significar una segunda idea-núcleo que interfiriese o se sumase a la primitiva o nervio del libro, cumple ahora afirmar la evidencia de aquella sospecha. Si siempre fué profunda la relación entre el tiempo y la acción, en estas obras alcanza algo más que una simple correspondencia: es una perfecta fusión ante todo. Como ya hemos visto, el elemento *tiempo* ha sido tratado —en cuanto a su participación en la arquitectura de la obra— de modos diversos y hasta opuestos. Es natural que su fusión con los restantes elementos se produzca también distintamente.

Para Huxley, la segunda idea-núcleo —la expresión del tiempo— llega a absorber a la primitiva —la expresión de una sociedad— de modo tan poderoso que, en verdad, sólo puede hablarse de una sola idea matriz: presentar paralelamente, cambiantemente, vicios y cos-

tumbres de una sociedad decadente, cuyos individuos cumplen con su sino al producirse en un tiempo determinado y no en otro, tiempo que es interpretado por los personajes según su diversa psicología, y dominado en su multiplicidad por el novelista según la idea: "Todo lo que ocurre es intrínsecamente semejante al hombre a quien le ocurre", de donde puede inferirse que el tiempo es igualmente condicionado a quien lo vive.

En Bromfield, la idea básica es, ante todo, la expresión de vicios, costumbres e individuos; el curso vital de éstos atraviesa una dimensión de tiempo, a la vez, pero distintamente, por lo cual un mismo tiempo es diferente según quién lo viva; mas el no abordar esta diferencia en su multiplicidad, sino en su totalidad, relega la idea de la expresión del tiempo a término secundario, posponiéndola a la básica, y el atacar esa expresión por superposición hace que ambas ideas se ensamblen pero no se fundan.

Mientras, para Kaufman y Ferber, el quid consiste en dotar de expresión al conflicto dramático de unos seres, sus vicios y sus costumbres, con un ciclo temporal de vigencia para cada uno, ciclos independientes, pero subordinados al supremo ciclo temporal escénico; la variedad del tiempo válido para cada individuo requiere una representación por parcelas individuales; su subordinación es causa de que entre ambas ideas-núcleos se produzca una confluencia más bien que una fusión.

Toda esta aprehensión del inasible y fugaz tiempo sirve —a novelistas y dramaturgos— para interesarnos, mediante una casi absoluta apariencia de realidad, en su ficción casi real de unos seres y de unos hechos. Apreciado lo íntimamente trabadas entre sí que se hallan las dos aludidas ideas, y no sólo con respecto a la construcción de la obra, cabe referirse someramente a qué se ha intentado comunicar al lector o espectador con la expresión de una sociedad.

Tienen de común estas tres obras el aspirar a reflejar un cuadro de nuestra época, y difieren en cuanto al método seguido para proyectar esa reflexión sobre el cristal del tiempo; también —ya lo hemos estudiado— en la estimación de este tiempo como factor arquitectónico y psicológico de la obra. Una misma inquietud preside la concepción de estas novelas y esta obra dramática. En Huxley está patente y aflora en todas las páginas; en Bromfield tan sólo en el final del libro, cuando el autor arranca a su instrumento el sonoro resumen.

de la obra; y, en Kaufman y Ferber, como cumple a su ciclo escénico, poco antes de descender el telón por última vez pasa esta inquietud flotando con algo más de cuerpo que anteriormente. Pero puede precisarse en unas pocas palabras.

El mundo moderno, con sus refinamientos de civilización y cultura, se ha ido alejando cada vez más de las formas sencillas e ingenuas de la vida, y el hombre ha olvidado su deber de vivir naturalmente para entregarse a ficciones o pasiones sin sentido; todo ser todavía candoroso sucumbe. El odio, el vicio y el masoquismo intelectuales, la insensata amoralidad, la indecisión espiritual, la ambición exagerada, la sistemática mentira, la frivolidad y la carencia de nobles estímulos, son la forzosa consecuencia de ese alejamiento, de ese olvido. La condenación es irremisible; la salvación, punto menos que imposible. Tal es el huracán por el que estos individuos se encuentran zarandeados. En estas obras parece —sobre todo en las novelas— condensarse un aviso: es preciso redimir a la humanidad y conducirla a serenas y salvadoras playas para que no zozobre.

Hemos llegado a la entraña, al más íntimo corazón de estas obras: ¿existe en ellas una verdadera tesis moral, con moraleja, con propósito definido; poseen un pensamiento acerca de una más justa ordenación de la vida? Es muy posible que no. Tal vez por lo ambicioso del fustigatorio propósito, acaso por la magnitud del problema, al final de estas obras no hay, en verdad, una solución, y de su lectura no se desprende una guía, una indicación firme y precisa. ¿Se pretende, quizá, deliberadamente, provocar tan sólo la reflexión del lector y que éste obtenga de por sí las conclusiones éticas que le apetezcan?

Ninguno de los autores explica en qué consiste la redención, ni cómo será posible la conducción de la humanidad a más nobles estados de vida. Realmente, no incumbe al artista —que no es, en suma, sino el receptor de las inquietudes de su época— definirnos el credo salvador. Es cosa más bien de filósofos y pensadores. Nutriéndose de una evidente circunstancia real, el artista crea su mundo fantástico tangente a la realidad, da cuerpo y vida a unos seres y nos apasiona con sus ideas, con sus hechos, con sus angustias. Cuando emergemos del mundo de las novelas nos encontramos derivando en una riada de perplejidades e interrogaciones. Cuando cesa en nosotros la conmoción dramática provocada por el mundo de la pieza teatral, idénticas perplejidades nos asaltan. Porque, ¿hay en estas obras un res-

quicio, abierto instintivamente por sus autores, que nos haga entrever cómo sería posible que el hombre se restituyera a una existencia menos ruin, más elemental y pura?

Aldous Huxley arranca de la vida intelectual como único centro, único motor, único medio, único fin; ya que él mismo es personalmente un mental. A simple vista, puede la vida de la inteligencia parecer el prometido paraíso. La especulación literaria, la creación artística, pueden acaso constituir el refugio en que hallar un poco de paz, ya que no una absoluta redención. (En este aspecto, el libro de Huxley es sumamente interesante para cuantos profesen intelectualmente.) Pero bien pronto, con el personajillo Burlap, falseador del franciscanismo, individuo fatuo, vacío y amoral, o con el pintor Bidlake, artista a la antigua usanza, sanguíneo y cínico, o con el padre de Quarles, enmascarando su ineptitud y su parasitismo social bajo una supuesta ocupación letrada, o con Lord Tantamount, incapaz de enterarse de cuanto no sea microscopio o música, o con los más atormentados: Rampion, Illidge, Sprandell, Walter y el propio Philip Quarles, comprendemos que este mundo está también depravado, que en él reina la ficción como en los demás órdenes de la vida, que estos hombres están también consumidos por los vicios de los demás hombres y que los que se saben consumidos están aún más atezados por la angustia. Estos últimos, los últimos mencionados, aspiran a diversos estados ideales del hombre a través del perfeccionamiento por el arte, del nihilismo o de la subversión; ellos son quienes, en realidad, plantean el dilema: flagelando y maldiciendo a una sociedad corrompida, pero entregándose a sus corrupciones. A lo largo de algunas conversaciones fundamentales entre estos últimos personajes se abordan temas trascendentales, cual si es el hombre quien crea los acontecimientos o éstos al hombre; si el destino depende del hombre o hace depender a éste de él (ideas que explican, a su vez, la concepción del tiempo por Huxley). Pero cuando Rampion, enfrentado con Quarles, expresa de un modo concreto que es menester restituir al hombre a un sentido más verdadero de lo que es su vida, reconoce que, si fuera con su prédica a los humanos, "los tendría uno a todos en contra", y parece conformarse con tratar solamente de acomodar su existencia a su doctrina. Nos quedaría el novelista Philip Quarles. Mas tampoco éste, mero interventor pasivo en el libro, por ser trasunto del autor, da solución a la interrogante. La positiva na-

turalidad polemista de Huxley y su escepticismo, interviniendo con pasión en la novela, le ha privado de calificar objetivamente la situación. Llevado de su espíritu crítico, expone tan al detalle las objeciones de cada uno, que el lector percibe que él mismo está transido de la ansiedad por despejar la incógnita, habiéndose enredado en la maraña de tesis y contratesis, en este dibujar y desdibujar actitudes de personajes fieles a un destino no expreso, cuya línea estricta está por averiguar. Como lo está, a la postre, cuál puede ser el remedio de tantos vitales problemas expuestos.

Al no incluirse a sí mismo en el orbe de la novela, en su función de novelista, Bromfield goza de una mayor objetividad para referir la situación. No por ello, sin embargo, consigue apresar la solución de las inquietudes de sus personajes. Tras veinticuatro horas de intenso tráfigo espiritual, nuevamente van a sentarse algunos de ellos en torno a la mesa donde comenzaron su novelesco existir. La vida, parece decir Bromfield, es un círculo que se abre y se cierra constantemente en puntos determinados de antemano; esto es así, y así será... ¿debemos rendirnos a esta evidencia fatalista? Toma Bromfield la vida más en lo absoluto, menos por lo intelectual que Huxley. Hay más acción en su novela y menos ideas. La vida representada se nos semeja más real, o por lo menos más turbulenta, más inmediata, más directamente vinculada a unos hechos físicos concretos que en *Contrapunto*. También creemos apreciar que en la vigorosa condenación de una inmensa ciudad moderna va implícita la idea del autor de que es preferible la vida campesina, por ejemplo. En el fondo se trata igualmente de oponer a la viciada y falsa existencia moderna un sentido más directo de los fines de la vida, más natural, más elemental. En *Veinticuatro horas* vemos vicio, snobismos y adulterio, falsedad, candor, frivolidad y crimen, delación, deshonor, la belleza en oposición a la senectud, la caducidad de la vida, la fugacidad de los sentimientos, lo efímero de la dicha, la ansiedad por ser felices, y un mundo sombrío donde la muerte acecha tras la desgracia... y seres con una ingenuidad magnífica sucumbiendo bajo el combinado juego de la feminidad artera y de la ficción consumada aparentando inocencia. Todo transcurre rápido, atropellado, sucediéndose tal el ritmo vital de sanguíneos latidos, y cuando, al final, se nos permite descansar en la meditación de la vieja Sabina, ¿qué se nos ofrece? ¿Tal vez la solución? ¿Acaso el consejo? ¿Quizá el remedio? No; sola-

mente unas pocas palabras interpretando los sucesos en el tiempo; unas frases apenas como síntesis de todo lo leído; la amarga puntilla que concluye de rematar con su áximo sabor el escalofriante desfile de seres poco menos que enajenados:

“De pronto, volvió a pensar en Ronnie McClellan y en sus obscenos entretenimientos cinematográficos [películas del funcionamiento glandular del estómago, que le ha mostrado el doctor] y se le ocurrió pensar que el amor no era sino asunto de glándulas y química... series de glándulas todas funcionando anormalmente, como la caldera de un buque lanzada a máxima presión... y como la mayor parte de los hombres, Felipe sublimaría el efecto de las glándulas convirtiéndolo en toda clase de novelescos desatinos, y revistiendo sus estímulos con toda clase de cualidades de que sin duda carecía. Quizá hombres y mujeres habían inventado lo sentimental y romancesco con el propósito de preservar su propia dignidad y habían así disfrazado el terrible impulso con que les arrastraba su propia química biológica, revistiéndolo con toda clase de ropajes y vestimentas sentimentales, con el designio de preservar su propio orgullo, porque no les resultaba ni airoso ni digno pensar que se es simplemente un insignificante instrumento, encaminado a un fin que el interesado ni siquiera había tenido en cuenta. En todo caso, los hombres eran simplemente insectos de la especie más insignificante, conducidos por una fuerza tiránica a través de rumbos que no tenían nada que ver con su propia voluntad... Y, de pronto, empezó a ver a cuantos estaban en la habitación como estómagos... [Y luego cuando se arrepiente de sus ideas]: Si cada persona tuviese tales ideas, el mundo y la propia civilización saltarían en pedazos, y cada cual empezaría otra vez donde la raza humana comenzó hace un par de millones de años. Esto sería muy interesante, y por supuesto podía hacer que cada cual resultase mucho más feliz y natural y satisfecho...”

Terrible solución. Tremenda conclusión sofocantemente real, y que no entraña una afirmación en el sentido de ofrecer al hombre un camino para su salvación. La inteligencia se resiste a aceptar esta reflexión y su derivación utópica como cierta; el lector permanece en la duda; más sumergido, sin duda, en ella, ya que el dramático y agobiante panorama se ha visto coronado por estas palabras tan crudamente recordatorias de lo más elemental, primario e instintivo, de lo más bajo, de lo más puramente fisiológico de nuestra naturaleza,

sí, pero de lo menos ideal, de aquello que justamente esta sociedad con sus refinamientos nos ha hecho olvidar.

En la obra de Kaufman y Ferber el problema se limita, ya lo hemos dicho, a aparecer. Debe conmover, y lo cumple. Como en tantas obras teatrales —recuérdese, por ejemplo, a Strindberg— no importa la solución, sino el conflicto, el hecho en sí como entidad dramática. Por ello, sólo al borde del final del último acto, cuando los invitados van a pasar al comedor para la cena, la inquietud que vagó a lo largo de la obra, se condensa y toma corporeidad al enterarse Gabriela de la gravedad del estado de su esposo y recibir la confesión del secreto de su hija. Queda sola en escena, anonadada, olvidando sus mínimos sinsabores domésticos del segundo acto, percibiendo súbitamente la superior gravedad de aquellas revelaciones. Y mientras se dispone a cumplir con sus invitados, afrontando su frívolo deber mundano, exhala esta culminante imploración:

“¡Ah, Dios mío, poder siquiera comer un pedazo de pan bajo los puentes, aunque sola! ¡Pero tener derecho a llorar!”

Aquí se resume la acción desembocando en un movimiento del individuo hacia Dios, a quien pide una paz y una dicha que en su mundo —según nos ha sido presentado— es imposible. Tesis pareja a la de las novelas, pero mucho más sucintamente dicha, como requiere el planteamiento escénico de la cuestión. Aquí comprendemos que a todas estas obras ha faltado la consideración de un elemento religioso, de una idea religiosa como segura redención.

Por ello, he aquí cómo tres obras, cuya ambición es asumir las angustias de nuestra época, y que constituyen una experiencia y un testimonio de esas angustias, no ofrecen, en cambio, remedio para ellas. ¿Acaso porque también el hombre real, cuyas inquietudes se han representado, está perpetuamente atosigado por la duda insatisfecha en que se deja al lector?—RICARDO JUAN BLASCO.

ESQUEMA de una biografía llama Emilio García Gómez a las páginas que acaba de publicar, relativas a don Miguel Asín. Yo las llamaría retrato. Ya sé que una biografía no requiere peripecia, sino vida; y a veces es más difícil hallar, en una existencia, vida, que anécdota y aventura. Quizá por esto se nos caen de las manos tantas "vidas" turbulentas, y que no están mal referidas, sin embargo; pero les sobra acción y, en cambio, carece de interés el protagonista. ¿Por qué? Quizá porque faltan condiciones de auténtica viabilidad a esa existencia. Para interesarnos por una figura biografiada necesitamos, ante todo, que sea persona. Si lo es, bastará con una técnica suficiente por parte del biógrafo. Una biografía puede tener todo el interés que precisa una vida extraordinaria, aunque esa vida haya tenido al exterior escaso movimiento, si tuvo un poderoso proceso interior: si hubo una vida espiritual, en suma. Mas, tampoco es eso sólo. Lo que capta nuestra devoción, en una vida humana, es su integridad en cuerpo y alma. El biógrafo sigue, aun ante un cuerpo sedentario, la vida de un pensamiento que, en rigor, puede interesar por sí solo. Pero Emilio García Gómez se ha visto en el caso de biografiar una vida en la cual no hubo ni siquiera un pensamiento inquieto y contradictorio. No hubo en él ni evolución ni progreso, valiosos auxiliares para el narrador, por cuanto muchos lectores tienen, sin darse cuenta, montado su criterio, todavía, en esos imprescindibles postulados, y sólo ofrece interés para ellos lo que, de un modo u otro, evoluciona y progresa. Y es el caso que don Miguel Asín, no sólo hizo siempre igual, sino que pensó siempre lo mismo.

No habría, en principio, modo de dividir en jornadas la acción inaparente de una existencia estática y de un pensamiento idéntico a sí mismo. Una existencia puede, no obstante, ser quieta y ordenada, llegar a la monotonía si se quiere, y no por eso carecer de vida. Si don Miguel Asín hacía un día lo mismo que había hecho el anterior y lo mismo que haría al día siguiente, y hasta podía aventurarse, según observa García Gómez, dónde se le hallaría en cada hora, también podría suponerse, sin miedo a error, lo que estaba pensando. Su pensamiento era

(1) «Don Miguel Asín» (Madrid, 1944), por Emilio García Gómez. Tirada aparte de *Al-Andalus*.

él mismo, y estaba enraizado con una gravedad que le hacía incommo-
vible. Y no tan sólo porque el dogma fuese base inmutable de su vida:
podía asegurarse lo que, en cualquier situación, por compleja e inespera-
da que fuera, opinaba. A una fuerza compuesta de rectitud y de ritmo se
le puede prever el punto preciso en que ha de encontrarse a todo mo-
mento. Eso que estaba pensando este polemista, ¿no era, muchas veces,
lo que pensaba, en rigor, cada cual que debería haber pensado?

Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la
misma piedra. Acaso le sucede eso o porque mira a los demás o porque
mira al suelo. Si navegar es necesario... no hay que mirar a la procela,
sino a la estrella. El nauta sabe, desde antiguo, que para no perderse en
la mar, ha de fijar los ojos en el cielo.

El acierto de este discípulo, en el retrato del maestro, permite in-
sinnuar, sin rebajarle, que el modelo hizo ya todo lo que pudo. Con
ser tan quieta la vida de Asín, era lo opuesto a una existencia intras-
cendente. Carece de vida aquello que peca de inmanencia: el egoís-
mo, precisamente, por alborotado que se nos presente. La tiene, en
cambio, un corazón que no es sino latido. Eso fué aquel vivir de don
Miguel Asín: un pulso, agitado unas veces, otras decaído, pero signo con-
tinuo de una preclara vida. Por eso no ha sido, acaso, tan arduo el pro-
blema que, como biógrafo, ha tenido que resolver Emilio García Gómez.
Su acierto está en no habérselo complicado. Le ha bastado hacer lo más
sencillo. Ha huído, y sin esfuerzo, de esa habitual distribución que se em-
plea en semejantes casos: de una parte el análisis de la obra, de otra
los datos biográficos. El ha optado por buscar, como busca el amor, una
entera presencia. Ha preferido entreverar, al modo de las líneas de
un sistema arterial o nervioso, la anécdota vital por entre la produc-
ción laboriosa. El resultado es que una y otra se compenetran de tal
modo que, en esta imagen, la obra está animada y la vida es docta. Cier-
to que estaba próximo al retrato, y a una cierta inmortalidad, quien,
entre los mortales, fué tan idéntico a sí mismo. Un día, harto temprano,
dió el alma a Quien la esparaba. Su discípulo ha tratado de dar-
nos el reflejo que retuvo de ella, cuando gozaba su magistral afecto desde
una digna presencia transitoria. Asín murió; pero el bien estaba hecho, y
estas páginas, hoy, son uno de sus frutos más certeros.—ANTONIO MA-
RICHALAR.

QUIEN se interese por la historia de las clases en nuestra patria, es decir, por las vicisitudes de esas agrupaciones naturales que, al perder su representación en la vida de España, perdieron también toda su importancia (y viceversa), debe fijar la atención en cómo fué organizado el Real Cuerpo de Caballeros Guardias Marinas. En el siglo XVIII la clase hidalga española, que tan rica había sido de bienes como de virtudes en un principio, cuando noble era aún sinónimo de generoso, pierde —salvo en la acumulación de los mayorazgos— su fortuna. Desde entonces, la literatura se ceba impunemente en el tópico del hidalgo “sin algo”.

Pasa el tiempo, y el ministro Patiño se preocupa por la suerte de la nobleza, que no tiene ya la ruta de Flandes o de Italia ni el albur de América, para sus segundones. Se está depauperando además, porque no puede ejercer profesiones manuales; de poco ha servido que, en las provincias del Continente, se autoricen, al modo que se ejerce en las islas, la industria y el comercio: una casta es un modo de ser, y la ambición no improvisa, por necesidad, dotes que no se traen en la sangre.

El Real Cuerpo de Guardias Marinas pudo hacer que una clase hidalga, utilizada dignamente en el siglo XVIII, viniera a constituir una alta y eficiente burguesía: una clase media realzada con virtudes de que carecía, acaso, la otra, más opulenta, procedente del comercio y de la industria. Burgués no debe de ser sinónimo de satisfecho; y la nobleza empobrecida podía llegar a ser una clase dignificada: conveniente para reforzar una burguesía endeble, en la que había que fundamentar y contener el país. Pero se hallaba tan agobiada y tan falta de recursos, por las mismas limitaciones de su condición, que era fuerza auxiliarla. Como escribe el propio Patiño, se estaba confundiendo ya, en la crianza, con la plebe. A esto obedece el que se forme la Real Compañía

(1) *Real Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval. Catálogo de pruebas de Caballeros aspirantes* (Instituto Histórico de Marina. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. I, 1943, y II, 1944), por el Dr. D. de la Válgoma y el Barón de Finestrat. *Noticias Genealógicas sobre Don Cenón de Somodevilla, I Marqués de la Ensenada* (Burgos, 1943), por D. de la Válgoma y Díaz-Varela. *El marino Don Martín Fernández de Navarrete* (Burgos, 1944), por D. de la Válgoma y Díaz-Varela.

de Guardias Marinas, expresamente: “para aliviar la nobleza de sus Reinos y que sirva en la Marina”. Fué un grande acierto. Esta era una clase consciente, fuerte de sí misma, y sin ese carácter esporádico, y sobre todo transitorio, del burgués enriquecido por la especulación, el cual, pese a su fasto, no deja de esquivarse realmente, porque no le enorgullece su origen, ni a veces el origen de su posición y de su fortuna. Todo eso le hizo estar incómodo, en tanto que el manso burgués flamenco se asentaba, de un modo placentero, sobre sus propias bases. En España abundan los retratos de personas aisladas. Tienen un más firme vigor y mayor elegancia que los de ningún otro sitio; no nos quedan, en cambio, retratos colectivos, a no ser de clérigos, militares en campaña o letrados, y siempre en activo. Faltan esas otras representaciones de plácidos burgueses —olvidados hasta de que lo son, en fuerza de no dudar, un solo instante, que lo sean— y que se hacen retratar patroneando alguna institución suya. Parecen seguros de que su unión hace su fuerza, y de que cada uno de ellos poco valdría por sí solo: a lo menos sin la esposa y los hijos; esto es, formando sociedad, siquiera ésta sea familiar e íntima. El verso suelto es genuinamente español; y en el siglo XVIII, sin la ambición ya de imperio, el joven hidalgo, aun de tierra adentro, aporta su destino al mar, como un último símbolo de la aventura. En los *Catálogos de Guardias Marinas* se nos aparecen estos hidalgos netamente perfilados: traen una limpieza que no es sólo de sangre, sino de fe, de pensamiento, de conducta. Hasta su hidalguía es la precisa; tan mesurada que no excede en el alarde barroco. Son, por lo general, cultos y corteses; el valor se les da por añadidura, para decisiva ocasión, que llega cada vez con más rara frecuencia. Estos hombres, de estirpe marinera, aunque nacidos muchos de ellos en solares secanos, hallarán en el mar un cierto europeísmo, y éste les da, en el cuadro de la Historia, una especial distinción eficaz y compartida.

Ante nosotros, desfilan aquí los Caballeros Guardias Marinas. El escrúpulo y la pulcritud con que están hechos estos catálogos les dan un valor ejemplar, aparte de su evidente utilidad como libros de consulta. A la precisión del dato se une el de la realización tipográfica. Podemos afirmar, en suma, que si todos los que, con apariencia de libros, llegan a los estantes de las librerías a diario, tuvieran las virtudes que reúnen estos volúmenes —y que para tantos lectores pasarán inadvertidas, pues no se trata evidentemente de obras que

hayan de ser leídas “de un tirón”—, no habría libros deficientes; más aún habría tan sólo buenos libros. Y esto es ya, de por sí, un mérito digno de ser subrayado; no abundan, en verdad, los autores que, en cualesquiera disciplina, se planteen, ante las blancas cuartillas, el problema de conciencia que supone proponerse llegar hasta la perfección última.

También es una obra impresa con la mayor nobleza estética esa otra en la que se acopian y comentan los datos genealógicos que pueden contribuir mejor a un estudio biográfico del riojano Marqués de la Ensenada. Si, desde la obra de Rodríguez Villa, no se ha escrito nada más considerable acerca de este personaje, es quizá porque quienes se acercaron mejor pertrechados a esta figura, carecieron de la previa documentación necesaria para desarrollar el tema. Faltaba la aportación básica con que poner los cimientos, suficientemente sólidos, y labrar, sobre ellos, la efigie, utilizando, claro está, los materiales acarreados anteriormente. Este libro los allega con ese cuidadoso esfuerzo que ponían los hombres de la Edad Media cuando empujaba cada cual su piedra —que no grano de arena— a la ingente edificación de las catedrales. Y hay, entre los datos por él traídos, uno que no sólo interesa a los biógrafos, sino que, por la enseñanza que implica, atañe a todo aquel que pretenda abordar la investigación histórica: las dos partidas de bautismo, auténticas, que de Ensenada publica.

Tanto en los *Catálogos de Caballeros Guardias Marinas* como en el libro sobre el Marqués de la Ensenada, hallamos síntomas abundantes y precisos respecto a esta encumbración del hidalgo provinciano, que se opera en el siglo XVIII, y que aquí no aparece fundamentada sobre teóricas conjeturas, sino sobre datos concretos. En el libro relativo a don Martín Fernández de Navarrete, el interés es aún mayor. Esta prócer figura no era debidamente conocida en sus diversas actividades, y la feliz ocasión de su centenario está dando lugar a una serie de estudios, entre los cuales éste ha de quedar como piedra primera.—A. M.

LIBROS

EL DESCUBRIMIENTO DEL HOMO LUDENS

LOS problemas de la Antropología filosófica han prendido hondamente en Alemania, y comienzan a inquietar las conciencias meridionales. El hombre es el tema clave de todos los adventos históricos. Fué interrogante acuciadora en la Grecia del siglo IV a. de J. C. Pesadilla obsesionante en la Patrística. Cifra de la época menos humanizante de la cultura en el Humanismo. Elegía sensiblera en la filosofía romántica. Y angustiosa incógnita en estos tiempos modernos al borde ya del tránsito. En la denominación de tiempo moderno, notemos marginalmente, que va incluido mucho de lo encerrado en el pasado. Basta un mínimo de comprensión histórica para incluir una mayor cantidad de pasado en el concepto "moderno", que el que por ejemplo encierra el que vive en la presbicia del instante.

Una conceptualización naturalista de la vida nos desdibuja en el siglo XIX una caricatura inexacta y exagerada del hombre. El hombre es el centro neurálgico en el que se cruzan las leyes generales, las causalidades seriadas que la Sociología, Biología, Psicología e Historia van descubriendo. El perfil del hombre se difumina en esta compleja variedad de imágenes. De ahí que la misión sustantiva de una filosofía del hombre parezca ser hoy la demostración exacta de cómo una estructura determinada del hombre explica todas las funciones y obras específicamente humanas. Se tiende a esquematizar al hombre en una unidad funcional y estructural. Se tiende a lograr una idea unitaria de él. Pero desde el primer momento la Antropología filosófica ha tenido un fallo. No se ha dado cuenta que en esta reducción hay latente un contrasentido. Una reducción unitaria del hombre por uno de sus múltiples

planos no define en ninguna manera a todo el hombre, al hombre entero. Más que la visión unitaria del hombre que postula. Max Scheler se impone la visión totalitaria...

Dilthey en su *Introducción a las ciencias morales*, tras señalar la marcha dialéctica del pensamiento metafísico, reclama ya tal visión totalitaria del hombre. Es en la unilateralidad antropológica donde radica la divergencia e interna contradicción de los sistemas filosóficos. La superación de esta verdadera situación de crisis filosófica sólo podrá alcanzarse con el omnilateralismo, con la visión comprensiva de todos los planos del hombre. La raíz de todas las disyunciones estaba en haberse querido ver en el hombre no sé qué ser abstracto, que apenas conoce algo más allá del pensamiento puro, que siempre procede sólo por razonamientos lógicos. Locke, Hume y Kant son para Dilthey los responsables de esa subversión, son los que nos han acostumbrado a reducir así el ser humano a un conjunto de "facultades de conocimiento". Frente a esta concepción abstracta había que oponer el "hombre total", el hombre pleno en toda la variedad de sus funciones y necesidades, el hombre tal como vive, siente y piensa, obra y padece.

Las distintas estructuraciones humanas que han ido surgiendo en el campo de la historia de la antropología filosófica iban grabadas por este mal básico. El "homo sapiens" helénico no es todo el hombre. Tampoco lo era el "homo faber", resaltado últimamente por Bergson y todo el historicismo moderno. Carlyle cualificaba al hombre como un "fabricador de instrumentos". Tras esta cualificación se ocultaba una entusiasta apología de la Técnica, una exaltación del sentido mecánico y naturalista de la vida. Chesterton enmienda la plana a Carlyle presentando al hombre como "fabricador de dogmas", como ser eminentemente racional, con los pies en la cabeza. Sin embargo, el hombre era a la vez las dos cosas, y algo más tal vez. Era "fabricador de dogmas" y "fabricador de instrumentos" también. Tenía razón en su fórmula Carlyle y también la tenía Chesterton. Pero una razón parcial, corta, limitada sólo hasta cierto límite. Carlyle, dentro de su floresta filosófica, floresta salvaje, donde vegeta exuberantemente el más intrincado y complejo individualismo. Chesterton, desde las alturas de la piedra berroqueña, por sobre la confusión babélica y el crepúsculo de los mitos intelectuales. En un caso, era el hombre "fabricador de instrumentos", en cuanto que como individuo era principio y fin de sí mismo, clave de la máxima felicidad. En el otro, era "fabricador de dog-

mas”, en cuanto que como persona era camino y vía de trascendencia. Era la inteligencia que crea, ordenándose en la creación incesante de Dios.

Spranger llega en este proceso de unilateralismo a señalar seis posibles tipos de estructuración humana. Tipos de estructuración humana, es preciso reconocerlo, que no son menos parciales que los anteriormente postulados al ser extraños al hombre en su mismidad, al estar fundamentados en los productos objetivados y extrahumanos de la cultura. Pero si los “homo economicus”, “theoreticus”, “aestheticus”, “religiosus”, “politicus” y “socialis” no constituyen esa unidad antropológica ansiada, al menos en su conjunto delimitaban más cerca al hombre integral.

El “homo ludens” que hoy Huizinga nos presenta no es el hombre entero, completo que la vida nos ofrece (1). Es el hombre partido, escindido por un plano, por una particular y concreta perspectiva estructural, nunca totalitaria. El hombre que juega es el hombre inscrito rigurosamente en un instante minúsculo de su existencia, el hombre en una de sus más elementales y múltiples funciones. La función lúdica no es por otra parte la función esencial del hombre, en el sentido de que contenga la explicación de todo el hombre, del mismo modo que tampoco lo era el saber o el hacer. Es una simple función vital, ni siquiera sustantivamente humana. Sólo es función sustantivamente humana en el sentido de que el juego en el que el hombre se solaza es un fenómeno cultural, no sólo expresivo, sino también “impresivo”. Una manifestación esencialmente humana que trasciende el hecho biológico por su intencionalidad.

Desde 1903 puede ya rastrearse en las obras de Huizinga huellas del reconocimiento de que la cultura y la civilización humanas nacen y crecen jugando y como juego. En 1929 Ortega y Gasset resaltó en su ensayo sobre *El origen deportivo del Estado* esta función lúdica, de intención superflua, lujosa, libre expresión de una energía preexistente, como actividad creadora, la más elevada, seria e importante de la vida. La actividad laboriosa, escribió en aquel entonces Ortega, es determinación de la actividad deportiva, su simple decantación y precipitado.

(1) Huizinga: *Homo ludens* (El juego como elemento de Historia). Biblioteca «Conocimiento del Hombre», Lisboa. Editorial Azar, 1944; 271 págs. en 8.º.

Vida plena, auténtica, es la deportiva. La otra es simple mecanización y funcionalismo. En 1933 Huizinga ordenó sus puntos de vista en un discurso rectoral pronunciado en la Universidad de Leyden, que intituló "Sobre los límites entre el juego y la seriedad en la cultura". Volvió a insistir sobre la cuestión en una conferencia dada en Londres en 1937, y que titula ya "El elemento lúdico de la cultura" (*The Play Element of Culture*). Fué en 1938 cuando Huizinga sistematizó su teoría en el libro *Homo ludens*.

El hombre es efectivamente un ser que juega. Pero además es algo más, mucho más que eso. El hombre no es un ser esencialmente juguetón. También juegan los animales. No esperaron nunca los animales al hombre para que éste les enseñara a jugar. Antes, mucho antes que el mismo hombre, jugaron ya los cachorros de las fieras en el sexto día de la Creación. Los animales juegan y son. Son, por consiguiente, superiores a los puros mecanismos. No saben, sin embargo, que juegan. El hombre juega y sabe ya que juega. Está, por tanto, por encima de lo irracional. Pero el hombre es algo más que ser razonable, pues el juego es arracional. Sólo en un sentido muy vago y abierto todo comportamiento humano es mero juego. No se comprende cómo reconociendo Huizinga estos presupuestos intenta sin embargo caracterizar al hombre por algo genérico, por algo inespecífico y accesorio.

El hombre que es un ser mordido por la inquietud de un destino que vencer y por un hambre de vida, unas ganas de más vivir, es indudable que puede jugar mucho en este mundo. Puede jugar sin negar su humanidad y sin errar de la senda estrecha que le encamina hacia su fin. Puede jugar en último término sin ofender a Dios. Pero más ostensible es que si no piensa más que en jugar acabará por negar su humanidad, por rebasar los linderos del camino y por ofender a Dios. Puede entonces llegar incluso no sólo a ofender a Dios, en un momento determinado, sino que vendrá a considerar que no hay juego alguno posible en el que no ofenda a Dios.

En el dinamismo humano falla pues el juego como actitud vital por dos costados. Por la vertiente inferior, infrahumana, que le sumerge en la animalidad indiferenciada. Y por la cara superior, suprahumana, que le desencamina y extravía en la vía hacia el supremo objetivo de su existencia, que es Dios. El primer fallo es etiológico, un fallo en el mismo punto de partida de la actitud lúdica. El segundo es un fallo

teleológico, respecto al punto de llegada, del fin al que está ordenada.

Tiene, sin embargo, el descubrimiento del “homo ludens” un profundo sentido espiritualista. En la contrarréplica a cierto sentido utilitarista, materialista de la dirección antropológica del “homo faber”. El siglo XIX, que era de suyo muy propenso a todo género de utilitarismo, se construyó también su interpretación utilitarista del hombre. La actividad primordial de la existencia consistía en satisfacer unas determinadas necesidades imperiosas, en seguir unos impulsos ancestrales e ineludibles. Adaptación y utilidad eran sus dos cardinales dimensiones. El hombre era sobre todo el inventor de las armas, de las herramientas y de las máquinas. Las corrientes neovitalistas del siglo XX dieron al traste con esta concepción. La actividad primaria original del hombre era siempre espontánea, desinteresada, inintencionada, libre. El hombre real, el hombre concreto es el hombre que vive. El hombre no es sólo el “homo faber”, un hombre que elabora cosas más o menos provechosas, que sólo fabrica útiles, un hombre ocupado en la simple adquisición de bienes. Es además un “homo ludens”, un hombre que se enfrasca en actividades no utilitarias, un hombre ocioso, un hombre desocupado en su recreo. Sólo en este sentido dialéctico, polémico, tiene la fórmula “homo ludens” validez. Pero el sentido esencial de la vida no es simple hacer ni mero jugar. No está confinado exclusivamente en estas esferas de la voluntariedad y de la espontaneidad. Hay que incluir además el plano del saber. Saber, hacer, jugar, he aquí las tres irreducibles funciones primarias del hombre, ya prenotadas en el trinitarismo agustiniano:

Esse, sapere, vivere (DD. QQ., 51).

Esse, sentire, vivere (Cnf. I, 31).

Esse, videre, intendere (Cnf. II, 18).

Existere, intelligere, amare (Trin. III, 2).

Natura, doctrina, usus (Civ. D. XI, 25).

Corpus, Visio, intentio (Trin. XI, 2 cf. 5).

Facta, dicta, voluntas (Cnf. IX, 1).

Moveri, videre, quiescere (Cnf. XIII, 42).

Facere, discere, delectari (Ord. II, 35).

Physica, Logica, Ethica.

El juego, dice Huizinga, está entretejido no sólo en el funcionalismo intraindividual, sino también en todas las grandes actividades primitivas de la convivencia humana. La historia entera de la cultura puede considerarse "sub specie ludi". Constituye el juego una forma vital irreductible en un sentido riguroso a la función biológica, lógica o ética. Un tanto paradójica nos parece la ubicación de esta nueva función en el "homo ludens". "Es, en primer lugar, y por encima de todo, un *acto voluntario*." "El juego es superfluo", espontáneo..., "se practica en un tiempo libre". "Es voluntario, es libertad."—JOSÉ PERDOMO GARCÍA.

UN RECUERDO Y UN LIBRO (1)

LO recuerdo muy bien; fué lo mismo que una luz cegadora que se trasmitía, de mano en mano de corazón a corazón. De su sentido, entonces tan sólo comprendíamos el calor, la fuerza joven y ya segura, la mirada clara pero desordenada, con el fondo movido, que ensanchaba a su encuentro el corazón, la delicia que no enervaba, y sobre todo el vértigo de aquella marcha —la marcha siempre— alegre y adelante, por los ríos y los desfiladeros, los bosques y las calles, el hospital y el puente de navío. Había pasado el libro varias veces de mano en mano, igual que se comunica una mirada de cariño o se trasmite una heredad. Su propia comunicación era ya un don. No se prestaba, se regalaba, para hacer más profunda la convivencia con él, más personal el gozo, más entrañable. Cuando llegó a mis manos tenía dos series de recuerdos, dos clases de anotaciones: Historiaba dos amores distintos. Una escritura era confusa, viva, fluvial. Otra clara, detenida como un contacto de mujer, ordenada y estética. Yo sabía más antigua la primera; más juvenil, casi reciente, la segunda. Ambas tenían también distinta suerte de temblor. El primero era apresurado, convergente, como el de un agua en declive que se sume en su centro. El segundo, como piedra arrojada en un lago, se perdía en

(1) Walt Whitman. *Cantando la primavera*, traducción y prólogo de Concha Zardoya. Editorial Hispánica. Madrid, 1943.

círculos concéntricos, ordenados, cada vez más lejanos mientras duraba sobre el agua su vibración. Yo anduve, anduve cegado, durante mucho tiempo, llevado de la mano, por la amistad, entre las páginas del libro. Me traspasaba la juventud, y la carne de una alegría turbia y decisiva. Era, como si ella misma, la lectura, me llevara en sus ojos. Lo recuerdo muy bien. Siempre hablaba el poeta efusiva, demostrativamente. "Sí: ver, oír, oler, gustar y tocar, son milagros." Y al lado, escrito de una manera trémula, como si no sujetara el papel al escribir, comentaba el amigo: "La lectura de poesía es la única que, por sí sola, constituye experiencia."

Durante varios años, los años jóvenes, gastados, largos, inolvidables, lo leí, lo viví. Tenía un nombre ancho, bellissimo, sencillo: *Hojas de hierba*, de Walt Whitman.